



THE
UNIVERSITY
OF CONNECTICUT
LIBRARY

PRC

1104

SPECIAL
COLLECTIONS

LOS INDIOS BORINQUEÑOS

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

LOS
INDIOS BORINQUEÑOS.

ESTUDIOS ETNOGRÁFICOS

POR

Dr. A. STAHL,

MIEMBRO DE VARIAS SOCIEDADES CIENTÍFICAS.



PUERTO-RICO

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE ACOSTA,

Fortaleza, núm. 21

1889

LAMINA I.



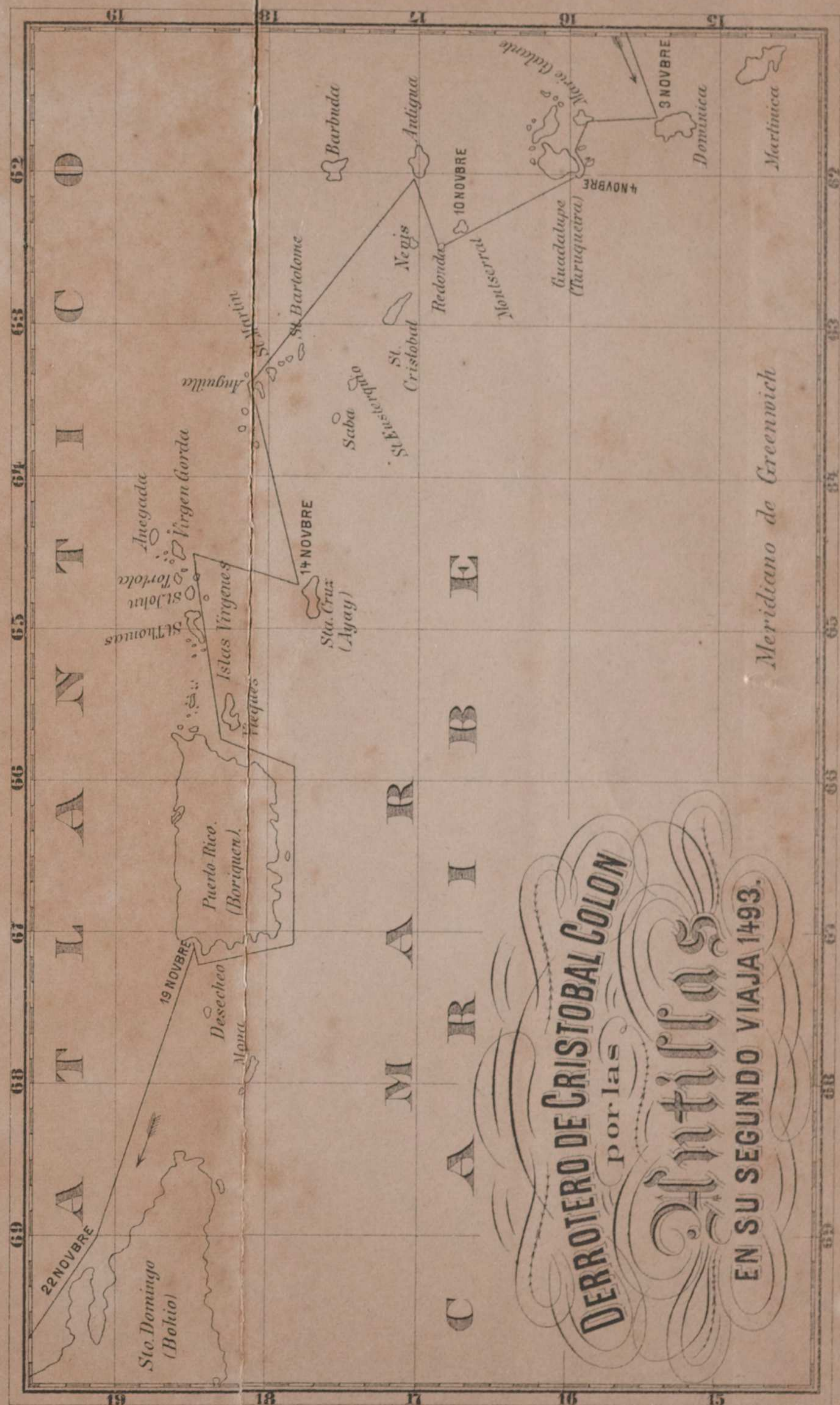
Don Fernando



Doña Isabel



LAMINA II.





PRÓLOGO.

Despues de un largo y detenido estudio acerca de la extraña raza de los extinguidos indios, que apenas há 400 años, ocupaban el suelo de nuestra Isla, ajenos á la innmerecida suerte que, en breve, habia de sepultarlos en las tinieblas del pasado; me propongo en este ímprobo trabajo despertar su recuerdo en la memoria de los hombres de estudio y de los borincanos que los han sustituido.

Han servido de base á este estudio las relaciones de los cronistas de una parte, y de otra los monumentos que aquellos indios han dejado como recuerdo de su primitiva civilizacion, inspirándome en las doctrinas generales, que las autoridades en etnografía han establecido en la apreciacion de la índole, carácter y constitucion de los pueblos similares al indo-borincano.

La obra puede resultar incompleta é imperfecta, no lo dudo; pero élla servirá en su dia de base y de punto de partida para la perfeccion de otro estudio que, con el tiempo, se someta á la investigacion de los hombres competentes.

La perfeccion de este trabajo habia de depender,

sobre todo, de la mayor riqueza de monumentos que hablasen al investigador, explicando el modo de ser del indio y resolviendo las dudas y controversias pendientes.

He aglomerado con perseverancia algunos centenares de objetos procedentes de los indios; pero la coleccion no es tan variada que sea capaz de responder satisfactoriamente á la empresa que he acometido, ni son muy nutridas las secciones más interesantes de mi coleccion. Grandes esfuerzos ha requerido la reunion de cerca de 800 piezas de hachas, bandas, figuras, morteros, amuletos, etc.; he acudido solícito á todas partes donde sabia que existían sin aplicacion útil y provechosa; pero mis propósitos no siempre han alcanzado el éxito feliz á que tal vez era acreedor. Esos objetos permanecerán perdidos á la ciencia, y á sus dueños ninguna utilidad reportan.

Injusto seria que se me tachara de impaciente en la publicacion de mi libro, pues hace más de un año que vengo publicando estos trabajos en la *Revista Puertorriqueña* que dirige el infatigable periodista Don Manuel Fernandez Juncos, sin que, á excepcion del primer artículo, hayan sido impugnados los conceptos allí emitidos.

He expresado con franqueza el sentimiento que me ha alentado á la publicacion de este mi libro original; la literatura que con profusion de autores se dá á conocer en el segundo capítulo representa las fuentes que han suministrado datos importantísimos; la historia del descubrimiento de la Isla, su geografía y ligera descripcion de sus condiciones naturales preparan al lector al mejor conocimiento de esa raza apenas conocida, que en los capítulos siguientes se estudia en su

origen, relaciones etnológicas con otros pueblos de igual civilizacion, sus costumbres, gobierno y vida pública, industrias, condiciones físicas, morales é intelectuales, lenguaje, religion, artes, etc.

La palabra correcta de *Boríquen*, transformada despues en *Borínquen*, se ha fijado de tal modo en el uso, que aquélla ha cedido el lugar á ésta. Obedeciendo, pues, á la costumbre, he preferido no chocar con élla, y regularmente he usado las palabras *Borínquen*, *boringueño*, *borincano*, sin negar la legitimidad que pueda corresponder á la que carece de la intrusa *n*.

Las cuatro láminas que se acompañan representan la primera los Reyes Católicos, Don Fernando y Doña Isabel, Monarcas de España en la época del descubrimiento de América, á Cristóbal Colon, el inmortal descubridor, y á Juan Ponce de Leon, poblador de nuestra Isla. La segunda señala el derrotero de Colon por las Antillas que descubrió en su segundo viaje, entre éllas á Puerto-Rico. Las láminas tercera y cuarta representan objetos procedentes de nuestros indios, encontrados en varios lugares de la Isla.

La aprobacion que den á mi trabajo los hombres amantes de este suelo será la mayor satisfaccion que espera

El Autor.



INTRODUCCION.

El estudio de la Naturaleza ó sea la *Historia natural* en el concepto más ámplio de la expresion, desde su oríjen ha abrazado los tres reinos, el animal, vejetal y mineral; pero extendiendo progresivamente sus ramos, éstas han adquirido con el tiempo, y especialmente, en los tres últimos siglos, tal desarrollo, que cada rama ó cada órgano, sin desprenderse en absoluto del tronco comun, desenvolviéndose con cierta independencia y sin coartar una el libre crecimiento de la otra, no han podido seguir subsistiendo y engrandeciéndose, sino despues de haberse emancipado. De esta manera la *Zoologia* hubo de hacer del hombre, de esta sola pero principal especie entre las infinitas que abraza su reino, objeto de un estudio especial. El estudio del hombre y de sus razas en relacion con los demás séres de la naturaleza, ha llegado á constituir una nueva rama de la Historia natural por bifurcacion de la *Zoologia*, una nueva ciencia emancipada de ésta, con la independencia que le prestaba su índole especial: la *Antropologia*. No tardó en brotar, al lado de ésta, otra nueva rama, la *Etnologia*, que se propone conocer los hábitos, usos, costumbres, orígen, aptitudes é índole de los pueblos, ya en general, ya en particular, de cada uno (*Etnografia*), clasificándolos en pueblos salvajes,

primitivos ó naturales, en bárbaros, semi-cultos y de la moderna cultura.

Todavía no hace más de cuatro siglos que estos países representaban el espectáculo de hallarse habitados por gentes en estado primitivo y salvaje. Vagando desnudos por los bosques, habitaban miserables chozas; no conocían los metales de aplicación industrial, el bronce y el hierro; sus utensilios y armas eran de piedra pulimentada; desconocían el valor de los objetos; ejercían poco la agricultura; carecían de animales útiles y domésticos, y, por su posición geográfica, sólo podían comunicarse por el O. con sus congéneres, amigos y familiares de origen, y por el E. luchaban con sus implacables enemigos, los invasores caribes, de raza extraña y eruptiva del S.

Medio siglo después del descubrimiento de esta Isla por los españoles, la raza india de Santo Domingo y Borinquén, había sido exterminada, desapareciendo con ella sus instituciones y su idioma, quedándonos apenas el recuerdo de algunas de sus costumbres transmitido por los cronistas, á cuyas no siempre claras fuentes nos vemos obligados á recurrir. Debemos á Oviedo, Las Casas, Herrera, Muñoz y otros algunas relaciones que vierten un rayo de luz sobre las sombras de aquel oscuro pasado; pero el descuido en que permaneció la prehistoria de estos países durante los siglos XVII y XVIII creó nuevas dificultades para las investigaciones del etnólogo moderno.

Describir la prehistoria de los indios borinqueños, reconocer sus antecedentes históricos, descifrar su carácter y su índole con el auxilio de los objetos que de ellos se conservan, marcando sus huellas, no es establecer afirmaciones, pues esto significaría una pretensión absurda, un imposible. Así, pues, se limita este modesto trabajo á exponer, con arreglo á los recursos disponibles, en vista de los antedichos objetos y por medio del estudio comparativo de otros pueblos idénticos, vecinos y lejanos de los borinqueños, los hábitos y

el carácter de esa raza primitiva, que poblaba este país á la llegada de los primeros españoles, y que ha sido extinguida cediendo á la superioridad física é intelectual de los conquistadores.

El que ha visitado los grandes museos etnológicos en que se atesoran inmensas y valiosas colecciones de monumentos pertenecientes á pueblos primitivos y fenecidos en edades remotas; el que ha penetrado más ó ménos en el intrincado estudio de la prehistoria y arqueología, resultado del reconocimiento de aquellos objetos, y se le pongan de manifiesto estos que han pertenecido á nuestros indios, debe sentir el deseo ó la necesidad de levantar la losa sepulcral que cubre la historia de aquel pueblo extinguido, y estudiar en sus esqueletos y reliquias la extraña manera que tuvo de vivir, interrogar á cada una de las obras por él producidas para saber quién las hizo, qué aplicacion ó uso tuvieron, cómo vivieron el hábil constructor y sus compañeros desconocidos, qué aspecto presentaba en remota y oscura época el país que hoy es nuestra patria y que lo fué tambien de aquel desgraciado pueblo, y en qué forma estaba entonces constituida aquella sociedad. Y ese deseo que brota espontáneamente del alma amante de los recuerdos de este suelo en que sus ojos vieron por vez primera la brillante luz del sol tropical, donde se meció su cuna y se deslizaron los dias felices de su juventud risueña, y en que probablemente han de descansar sus cenizas; ese deseo no puede menos de surgir en vista de tantos objetos y monumentos que representan los únicos testimonios reservados de siglos transcurridos ántes de una conquista que ha destruido en medio siglo á todo un pueblo numeroso, colocando en su lugar á la civilizacion europea, que de un golpe derribó la edad de la piedra pulimentada, sustituyéndola por la más avanzada moderna cultura.

A los hombres consagrados al estudio, así sean ajenos á aquellas impresiones, corresponde descifrar, por los medios que su inteligencia les confiere, las re-

laciones entre el objeto encontrado y su constructor, y deducir por ellos las consecuencias lógicas acerca del grado de cultura, caracter, aptitudes, usos y costumbres, ideas religiosas y demás condiciones del pueblo indio borincano, aportando así una nueva piedra al vasto y portentoso edificio de la ciencia arqueológica.

Reconstituir la historia de los indígenas borinqueños sondeando el oscuro abismo en donde se halla sepultado, resucitar su pasado al contacto de los monumentos que nos han legado, purificar de errores las relaciones de los cronistas, compararlos con algunos pueblos primitivos vecinos del ya extinguido ó con otros similares que aun existen, hé aquí el objeto de este libro.

Reconocemos indiscutible competencia y superioridad en muchos otros hombres ilustrados cuyo talento y correcta pluma llenarian mejor el vacio que con la presente obra procuramos llenar. Si nuestra empresa pareciese osada, sírvanos de excusa los motivos casuales que nos han impulsado con irresistible violencia á ejecutarla.

Aguadilla, pintoresca comarca en donde hemos nacido y á la que nos ligan gratísimos recuerdos, fué el lugar en donde desembaró Cristóbal Colon el 18 de Noviembre de 1493, al rendir su segundo viaje de descubrimiento. Ávidos y poseidos de un sentimiento indolible, hemos recorrido con la vista tantas veces aquellas amenas y apacibles playas besadas por mansas olas que suavemente se deslizan sobre la blanca arena dejando arcos de espuma que renuevan juguetonas nuevas olas. De igual suerte se renovaba en nosotros aquel profundo afecto á la vista de paisaje tan encantador.

El vasto semicírculo que traza el mar desde Punta Borinquen hasta las de San Francisco, teniendo en lontananza la estéril colina del Desecheo, es la bahia de más puras aguas y de fondo mas limpio que se conoce en toda la circunferencia de la Isla ; sus aguas transparentes, en las tranquilas horas de las mañanas de vera-

no, dejan ver un fondo limpio de finísima arena, poblado aquí y allá de colonias políperas, radiados y equinodermos, entre los que se pasean innumerables peces de todos tamaños, formas y colores, de brillantes escamas, y todos de excelente calidad. Ligera brisa viene á rizar brevemente la bruñida superficie del agua, en la que se reflejan el cielo azul y las blancas nubes. Algunas barcas se deslizan blandamente impelidas por el vigoroso brazo de alegres pescadores. Larga hilera de verdes colinas se extiende al norte abrazando la poblacion entre sus rocas calizas. Un fértil valle regado por el rio Culebrina se interna formando honda perspectiva sobre el pueblo de la Moca.

Sentado sobre el tronco derribado de un robusto ucar, á orillas del camino que comunica con la escarpada Punta Borinquen, dominando desde aquella elevacion el bello panorama que se extiende ante el viajero, he contemplado con frecuencia tan encantador paisaje, que extasia el alma bajo el purísimo cielo de esta tierra y el aire embalsamado por fragantes flores que liban multitud de insectos de doradas alas.

En el alma se despierta dulce armonía, indefinible bienestar y extasiado en aquel misterioso embeleso, y cual si estuviese presenciando aquel grande y trascendental espectáculo del descubrimiento de Puerto-Rico, cuyos actores todos han desaparecido, en medio de esta contemplacion parecíame á veces que se dibujaban en el horizonte las caravelas de Colon, *Santa Maria*, *Niña* y *Pinta*, doblando la Punta de San Francisco, y dirigiendo sus proas hácia la playa de Aguada. Luego, y como obedeciendo á una voz de mando que resonaba en medio de respetuoso silencio, rechinaban las cadenas y las anclas se precipitan en el fondo del mar, que saludaba á sus nuevos y nunca vistos huéspedes aspergando sus curtidos rostros.

Aquel embeleso se disipa como nube que disuelve la brisa; á nuestros piés aparece un cuadro de blanqueadas paredes, sembrado de túmulos y piedras orna-

mentadas: en aquella necrópolis regada por lágrimas de dolor, una mano piadosa deposita sencilla corona de siemprevivas sobre una cruz solitaria y sin adornos, entonces profundas emociones hinchán nuestro corazón los ojos vierten lágrimas, porque envueltos en aquellas cenizas descansan los restos de aquel ser que nos dió la vida y en nuestra alma inspiró esta grata aunque estéril tarea que consagramos á su memoria.



LITERATURA.

Los períodos más modernos de la historia, y hasta aquellos hechos que diariamente se desenvuelven á nuestra vista ó en nuestra proximidad, vémoslos con frecuencia invertidos de una manera inesplicable, poniendo en notoria evidencia á la faz del mundo la debilidad y mala fé de los interesados en ocultar y falsear la verdad. El error, la mentira, la falsedad se introducen y prevalecerian, si el puro crisol de la libre crítica no las sometiera á su escrupulosa, concienzuda y fecunda investigacion. Así observamos, que los sucesos históricos de todas épocas, ya remotas, ya recientes, son comentados y experimentan constante y profundas modificaciones, en sus apreciaciones y hasta en la exposicion misma. Aconteciendo esto con los rasgos modernos de la historia, cuan plagado de errores deberán hallarse los mas antiguos, aquellos en que no podemos penetrar sin salvar grandes obstáculos, que no pocas veces son impracticables.

Reconocida la duda en algunos puntos de cuanto se nos relata sobre los pueblos comprendidos en la época llamada histórica, fácilmente se alcanza con cuanta dificultad ha de penetrarse en los oscuros senderos de la historia de pueblos primitivos y extinguidos, como el indo-borincano. Para reconocer su origen, desenvolvimiento, vicisitudes, hábitos, instituciones, caracter

y demás cualidades hay que interrogar los monumentos y utensilios diversos que aun conservamos de ellos, como se conservan otros de distintos pueblos antiquísimos del viejo mundo, que habian desaparecido antes de nuestra era histórica. Estos objetos son para el investigador el hilo de Ariadne que ha de guiarle por el intrincado laberinto y que nos permiten establecer juicios, sinó exactos, al ménos aproximados é hipotéticos, sobre el caracter y condiciones de esos pueblos. Pero, no debe olvidarse que, si la investigacion de aquellos objetos que por suerte hemos podido reunir, permite reconocer y deducir algunas de las cualidades del pueblo indio, otras como el de su origen, edad y lenguaje permanecerán por mucho tiempo en plena oscuridad. Tambien hay que advertir, que los pueblos antiquísimos del viejo mundo y algunos primitivos de América habian alcanzado un grado de civilización del cual el indio borinqueño se hallaba muy distante. Algunos fragmentos de esqueletos ó huesos pueden darnos á conocer la estructura física de estos indígenas; los cráneos ó sus fragmentos tal vez nos indiquen su origen y la medida de sus aptitudes intelectuales: ídolos, morteros, hachas, bandas, amuletos, y otros objetos nos responden acerca de sus costumbres y grado de cultura, y algunas relaciones de los cronistas ó historiadores nos auxiliarían en esta laboriosa tarea, sino estuviesen entremezclados y confundidos los relatos que se refieren á nuestros indios con otros de los pueblos del Archipiélago antillano y del continente. La sola consideracion de que esas obras han sido escritas bajo el dominio de habituales prevenciones, é informados por juicios preconcebidos, hasta en aquellos puntos que tienen todas las apariencias de verídicos, hace vacilar el ánimo en la duda de aceptarlas ó rechazarlas. En el caso primero no se atina si sus relatos, que con frecuencia son el eco de referencias extrañas, se contraen á una raza ú otra, á tal ó cual país ó pueblo, si son comunes á todos ó exclusivos de unos; pero por lo general se confun-

dian hechos, pueblos y países al escribir su historia, despues de trascurrido algun tiempo y no conservar impreso en la memoria el recuerdo fiel de las cosas observadas en formas tan diversas, y de las relaciones escuchadas en lugares separados y distintos unos de otros.

Nos proponemos en este capítulo dar á conocer todas aquellas obras que directa ó indirectamente por comparacion y analogía ilustran la oscura historia de nuestro pueblo indio. Corto es el número de las primeras, y al ocuparse sus autores de Puerto-Rico, sus relaciones versan más sobre los hechos de armas y actos políticos, dejando en el olvido las que se refieren á la vida pública y doméstica de los indios.

En la *Biblioteca histórica de Puerto - Rico* por Don Alejandro Tapia y Rivera, se ha recopilado todo cuanto en las obras de los primeros cronistas é historiadores se refiere á nuestra Isla, entre lo que ellos han publicado y escrito acerca del descubrimiento y conquista de estas Indias occidentales. Si de dicha recopilacion separamos la parte oficial que se contrae á los hechos de armas y gobierno de la Isla, y nos concretamos á las narraciones de la vida y costumbres de los indios, apenas quedan algunos capítulos que traten de los indios bajo este punto de vista. Los historiadores posteriores á los cronistas han copiado de éstos, y casi puede afirmarse, que Oviedo y Las Casas han sido las fuentes que han surtido á los demás en la primitiva historia de estas Indias. Estos dos cronistas han sido los únicos testigos presenciales de gran parte de las narraciones con que han enriquecido sus obras; aunque otros las tratan por referencia.

Oviedo, en la relacion de los sucesos, no siempre es exacto, sus razonamientos son poco filosóficos, sus apreciaciones con frecuencia son apasionadas. A pesar de esto, entre las escasas noticias que han quedado del

carácter y costumbres de los indios, á que debemos concretar nuestra atencion, merecen preferencia las que nos ha legado Oviedo en el libro XVI de su importante obra. Este autor, lo mismo que Las Casas, vivió muchos años en la Española, Puerto-Rico y Costa Firme en la misma época de la conquista, en que aún existian numerosos indios, y ha tenido ocasion de oir de boca de los mismos conquistadores la relacion de todos los sucesos, presenciando él mismo algunos; pero su cándida credulidad y apasionamiento al juzgar las costumbres de los indígenas, hacen necesaria cierta prudente reserva en acoger sus relatos, ántes de depurarlos de las inexactitudes y juicios exagerados en que incurre, debido á las causas ya mencionadas y al poco tacto filosófico de este autor.

Juan de Castellanos, siguió á Oviedo y Las Casas. Herrera, Gomara, Muñoz, Navarrete y demás historiadores son de época posterior á la conquista, en que los indios habian desaparecido de muchos paises. Sus relaciones están calcadas sobre las de los cronistas, tanto en la parte política, como en la referente á los indios, y los documentos políticos que abundan en sus obras no interesan al objeto de este trabajo.

Si nos detenemos en la lectura de los primeros historiadores que han ilustrado las grandes y maravillosas empresas realizadas por los españoles en el Nuevo Mundo, y discurrimos con circunspeccion, sensible es reconocer, que el valor histórico de sus obras se halla con frecuencia oscurecido por los juicios mas injustificados, cuando juzgan á los indios, y no hay nada mas desconsolador, que escuchar á Oviedo y Solís, los que en su apasionamiento apenas encuentran una palabra de encomio hacia las virtudes que resplandecian en algunos indios en medio de su condicion salvaje.

En las obras que hemos de citar, de erúditos viajeros y escritores, abundan las relaciones de viaje, descubrimientos y conquista, son ricas en noticias, datos,

informes y juicios propios emitidos con mas ó menos imparcialidad, y bajo el punto de vista de las ideas dominantes; las hazañas en la lucha con los naturales son ricas en aventuras: el valor, las fatigas y la constancia de los conquistadores resplandecen en las páginas mas brillantes, como brillan con frecuencia en esas obras la minuciosidad y coordinacion de los hechos que compulsan, la observacion perseverante y la tenaz paciencia al referir la variedad de impresiones que causaran los nuevos y extraños paises, admirando la magnificencia y grandeza de la naturaleza que se ostentaba ánte sus ojos. Pero mas que todo esto, lisonjeaba á los conquistadores los incalculables tesoros en metales y piedras preciosas tomados á los naturales y al suelo que las ocultara. Y si grande es el número de relaciones de viajes y descubrimientos en el Nuevo Mundo, de informes y pareceres que se deben á valientes conquistadores, intrépidos viajeros y erúditos historiadores y cronistas, en cambio, contrayéndonos á nuestra Isla, su primera historia se halla envuelta en la de las otras Antillas y Continente, de la que debe separarse, aunque á veces la mas escrupulosa investigacion no es capaz de reconocer lo que corresponde á Puerto-Rico y lo que debe separarse. Y llegando á este punto se descubre un notable vacio en la parte que pudiera iluminar con un rayo de luz todo aquello que se refiere al carácter, religion, naturaleza y costumbres de los indígenas, y á los objetos que construian, siendo estos los que despues del transcurso de algunos siglos nos han de esclarecer muchas dudas.

El que pretenda formar un razonamiento concluyente de dichas obras y los hechos que consignan, debe juzgarlas bajo el punto de vista de las doctrinas filosóficas y religiosas reinantes en aquel período histórico que informaban á los hombres de letras, en medio de aquel espíritu batallador y conquistador que conducia á los pueblos á la mútua destruccion, cual si estuviesen apoderados de un vértigo infernal; y por añadidura,

el insentivo de las riquezas improvisadas en unos viajes por ciertos afortunados que, llevados en alas de un espíritu aventurero, habian abandonado pobres su país, retornaban presto opulentos de la rica América á la empobrecida Europa, y despertaban irresistiblemente la ambicion y la codicia de los envidiosos. Estos no tardaban en seguir el ejemplo de aquellos, y una vez llegados á la tierra de promision, todos los medios conducentes al objeto que movia sus pasos eran lícitos y justificados.

Cronistas é historiadores han incurrido á veces en graves errores é inexactitudes, y éstas son notables al referirse á Puerto-Rico. Sometidos sus relatos á un detenido estudio, aquellos falaces raciocinios nacidos al calor de preocupaciones é ideas preconcebidas, han de transformarse forzosamente.

No debe olvidarse que, cerca de medio siglo hubo de transcurrir, para que los conquistadores reconocieran haber descubierto una nueva parte del mundo, y sacudir el error de hallarse en los confines orientales del Asia y de la India, y olvidarse del imperio del gran Khan descrito por Marco Polo, la Atlántida de Platon, el fabuloso país de los Calibes, la Isla de las siete ciudades, la de Cipango, la Antilla y la de San Brandán, esta última efecto del espejismo en ciertas latitudes del Africa septentrional, y por este fenómeno óptico apercibida cual ilusion atmosférica desde las Islas más occidentales de las Canarias. La propension general á creer en todo lo maravilloso, hizo reproducirse en la exaltada imaginacion de los descubridores todos estos paises ilusorios, y propalar los más absurdos errores, como la injusta acusacion de antropofagia, y la adoracion de dos seres invisibles ó deidades, una benéfica y otra maléfica, representada esta en la abominable figura del diablo, segun lo pinta Oviedo, absurda concepción de todas las religiones paganas y cristianas, figura que no se halla representada en ninguna de esas esculturas admirablemente talladas en

pieдра, para las que Oviedo no tiene ni una palabra de elogio.

Las fuentes que nos han surtido de noticias y explicaciones para la preparacion de este trabajo, han sido en primer lugar los objetos procedentes de los indios que figuran en nuestra coleccion, y en segundo lugar las obras que tratan del descubrimiento y conquista, no solamente de Puerto-Rico, sino de todas las Indias occidentales, últimamente los trabajos etnográficos de algunos viajeros, geógrafos y naturalistas que han ilustrado la historia de las tribus indias que aun sobreviven, descendientes de las que existian en la época del descubrimiento.

En la reseña de esas obras que damos á continuacion, insertamos con letras mayúsculas los nombres de los autores que se han ocupado de Borínquen y Bohio, ó sea Puerto-Rico y Santo Domingo; los que carecen de este distintivo, pero llevan delante un asterisco * son historiadores que describen pueblos indios de reconocida analogía con el de estas Islas; los que no llevan el * han descrito pueblos distantes al nuestro primitivo, ó sus trabajos se limitan á asuntos concretos, como idioma, monumentos, etc.

ABBAD Y LASIERRA, Fray Iñigo. Religioso de la Orden de los Benedictinos, escribió la historia de Puerto-Rico, por disposicion del conde de Florida-blanca en el reinado de Cárlos III á fines del siglo XVIII.

Historia geográfica, civil y política de la Isla de San Juan Bautista de Puerto-Rico. Madrid 1788. Editor Don Antonio Valladares de Sotomayor. Un tomo en 4º En 1830 reproducida en esta Ciudad por Don Pedro Tomás de Córdoba.

ACOSTA Y CALBO, José Julian. Puertorriqueño eminente por su ilustracion y servicios prestados al país. Ha reproducido la Historia de Puerto-

Rico por Fray Iñigo Abad con abundantes y discretas anotaciones en la parte histórica y continuada en la estadística y económica, Puerto-Rico 1866. Es la única y mas completa Historia de Puerto-Rico que poseemos.

TAPIA Y RIVERA, Alejandro. Insigne literato y poeta puerto-riqueño, nació en la Capital de la Isla el año de 1827 y murió 1882. A su laboriosidad y constancia se debe haber salvado del olvido muchos hechos importantes y relaciones de gran interés para la primitiva historia de nuestra Isla.

Biblioteca histórica de Puerto-Rico, que contiene varios documentos de los siglos XV, XVI, XVII y XVII. Puerto-Rico 1854.

Contiene este importante libro fragmentos de las obras de Oviedo, Herrera, Laet y documentos inéditos de Don Juan Bautista Muñoz.

OVIEDO, Gonzalo Fernandez de. Nació en Madrid en 1478, fué page del príncipe Don Juan, hijo de los Reyes Católicos, sirvió en América varios cargos, y por último fué nombrado Cronista de las Indias.

Historia general y natural de las Indias, 50 libros, los 19 primeros publicados en 1535.

LAS CASAS ó CASAUS, Fray Bartolomé, Obispo de Chiapa, de antecesores franceses, nació en Sevilla en 1474. Fué servidor de San Fernando, en 1502, acompañó á Ovando en su viaje á la Española, vivió unos 60 años en el Nuevo Mundo, ha sido testigo presencial de muchos de los hechos que describe en su obra; dedicó sus esfuerzos al alivio de los sufrimientos de los naturales y murió el año 1566 á la avanzada edad de 92 años, su cadáver fué enterrado en la iglesia del convento dominico de Atocha en Madrid.

Historia general de las Indias, escrita por Fray Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapa. Ahora por primera vez dada á luz por el marqués de la Fuen-santa del Valle y Don José Sancho Rayon. Madrid. Imprenta de Miguel Ginesta, 1875. Cuatro tomos.

FABIÉ, Antonio María. *Viajes y escritos de Fray Bartolomé de las Casas*, Obispo de Chiapa. Madrid, 1879. Imprenta de Miguel Ginesta. Dos tomos.

HERRERA DE TORDESILLAS, Antonio de. Nació en 1565 y murió en 1625. Recibió una excelente educacion, sirvió en su juventud á las órdenes de Vespasiano Gonzaga, Virey de Nápoles, mas tarde fué nombrado por Felipe II Cronista de Indias. Su obra en ocho décadas es un traslado de la Historia de Las Casas, reduciendo y mejorando la diction y depurándola de exageraciones. Como cronista oficial tuvo para la preparacion de su obra acceso á todos los archivos y documentos de todas clases.

CASTELLANOS, Juan de. Natural de Alanis en Andalucía, sus Elegías de varones ilustres de Indias escritas, en verso, le acreditan más como historiador escrupuloso que poeta creador, consta de 3 partes; en la primera dedica la elegía VI á Juan Ponce de Leon y conquista de Borínquen.

Elegías de varones ilustres de Indias por Juan de Castellanos en la "Biblioteca de autores españoles" por Don Buenaventura Cárlos Ariban. Madrid, 1850. Rivadeneyra.

LAET, Juan de. Natural de Amberes. Trata de Puerto-Rico en su libro 1º

Historia del Nuevo Mundo ó descripcion de las Indias occidentales, 1640. 18 libros.

MUÑOZ, Juan Bautista. Colector infatigable á quien se debe el importantísimo trabajo preparatorio en que reunió y ordenó más de 90 volúmenes para la formacion de una gran obra, mandada á escribir por real orden de 17 de Julio de 1779. Sus juicios y anotaciones llevan el sello de la imparcialidad. La coleccion reposa fraccionada en la Real Academia de Historia de Madrid y en la biblioteca de la Real Casa.

Historia del Nuevo Mundo, 1793, sólo el primer tomo se ha publicado.

NAVARRETE, Martin Fernandez de.

Coleccion de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV. De orden S. M. Madrid, en la Imprenta Real, 1825.

GOMARA.

Historia del Nuevo Mundo, ó descripcion de las Indias Occidentales. Manuscrito inédito que se conserva en la Real Biblioteca de Madrid.

WASHINGTON IRVING. Distinguido historiador norte-americano, ha escrito la mejor vida de Colon que posee la literatura universal.

Vida y viajes de Cristóbal Colon, Madrid, Gaspar y Roig, 1851. *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colon*, Madrid, Gaspar y Roig, 1854.

* *Rochefort*, "Histoire naturelle et morale des Antilles" Rotterdam, 1665.

Desmarest. "Memoire de la Soc. d'hist. nat."

Ledru. "Voyage aux isles d' Tenerife, ... et Porto-Rico etc., París 1810. Don Julio Vizcarrondo ha publicado en 1863 una traduccion de la parte de este viaje que se refiere á Puerto-Rico, ilustrándola con notas.

Martir, Pedro. "Historia del Almirante Cristóbal Colon."

* *Knox*, John P. Fué sacerdote de la iglesia protestante de St. Thomas y escribió la historia de esta pequeña isla.

"A historical account of St. Thomas, W. I." New-York, Charles Scribner, 1852.

* *Colon*, Fernando. Hijo natural é historiador de Cristóbal Colon, nació en Córdoba el 29 de Agosto de 1487 y murió en Sevilla el 12 de Julio de 1593, habiendo sido enterrado en la Catedral. Fué page del príncipe Don Juan, acompañó á su padre en el cuarto viaje y fundó una academia y colegio de matemáticas en Sevilla.

"Vita dell' Ammiraglio."

Chanca. "Carta á la ciudad de Sevilla."

* *Raynal*. "Histoire Philosophique et Politique des etablissemens et du Commerce des Européens dans les deux Indes." Genève, 1780.

Cabeza de Vaca. "Naufragios y Relacion del viaje á la Florida."

* *Labat*. "Nouveau voyage aux Isles de l'Amerique." La Hayas, 1724.

* *Bryan Edwards*. "The History civil and commercial of the British West Indies." London, 1819.

W. Robertson. Distinguido historiador inglés. "Obras escogidas de W. R. Nueva edicion adornada con hermosos retratos. Historia de América, tomo I, Barcelona. Imprenta de Juan Olivares, 1840."

* *Bachiller y Morales*, Antonio. Son notables los trabajos de este etnógrafo cubano.

Cuba primitiva. Varios artículos publicados en la "Revista de Cuba," periódico mensual de ciencias etc., director Don José Antonio Cortina, tomo III, Habana, 1878.

* *Armas*, Juan Ignacio. Filólogo cubano. Son notables sus publicaciones que por el orden cronológico de su publicacion vamos á citar.

"Orígenes del lenguaje criollo, 2ª edicion, Habana, 1884."

"La fábula de los caribes, Habana, 1884."

"Les crânes dits déformes, Havane, 1885."

"La zoología de Colon etc., Habana, 1888."

De sumo interés son las observaciones contenidas en un trabajo publicado en el "Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution. The operations, expenditures and conditions of the institution for the year, 1876. Washington, Government Printing office, 1877." La valiosa coleccion etnológica indo-borincana que Don Jorge Látimer regaló á dicho instituto, ha servido á la redaccion de este trabajo.

Norman, B. M. "Rambles in Yucatan, New-York, 1843."

Ernst, Dr. Adolfo. Naturalista alemán, Catedrático de historia natural de la Universidad de Caracas y director de aquel museo zoológico.


“Etnographische Mittheilungen aus Venezuela,” diversos artículos tomados del “Verhandlung der berliner anthropologischen Gesellschaft, 1887.” Comprenden esos artículos: “Motilonen-Schädel aus Venez.— Einige Wörter aus der sprache del Indianer von Tucará in New-Granada — Die ethnographische Stellung der Guajiros-Indianer.— Die Sprache der Motilonen.— Ein zweite Beispiel eines pathologischen Paca-Schädels.”

* *Reinoso*, Alvaro “Agricultura de los indígenas de Cuba y Haití. París, 1881.”

Ratzel, Dr. Federico “Völkerkunde, Leipzig, 1887.” Tres gruesos volúmenes. Obra escrita en alemán; es la más completa y acabada que conoce la literatura etnográfica.

Comas, José. “El mundo pintoresco. Historia descriptiva de las Antillas, Barcelona, 1868.”

* *Hoffman*, D. “Notes on the Antilles.” Publicado en el Almanaque de St. Thomas, 1879.



DESCUBRIMIENTO DE LA ISLA.

Uno de los acontecimientos mas grandiosos que registra la historia, es sin duda aquel que á fines del siglo XV realizó el ilustre navegante genovés Cristóbal Colon con el descubrimiento de América. Este sorprendente acontecimiento se verificó en una época en que la vieja Europa sentia las primeras convulsiones de un cataclismo social y religioso, y rugia cercana la tempestad de sangrientas luchas religiosas. Desgraciadamente estas divergencias que siempre debieran debatirse en el sereno y apacible palenque de las discusiones filosóficas, se tornaron airadas envueltas en un piélago de sangre y fuego, conduciendo á pueblos enteros, ébrios de venganza y odios, á criminales combates y á la destruccion.

Era en aquella época turbulenta, cuando el intrépido navegante Cristóbal Colon concibió su admirable pensamiento, y formó el firme propósito de lanzarse al través del alevoso Océano Atlántico en busca de un nuevo, fácil y mas corto derrotero á las Indias, y á la vez en solicitud de tierras desconocidas, imaginadas entonces en consonancia con textos antiguos y fábulas forjadas al capricho. Afianzado Colon en esta esperanza, para él inquebrantable, resuelve emprender su

temeraria empresa, y demanda al principio inútilmente la proteccion de los mas poderosos Monarcas; pero al fin logra penetrar en el ánimo de los Reyes católicos de España, Fernando é Isabel, el convencimiento de que estaba poseido, y sin amedrentarle las amenazas de la vecina rival de los mares, Portugal, y desafiando con el valor que le comunica la inquebrantable fé en el éxito de su maravillosa empresa los peligros que de todas partes le cercan, zarpa con sus tres débiles carabelas, Santa María, Niña y Pinta el dia 6 de Setiembre de 1492 del puerto de Palos, y se lanza en el inmenso Océano, donde el valor y la fé de sus vacilantes compañeros se debilitan á medida que la distancia los separa del suelo natal, hasta extinguirse completamente. Fatal hubiese sido el fin de aquellos intrépidos marinos, y el éxito de aquella expedicion, si el dia 21 de Octubre no hubiesen divisado ya en la oscuridad los contornos de la Isla Guanahaní ó San Salvador, una del grupo de las Bahamas ó Lucayas, y que hubiese tornado su colmada impaciencia en la mas inesperada sorpresa y júbilo inefable.

El descubrimiento de aquella pequeña Isla fué el punto de partida de otros más grandiosos que se sucedieron.

En este primer viaje de Colon fueron descubiertos sucesivamente Cuba y Santo Domingo, esta el 6 de Diciembre de 1492, desembarcando en el puerto de San Nicolás al extremo occidental de la Isla, llamada *Bohio* por los naturales de Cuba que Colon llevaba á bordo.

La fecha para nosotros memorable en que por vez primera los europeos, y con ellos la nueva civilizacion pusieron su planta en nuestra Borinquen, debe buscarse en el 2º viaje realizado por Colon. Este insigne descubridor, luego de haber regresado de su primer viaje desde la Española ó Santo Domingo á España, torna nuevamente en busca de su ansiada *Matinino*, siempre alucinado por las descripciones de Marco Polo

y Martin Behem que hacian surjir las más estrañas ilusiones á su ardiente fantasía.

El 25 de Setiembre del siguiente año, con 17 bajeles emprende su segunda expedicion, y esta vez parte del puerto de Cádiz, toca de paso en la Isla Gomera una de las Canarias, donde tomó aves, ganado y semillas para multiplicarlos en la nueva colonia. Navegando algo más al sur que en su primer viaje y con una seguridad de direccion no superada hasta hoy dia por ninguna de las naves que siguen el mismo derrotero, descubre el 3 de Noviembre la Isla Dominica, en la que no se detiene, sino que continúa su viaje y descubre al dia siguiente la Guadalupe, de donde parte el dia 10, y sin detenerse descubre sucesivamente Monserrate, Redonda, Antigua y San Martin, y pronto llega á la vista de un grupo de Islas, todas pequeñas, tan próximas y numerosas, que ocurriósele darles el nombre de Islas Vírgenes, en conmemoracion á las 11.000 Vírgenes que venera la Iglesia romana. Entre estas Islas merecen citarse por su magnitud é importancia las de Anegada, San Juan, Virgen Goda, Tórtola, Santa Cruz, St. Thomas, Culebra y Vieques. Navegando con rumbo al O. descubre, al fin el 16 una mayor que aquellas, cuya magnitud, hermosura, fertilidad y riquezas naturales llamaron la atencion de Colon, y dióle el nombre de San Juan. Circunnavegándola eu los dias 17 y 18 por la costa meridional, desembarca el 19 en el puerto de Aguada, donde los isleños naturales, al parecer ignorantes aún de que sus huéspedes ya habian estado el año pasado en la vecina Isla de Santo Domingo, huyen á los bosques; pero á la llegada de Juan Ponce de Leon el año 1.508, los indios reciben á los españoles con señaladas muestras de admiracion y respetuoso cariño, hasta el estremo de tomarlos por seres sobrenaturales, venidos en casas flotantes movidas por grandes alas.

Esta es en breves palabras y á grandes rasgos la historia del descubrimiento de Santo Domingo y Pto.-Rico.

Careciendo entonces Colon de la gente necesaria para dejar establecida una nueva colonia en Borinquen, esta ha empezado á poblarse por los españoles en 1517 bajo el mando de Juan Ponce de Leon. La poblacion india, despues de haber sufrido reveses y vicisitudes en la lucha desigual, defendiendo su libertad y hogar contra los europeos invasores, es sometida á injusta y onerosa esclavitud, brutalmente tratada y oprimida bajo el ferreo yugo de sus conquistadores que les privaba de su libre albedrío y de sus costumbres, propias de un pueblo salvaje y primitivo, despues aniquilado paulatinamente, desaparece al fin absorbido por completo en la lucha desigual empeñada con una raza superior y mas poderosa física é intelectualmente.

No podemos prescindir, llegado á este punto, poner de manifiesto los tres períodos político-sociales que se marcan en la historia de Puerto-Rico por razon de las razas heterogéneas que sucesivamente la han poblado desde su descubrimiento hasta nuestros dias.

El primer período que podemos llamar de la *Servidumbre india* es aquel en que, á principios de la conquista, los indígenas fueron violentamente sometidos á la esclavitud, y servian á la ambicion de los colonos, empleándolos en la extraccion del oro nativo de los rios y á algunas pocas faenas agrícola, tambien para la carga, porque se carecia de animales propios para emplearlos en este trabajo, y porque la naturaleza de los indios, habituada á la vehemencia del clima, soportaba mejor que los europeos las fatigas del trabajo bajo la elevada temperatura del ardiente sol tropical, una atmósfera asfixiante recargada de vapor acuoso y saturada de miasmas deletéreos que minaban la salud de los extranjeros. Extinguida esta raza de indios naturales en poco mas de medio siglo de dominacion imprevisor, acrecentadas las exigencias de la creciente poblacion, descontenta por el escaso rendimiento de las mareas auríferas, hubo de solicitar de fuentes mas ricas y provechosas los medios de subsistencia, y la agricultura

empezó á extenderse con resultados mas satisfactorios que la explotacion del metal. Entonces, faltos de brazos y de naturalezas apropiadas á este clima, fué preciso buscar en otro lugar aquellas naturalezas capaces de sustituir á los indios, y fué el Africa la que nos legó una nueva raza, la negra ó etíope, tan primitiva y salvaje como la india, aunque intelectualmente inferior; y tan desgraciada y bárbaramente tratada como esta. Con la introduccion de esta raza etíope del Africa se inicia en Puerto-Rico el segundo período, ó sea el de la *Servidumbre africana*, sostenida sobre doscientos años, habiéndose introducido en la Isla sobre cien mil africanos de ambos sexos y de todas edades, hasta que en 1870 la gloriosa abolicion, decretada por las Córtes de la Nacion el 22 de Marzo de dicho año, convirtió en hombre aquellos seres sometidos á injusta degradacion, tratados antes como bestias. Librado el país del oneroso yugo de aquella institucion degradante, brillan de una vez en el horizonte político los resplandores de la generacion social que inician el tercer período político social de Puerto-Rico.

Difícil es fijar con exactitud, ó siquiera aproximadamente, la época en que se introdujeron en nuestra Isla los primeros negros africanos; pero podemos inducir por otros datos, que á mediados del siglo XVI ya existian. De una carta escrita por Nicolás de Ovando en 1503, es decir, ántes que empezara á poblarse Puerto-Rico, aparece que habia ya entonces muchos esclavos negros en la Española, y pide que no se permita traer mas. En 1506 prohibió el Gobierno la introduccion de esclavos negros del levante ó educados entre moros, y permitió se llevasen los de Sevilla, de los cuales 50 fueron enviados en 1510 por órden del Rey Fernando para trabajar en las minas, y un año despues mandó que se llevase gran número de Guinea á la Española.



GEOGRAFIA Y NATURALEZA.

La Isla de Puerto-Rico ó San Juan Bautista de Puerto-Rico, llamada por los indios *Boríquen*, la mas occidental y mas pequeña entre las grandes Antillas, situada en la entrada del mar del mismo nombre, entre las dos América, se halla entre los 17° y 18° latitud N., y entre los 59° y 61° del ongitud O. del meridiano de San Fernando de Cádiz. Confina por el N. y E. con el Océano Atlántico, por el S. con el mar Caribe y por el O. con el canal de Pasaje. Su mayor extension es de 170 kilómetros de E. á O. y de 65 kilómetros de N. á S., calculada su superficie en 10,000 kilómetros cuadrados, ó sean 320 leguas próximamente. El resumen de las observaciones metereológicas sobre la temperatura hechas por la Jefatura de Obras públicas arroja los datos siguientes :

Capital, San Juan, mes de			Enero y Setiembre	
Máxima temperatura al Sol			$40^{\circ}25'$	$41^{\circ}80'$
Id.	id.	á la sombra	$32^{\circ}20'$	$35^{\circ}80'$
Mínima	id.		$20^{\circ}60'$	23°
Temperatura media			$26^{\circ}14'$	$28^{\circ}35'$

Las cuatro estaciones del año apenas son perceptibles en el litoral, por razon de la situacion geográfica de la Isla. Durante la estacion del fresco, desde Noviembre hasta Marzo, reinan los vientos N. y NE. y la

temperatura en la alta montaña suele bajar despues de media noche hasta 6°. La estacion del calor y grandes lluvias torrenciales está comprendida entre los meses de Junio hasta Octubre en que suelen ocurrir los huracanes. La época de las fuertes sequías comprende los meses de Marzo, Abril y Mayo; pero en el litoral de la costa S. suele anticiparse y se prolonga mucho más que en la N.

Representa la Isla un cuadrado alargado de E. á O., tres ángulos aguzados, el SE. recortado. Su superficie es escabrosa, el centro montañoso, la mayor elevacion al NE. es la Sierra de Luquillo de 1,520 metros altura; en el resto de la Isla la alta montaña asciende lentamente de N. á S. y rápidamente en esta costa, por cuya razon encontramos los rios mas caudalosos y las abundantes lluvias en la costa septentrional.

Descienden de la montaña numerosas quebradas, que transformadas en riachuelos se reunen en su curso convirtiéndose en caudalosos rios que desaguan en la costa, los mayores en la septentrional.

Se encuentran algunas ensenadas ó puertos abrigados, como son: al N. el de la Capital, San Juan, al O. Puerto-Real, y al S. los de Guánica y Jobos.

La vejeticion de eterno y apenas interrumpido verdor es en esta Isla exhuberante. En la primavera se despojan ciertas plantas de su antiguo y gastado follaje para renovar las hojas rápidamente; la floracion se caracteriza en dos épocas bastante bien marcadas: la primaveral, á la que corresponde próximamente dos terceras partes de toda la vejeticion, y otra autumnal ó del otoño ó invierno, en que florecen las convolonceas, muchas leguminosas, gramíneas, ciperáceas y multitud de otras plantas.

La Fauna de Puerto-Rico, es menos rica que la de las demas Antillas mayores. Han sido reconocidos por los naturalistas en la clase de los mamíferos solo cinco especies de quirópteros; sobre 120 de aves, entre éstas un corto número de tránsito en la estacion del

invierno, el resto sedentarias ó indígenas; reptiles solamente veinte especies, ningunos venenosos; pocas especies de peces de agua dulce, numerosas marinas; los innumerables insectos cuentan bellísimos representantes en el orden de los lepidópteros; crustáceos y arañas abundantes en número, aunque distribuidas en pocas especies; moluscos terrestres y fluviátiles se han descubierto 120 especies, de los marinos el número es mayor.

El litoral está bordeado de una faja de arena cuyo nacimiento es el fondo del mar, formando aquél el tránsito de éste que se extingue á corta distancia de la playa, interrumpido por lagunas más ó menos extensas. Las grandes y fértiles llanuras que se dilatan en el litoral y se prolongan en las cuencas de los rios, se componen de una capa de tierra suelta, arenosa y calcárea, rica en humus que reposa sobre un subsuelo de marga impermeable. En esas feraces vegas se han fomentado los ingenios de caña dulce, tesoro de nuestra riqueza tropical. Las partes occidentadas de la Isla, inmediatas al litoral, están formadas de un suelo arcilloso-calizo, rojo ó amarillento. En las colinas de toda la costa N., O. y S. y el centro predomina la roca caliza con incrustaciones de madreposas y moluscos marinos fundidos en la roca, que en ciertos lugares descende y se pierde en el mar; pero la elevada montaña de Luquillo al NE. y la del E. que se prolonga un tanto en el centro, representa el granito y las rocas eruptivas similares con abundancia de cuarzo, dioritas, serpentina y piedras rodadas de superficie pulimentada por frotacion, de pórfido verde y azul, vulgarmente llamados chinos.

Somos de parecer que la Isla de Puerto-Rico es de formacion geológica reciente. El núcleo central de la Isla, ligeramente impulsado, es decir, sufriendo primero una lenta presion, ha sido elevado á poca altura sobre el nivel del mar, surgiendo de las profundidades de éste. La accion continuada del agua, el aire y el

calor entonces disgregaron y transformaron los componentes de las rocas primitivas salientes, formando de una parte las margas compactas, y de otra depositando las arenas en lechos que adoptaron una consistencia en partes considerable, á la vez que el calor y otros agentes fundian los depósitos de detritos calizos procedentes de los cascos de animalis marinos, formándose de esta manera las masas calizas de nuestras montañas de dicha roca. Este período debe calcularse de larga duracion.

Sin preceder inmersión alguna del terreno en el Océano, la potencia volcánica central eleva nuevamente, y ahora con violencia, las masas primitivas que cubria la que se hallaba fuera del mar, penetra por medio de ellas, y surge la elevada montaña del Yunque y su continuacion en direccion S. y S. O. Al brotar éstas del seno de la tierra, eleva la antedicha capa modificada, proyectando un plano inclinado, á la vez que aparecen fuera del mar los bordes de la Isla, su actual litoral, constituida de formaciones calcáreas recientes, puramente marinas. La diversidad de capas, una más antigua en el centro de la Isla, y otra más reciente en el litoral, puede reconocerse en diversos puntos que se estudie: en las primeras se reconocen los ya citados moluscos perfecta y completamente convertidos en piedra, muy cimentados con la masa misma de la roca; en la segunda se les encuentra en lechos á veces extensos y más ó menos compactos, pero en su mayor parte aún por convertirse en piedra, conservan la estructura nacarada de las conchas y caracoles.

El último acontecimiento geológico que hemos descrito probablemente coincidió con el pronunciamiento volcánico de las islas de Barlovento entre St. Thomas y Grenada.

Es decir, que nuestra Isla surgió primeramente fuera del Océano, á impulsos de la fuerza central, á una altura que no excede á las montañas del centro, próximamente 500 metros. Cubrian la superficie del

terreno las arenas y sedimentos calcáreos cenagosos del fondo del mar, envolviendo multitud de moluscos, crustáceos, pólipos, radiados y algunos peces, los que pronto perecieron, encontrándose en un medio incompatible con la vida de esos seres marinos, incapaces de adaptarse espontánea y rápidamente al nuevo ambiente. Algunos crustáceos pueden haber experimentado una evolución rápida de acuáticos en anfibios, quedando capaces de vivir en el agua y en el aire.

Otras observaciones nos persuaden, que compenetrando el calor central hasta las capas superficiales, fundiera grandes masas de depósitos calcáreos y arenosos, convirtiéndolas en rocas duras, adoptando estos al enfriarse las formas cristalinas tan hermosas, brillantes y puras; como de otra parte vemos los cuarzos cristalizados que abundan en las montañas graníticas.

Al verificarse la primera irrupción, las rocas primitivas franquearon el paso por entre las calizas en una gran extensión; entonces principió un trabajo de transformación por la acción combinada del calor, la atmósfera y el agua sobre aquellas, convirtiéndolas en nuevas tierras metamórficas, las que, arrastradas por las aguas torrenciales, han ido depositándose en los planos inclinados, en los valles y llanuras, formando capas de acarreo de espesor variado, dependiente del corto período invertido en este trabajo de transformación.

Hasta entonces los límites de la Isla bañados por el mar no eran ciertamente los de hoy, porque los actuales surgieron fuera del mar en un segundo período eruptivo, al pronunciarse las escarpadas montañas graníticas que majestuosamente se alzan en toda la extensión de la costa oriental desde Luquillo hasta Patillas.

Esta violenta irrupción necesariamente elevó en forma de plano inclinado la Isla entera, saliendo del mar todo el litoral, cuyo suelo, mezcla de arenas y

calizas, contrasta con el terreno del centro oriental, casi puramente cuarzoso.

Carecemos de pruebas que atestigüen haber sufrido nuestra Isla inmersión alguna bajo el Océano en el intermedio de las referidas dos irrupciones, porque dado este caso, debieran encontrarse diversos asientos bien caracterizados en el terreno, y carecemos de esta prueba. Todas las incrustaciones, moldes y petrefactos contenidos en abundancia en la roca caliza de toda la Isla, hasta en la alta montaña de Lares, Utuado, Barros, Barranquitas y Aibonito, pertenecen á animales cuyas especies vivas abundan en la actualidad en los mares que bañan nuestras costas. Estas especies pertenecen á los géneros *Strombus*, *Dolium*, *Conus*, *Mitra*, *Cassis*, *Cypraea*, *Lucina*, *Venus*, *Asaphis*, *Tellina*, *Cardium*, *Peeten*, *Clypeaster*, *Echinocerus*, etc., diversos radiados de los equinodermos y muchos pólipos madreporicos. Todos estos petrefactos ó moldes se pronuncian como elocuente testimonio, el libro abierto á nuestra vista en el que la naturaleza ha escrito con caracteres irrefutables la historia geológica de nuestra Isla.



ORIGEN.

Siendo nuestra Isla de formacion geológica moderna, los séres que la habitan deben tambien ser de moderna creacion, y el origen de la especie humana que primeramente pobló á Borínquen ha de buscarse entre las razas que habitaban el vecino continente.

Entre las grandes Antillas, Puerto-Rico es la que se halla geográficamente más separada de los continentes septentrional y meridional.

La corriente oceánica, describiendo un círculo en el centro del Atlántico, penetra en el Golfo de Méjico, encontrando á su paso nuestra Isla. Esta corriente contribuia necesariamente á dificultar el arribo á estas playas, de los vecinos habitantes del Occidente y N. en sus pequeñas y débiles embarcaciones confiadas exclusivamente á la resistencia corporal de los tripulantes ; pero pronto hemos de reconocer que la inmigracion ha venido en dicha direccion, á pesar de aquellos obstáculos.

Sería inútil buscar en la historia moderna indio-americana el origen de la poblacion indígena, porque éste se remonta á épocas veladas por las nebulosidades de períodos desconocidos. Debemos, pues, buscar en otras fuentes la base de nuestra investigacion.

Algunos viajeros que han recorrido la América septentrional, opinan que las castas de este continente

son descendientes de la raza mogola, inmigrada del N.E. del Asia, salvando el Estrecho de Behring. Sus descripciones, en lo que se refieren á esas castas, son bastante minuciosas; en ellas brillan el espíritu de observacion, extensos conocimientos de las ciencias llamadas antropología, arqueología y etnología, riqueza de investigacion, y deducciones sólidamente establecidas.

Dichas castas las constituian las tribus de los Arkansas, Osajes, Cheroqués, Illineses, Californios, Apalaches, Chicacas, Niamis, etc.

Los indígenas de las Antillas y de toda la América meridional, segun aquellos viajeros, constituian otras castas particulares, y aunque se advertian algunas diferencias entre ellos, en conjunto se aproximaban en muchos puntos á la *tártara mogol*, y hasta parecian corresponder á un mismo tronco.

Segun Iñigo, el color de los indios borincanos era de cobre, como el de la generalidad de los naturales de América, aunque más caído y oscuro, bien fuese efecto del aire de las muchas humedades, de la calidad de la tierra ó de todas estas causas juntas: su estatura por lo general era más baja que la de los españoles; pero eran corpulentos y bien proporcionados. Tenian las narices chatas y de ventanas muy rasgadas, los ojos turbios, los dientes cariados, la frente angosta, la cabeza aplanada por delante y por detrás, porque al nacer se la deformaban apretándola por el cogote y por la frente, dejándosela de figura cónica, harto desairada y fea para los ojos que no fuesen de indio: su cabello era largo, negro, y grosero: carecian de él en la barba y demás parte del cuerpo.

Estos caracteres que fray Iñigo ha copiado de Raynal, tomo IV, fólío 331, son los que generalmente se aplican á la raza cobriza americana; pero algunos de ellos son tambien comunes á la raza mogol. La forma artificial de la cabeza que este autor describe sin reserva, y parece hacerla general, ningun otro autor la

admite en este sentido, y dado que existiese, debió ser en casos excepcionales.

Los naturalistas describen la raza americana de color cobrizo, cuyos matices fluctúan desde el rojo hasta el amarillo, la cara ancha, frente estrecha, pelo negro, áspero y lacio, ojos pequeños, ya horizontales, ya oblicuos, nariz delgada y encorvada hacia abajo, labios abultados, y carencia de barba. La raza mogol es de color amarillo, cabeza angulosa, cara ancha y aplanada, pómulos salientes y gruesos, nariz pequeña y chata, sienes hundidas, mandíbula superior ancha, ojos pequeños, estrechos y oblicuos, pelo é iris negros, aquel áspero, lacio y escaso como la barba; su estatura corta, el cuerpo rehecho y rollizo, las piernas pequeñas y encorvadas.

Las analogías que resaltan entre las tribus americanas y los tártaros, chinos, láscares y hasta algunos malayos, son más notables en las primeras, cuanto más se asciende al N.; pero aquellas se van borrando á medida que se descende al S., y esta particularidad conduce al parecer á la hipótesis de que la poblacion primitiva americana, escepcion hecha de los esquimales del extremo N., descende de la raza mogola que habita en el centro, N. y E. del Asia y parte del N. de Europa.

Las modificaciones que han surgido entre las diversas castas ó tribus que pueblan la América desde el Canadá hasta la Patagonia son tan notables, que no han podido pasar inadvertidas ni aún á los viajeros menos observadores; y aunque á veces el entronque de unas y otras se denuncia en visibles analogías que prueban la presencia de elementos diversos en el tipo americano, y las castas que viven desparramadas en los dos continentes y á considerable distancia no pueden confundirse, toda esta variedad de configuraciones y diferencias en su constitucion anatómica no es suficiente á borrar ciertos caracteres fundamentales subordinados á la razon tal vez de un comun origen que

aproxima la raza americana en su conjunto á la mogol.

Es indudable que el clima, las costumbres, la alimentacion, extremas condiciones de localidad y tal vez tambien enfermedades constitucionales hereditarias y generalizadas en toda una tribu, pueden influir en su constitucion física ó imprimir modificaciones características en cierta direccion, y estas, sostenidas en el transcurso de numerosas generaciones, adaptarse á aquellas naturalezas y terminando por fijar carácter permanente. Así la talla del primitivo americano es regular; pero en algunas tribus es muy grande, como en el extremo S. los patagones, y en el N. los assinibonios. En otras, por el contrario, es más pequeña, como en los peruvianos.

Los americanos del N., habitantes de un país frio y abundante en animales mamíferos, han requerido una alimentacion en relacion con aquel clima, y han cubierto sus cuerpos con las protectoras pieles de esos mismos animales. El aparato dentario en dichas tribus era corto, la fuerza muscular vigorosa, y su estatura más que regular.

Al contrario, los habitantes de nuestra Isla, en donde los cuadrúpedos y aún los animales mamíferos, excepcion hecha de cuatro especies de murciélagos, eran desconocidos, la alimentacion debia ser esencialmente frugívora y herbívora, el aparato dentario más dispuesto para la trituracion que para desgarrar los alimentos, las funciones lentas del tubo digestivo requerian mayor longitud, las fuerzas musculares eran inferiores y los cuerpos menos vigorosos. Así mismo observamos que los trogloditas y habitantes de chozas bajas, frias, y faltas de ventilacion son desaseados, sufren habitualmente de reuma, el raquitismo es constitucional y trasmisible en ellos, la estatura corta, el cuerpo rehecho y las piernas corvas; los que habitan lugares húmedos y pantanosos sufren de reuma y de un pauladismo que enerva pronto el aparato digestivo, sus cuerpos son débiles, y la longevidad apenas se observa

en un número muy limitado. Los que habitan países cálidos y secos son largos y enjutos, los brazos débiles, las piernas ágiles para la marcha, trepan con facilidad, gozan de buena salud y viven más que aquéllos.

A estas reflexiones, conducentes á explicar las diferencias de castas en la raza americana, debemos agregar otras que nos aproximarán al término de nuestro trabajo: encontrar el origen del indio borinqueño.

Los españoles, al invadir ambos continentes de América, sólo encontraron, hácia la banda del occidente, dos imperios poderosos, con una civilización bastante avanzada comparativamente á las demás tribus que permanecían aisladas unas de otras ó con escaso comercio mútuo.

Aquellos imperios eran el de los mejicanos, en el continente septentrional, y el de los incas en el meridional. Ambos pueblos ocupaban las regiones más secas de América, en que las lluvias y los ríos eran menos abundantes, sobre todo los ríos caudalosos, y fáciles de desbordarse, y esta circunstancia en la naturaleza de esos países, lejos de poner obstáculos á la comunicación, el comercio y progreso de los pueblos, les permitía establecerse en sociedades organizadas y sometidas á un régimen constituido de gobierno, formar poblaciones, comunicarse unos con otros, fomentar el comercio, consolidar sus relaciones por medio de mútuos convenios y conquistar importantes adelantos en las artes. Los pueblos que viven forzosamente en el aislamiento, no son susceptibles de estas ventajas. Privados de ellas por los múltiples obstáculos naturales que se oponen á su movimiento y comercio con otros pueblos y otras tribus, su desenvolvimiento y progreso material é intelectual se opera de una manera lenta é imperceptible.

Pedro Mártir en su tercera década hace mención de unos negros encontrados por Vasco Nuñez de Balboa, en su expedición al través del istmo de Darien, y hechos aquéllos prisioneros en la derrota que sufrió el

cacique Quaraquá, del que eran esclavos. Esta relacion cae en el mismo concepto de otras tantas inventadas por aquellos aventureros, así quizás tambien la del aspecto horroroso del poderoso cacique Poncra, á quien encontraron en su viaje de retorno, despues de haber descubierto el Océano Pacífico.

Antes de proseguir conviene citar algunos de los historiadores cuyas obras ofrecen riquísimo contingente para ilustrar esta parte de nuestro estudio.

Torquemada, *Monarquía india*.—Ulloa, *Noticias americanas*.—Robertson, *Historia de América*.—Pedro de Ciega, *Crónica del Perú*.—García, *Orígen de los indios*.—Chanvallon, *Voyage á Martinique*.—Biet, *France equinoxiale*.—Bougues, *Figure de la terre*.—Alciades d'Orbigny, *L'homme américain*.—Morton, *Crania americana*, etc.

Hemos de reconocer que la América septentrional ha sido más visitada y explorada por eruditos y sabios viajeros, á quienes debemos excelentes relaciones acerca del orígen, carácter, índole y costumbres de las tribus desparramadas desde el Canadá hasta el Golfo de Méjico.

Hemos manifestado que la posicion geográfica de nuestra Isla establecia entre sus habitantes y el resto de América una separacion mayor que la de otras Islas, contribuyendo notablemente á su mayor atraso; pero volviendo al orígen de las razas, y establecidas las reflexiones que preceden, hemos de resolver nuestra tesis bajo otro punto de vista más científico, y con el apoyo de elementos distintos en que basar el problema. Estos elementos serían los restos de nuestros indios, especialmente sus cráneos.

Es indudable que sólo algunos cráneos constituyen los únicos testimonios capaces de ilustrar esta cuestion, reconociendo la identidad ó analogía de caracteres que resulten de la comparacion anatómica. Pero es el caso que estos inapreciables comprobantes por los que clama la antropología para resolver el problema del orígen de

la casta indo borinqueña, no se han conservado, y no aparecen ; siendo en verdad bien extraña esta ausencia, dado que los indios no usaban la cremación de sus cadáveres, los cuales eran enterrados ó abandonados en sitios solitarios, que no se han descubierto hasta ahora.

Sin embargo, figuran en nuestro Gabinete de Historia natural algunos huesos completos, fragmentos de otros y dientes que presumimos procedan de indios, y que hemos recogido en una caverna de la alta montaña, cuyo nombre y lugar no podemos decir. Se nos ha asegurado que de la misma caverna extrajo un ilustrado extranjero varios esqueletos enteros, abandonando sólo aquellos restos que hemos recogido. Es sensible que entre ellos no haya ningun cráneo, bien entero, ó siquiera en fragmentos que presten un rayo de luz al oscuro problema del origen de esta raza.

Ignoramos si algun antropólogo competente ha publicado el resultado de sus sabias investigaciones sobre estos cráneos y esqueletos. Por nuestra parte, hemos de limitar el estudio al reconocimiento de algunas vértebras, una porción imperfecta del sacro de un adulto y otra de un recién nacido, varios huesos largos incompletos, otros del tarso, metatarso, carpo y metacarpo, y numerosas falanges, dos trozos del innominado, dos del omóplato y algunas costillas y clavículas.

El tiempo que estos restos han permanecido en la caverna es sin duda muy largo ; tal vez desde los primeros tiempos de la conquista, pues toda la masa esponjosa interna de los huesos largos ha desaparecido, y se han gastado las apófisis, compenetrando la tierra en los poros y huesos, no obstante hallarse en la superficie del suelo y no enterrados. La caverna es estrecha, algo húmeda, y su comunicacion con el exterior muy reducida.

No es fácil asegurar de qué manera han llegado á este sitio las desconocidas víctimas ; pero la vista de

esta extraña hecatombe sugiere tristes reflexiones, transportando la memoria á aquellos funestos tiempos, que los indígenas hubieran podido llamar “de la invasion de los bárbaros de Europa,” en que esos desgraciados eran ferozmente perseguidos, acosados, vejados é injustamente sometidos á la esclavitud por los europeos invasores. Buscando refugio en la impenetrable selva é inaccesible montaña, fatigados por las marchas violentas, abatidos por el hambre y las privaciones, sus carnes desgarradas por breñas y zarzales, y quizás tambien víctimas de cruel enfermedad y sin aliento para continuar la fuga, reposaron en aquella gruta que en breve convirtiése en su sepultura; ó tal vez fallecidos por extenuacion en aquel paraje, fueron los muertos ocultados en la caverna por los sobrevivientes, pues no es fácil de otro modo explicarse la razon del número regular de cadáveres reunidos en dicho sitio, á no ser que, allí refugiados, muriesen asfixiados por la atmósfera deletérea que exhalase la caverna.

Una sepultura de indios conforme á su rito no puede reconocerse en aquella hecatombe, porque de ser así, no seria por cierto la única encontrada; y en un país cuya poblacion rural está diseminada por toda la montaña, se hubieran ya descubierto muchas otras de igual clase.

La circunstancia de haber encontrado la porcion sacral de un recién nacido, prueba que entre las víctimas habia una mujer en el delicado estado del puerperio ó en el último período de la gestacion.

Entre los huesos encontrados se hallan algunos perfectamente osificados, pertenecientes, pues, á personas adultas; en otros la osificación no se habia completado, y estos pertenecen á niños. Otra circunstancia no menos notable consiste en las dimensiones relativamente pequeñas de muchas piezas que parecen pertenecer á mujeres y niños. Entre los dientes encontrados hay varios pequeños cuyas raices estaban completamente formadas y deben corresponder á niños

de 10 á 16 años; las grandes piezas son mayormente muelas, pocos incisivos y caninos. En todos se observa cierta pequeñez de la corona, las raíces no son largas, en los grandes molares, bastante divergentes; la corona de estos en los adultos, gastada por frotamiento, como las muelas de los animales herbívoros, apenas lo son en las de niños, cuyas raíces son más tiernas; un solo molar estaba cariado en el centro de la corona. Esta última observacion está en desacuerdo con lo que expresa el párrafo de Raynal, antes citado.

La existencia de trogloditas en Puerto-Rico, á la que parece referirse el hallazgo de los cadáveres en la caverna, pero cuyo origen se oculta en las épocas primitivas en concepto arqueológico, la excluimos sin reserva. En manera alguna hemos de clasificar los restos antedichos como pertenecientes á la edad de la piedra tallada, de la que en nuestra Isla no ha aparecido vestigio alguno. El hombre de la América meridional, es decir, el troglodita de la época de la piedra tallada, demostrado por Alciades d'Orbigny en el Brasil, posteriormente hallado en otras regiones del Nuevo Mundo, no ha existido ni podido existir en nuestra Isla, cuya moderna formacion geológica hace imposible este hecho.

Aunque queda sentado que el único medio conducente á indentificar el origen de una raza descansa en el estudio comparativo de sus cráneos — la proporcion de sus dimensiones, partes salientes, capacidad, crestas, etc., — y debiéranse comparar los de nuestros indios con los de otras castas ó tribus de las Antillas, de los continentes y de otras partes del mundo, es el caso que se ignora si estos testimonios fidedignos existen y en qué parte. La existencia de ellos no estaria, sin embargo, exenta de dificultades para determinar con evidente exactitud el origen y procedencia de nuestros indios, pues los resultados obtenidos del estudio de cráneos americanos carecen de uniformidad, y son á veces com-

pletamente contradictorios; y si á esta desgraciada circunstancia agregamos la otra de que la clase de huesos que existen en nuestro gabinete son insuficientes á ilustrar apenas una parte de esta tésis, y que hasta los sabios antropólogos más distinguidos se detendrian al pronunciar su fallo con pruebas tan deficientes, casi hemos de renunciar á darle nosotros una solucion, ó esta seria puramente hipotética.

En algunas colecciones antropológicas en que se ha reunido gran número de cráneos americanos han resultado la mayor parte braquicefálicos, en otras dolicefálicos, y en otras abundan las formas intermedias, ó las dos fundamentales figuran en proporcion igual. Segun Morton, la dolichocefalia es la forma más comun en las tribus primitivas al E, de los Alleghanes, y la braquicefalia en las del O. del Missisipí, repitiendo esta observacion en las costas de la América meridional. Los cráneos peruvianos se distinguen por su forma cuadrangular, y los de los mejicanos por el aplanamiento de la parte posterior que es vertical, y el vértice piramidal, visto por detrás, la frente algo alargada y baja, las órbitas cuadradas y la nariz aplastada.

El profesor *Virchow* de Berlin en su discurso pronunciado en la sesion del mes de Noviembre de 1886 en la sociedad antropológica ha manifestado, que del reconocimiento que ha hecho de varios cráneos pertenecientes á diversas tribus dispersas de los Aroakos y Guajiros de la banda norte de la América meridional, resulta completa uniformidad típica craneana. Esta uniformidad típica en tribus emparentadas y de origen único ó aproximado, está lejos de abarcar el concepto general sobre dos continentes distintos, ni aún de las diversas nacionalidades esparcidas sobre cada uno de ellos.

En conjunto, la raza americana presenta algunos caracteres de primer orden, análogos á la raza amarilla ó mogol, tales como la cara y nariz aplanadas, el color de la piel, el pelo negro, duro y lacio, el poco des-

arrollo del sistema piloso en la superficie del cuerpo y cara, los ojos pequeños y el aplanamiento del occipucio propio de muchas razas del Asia. En cambio, las diferencias más notables están en la nariz perfilada, el débil prognatismo y la poca capacidad de la cavidad cerebral. No debe olvidarse que el tipo de las tribus de la América del N. difiere de las de Méjico, Perú y Nueva Granada, y que éstas se aproximan más que aquéllas á la raza mogol. Los californios, segun La Perouse y Rollin, demostraban muchos puntos de semejanza con la raza etíope : el color de la piel y del iris es casi negro, la frente baja, nariz corta y deprimida en la raiz, los maxilares salientes, boca grande, labios gruesos, dientes bien conservados, el pelo negro, grueso, pero no lanudo ó crespado. Los charonas, segun Prichard, son rojo oscuros, derechos, bien proporcionados y activos, de estatura regular ; tienen la frente despejada, facciones regulares, cejas pobres, cara y cuerpo lampiños, cabello negro y lacio, nariz recta y manos y piés pequeños.

No es difícil reconocer en muchas fisonomías que diariamente se nos presentan á la vista caracteres marcados de la raza mogol en esas caras aplanadas con los pómulos pronunciados, la anchura y prognatismo de la mandíbula superior y cierta oblicuidad de los ojos. Esta analogía de caracteres con la raza mogol es de extrañarse en nuestra Isla, donde los chinos y asiáticos, tan comunes y abundantes desde tiempos atrás en las otras Antillas, se han introducido en Puerto-Rico en escaso número, de manera que es raro encontrar uno, acaso en el litoral, y apenas ha habido cruzamiento entre ellos y los criollos. Esas caras no pueden explicarse sino por una reminiscencia de la naturaleza india. El perfecto tipo de la raza india primitiva no se percibe en ninguna parte.

Ilustrados arqueólogos que están en comunicacion con nosotros y conocen nuestra coleccion de objetos de procedencia india, ha sustentado la opinion, con refe-

rencia al origen del indio borincano, y nos adherimos á esta opinion, que este, como las tribus esparcidas en las grandes Antillas, constituian una casta completamente distinta de los que habitaban las pequeñas Antillas, y que por su ferocidad eran llamados caribes; y que nuestros indios procedian de una tribu íntimamente ligada á los Seminolas, que en tiempos de la conquista ocupaban la region comprendida entre las márgenes orientales del Missisipí y el Atlántico incluso la península de la Florida; pero rechazados á las montañas pedregosas que hoy habitan.

El corto estrecho de 30 leguas que separa la Florida de la Isla de Cuba, fué fácilmente salvado, estableciendo sus colonias que pasaron más tarde á Santo Domingo y Puerto-Rico.

Briton opina que toda la primitiva poblacion de las Antillas pertenece á la casta de los Arawakos, rechazados por los caribes, y cuyos restos aún se conservan en Venezuela.

Los caribes son originarios de las tribus que aún habitan las márgenes del Orinoco. La fisonomía y en general todos los rasgos físicos de esta casta carecian de la perfeccion, la belleza y la gracia que eran peculiares á los borincanos, y que resaltaban en sus mujeres, cuyas caras agraciadas, formas bien contorneadas, manos y piés pequeños, pechos túrgidos y otros atractivos parecen haber sido las verdaderas causas y los móviles de las incursiones frecuentes de los caribes en Puerto-Rico y Santo Domingo, con el principal, objeto de cazar y llevarse las mujeres, según trataremos de probar en otro capítulo de estos estudios.

En las obras que tratan del descubrimiento de América, y especialmente en la de Mr. Washington Irving "Vida y viaje de Cristóbal Colon," la mejor que posee la literatura universal, se describen los indígenas borinqueños primitivos tan idénticos en sus caracteres físicos, índole, costumbres y grados de civilizacion á los de las otras grandes Antillas, que no cabe dudar de

la indentidad de procedencia. Así, pues, en virtud de cuanto se ha expuesto en este capítulo, cabe formular los conceptos siguientes :

El primitivo indio borinqueño entronca inmediata é íntimamente con el de Santo Domingo y Cuba ; procede de la raza americana del continente septentrional, probablemente de los Anahuac ó de los Seminolas, y por algunos de sus caractéres puede admitirse la hipótesis de una anteprocedencia mogol, modificada en el transcurso de infinitas generaciones por las influencias combinadas é incesantes que determinan el clima, las condiciones de localidad, el cruzamiento de las castas y demás causas capaces de constituir alteraciones permanentes.

Es probable que en épocas remotas, muy anteriores á la de la conquista, la raza india de estas Antillas mayores hubiera dominado tambien las menores, y hasta haberse extendido sobre el delta del Orinoco y el territorio NO. de la América meridional. En cierta época, difícil de fijar, hordas invasoras más fuertes, más feroces y más enérgicas, venidas de las regiones oriental y meridional se desbordaron sobre aquélla region y esas Islas que consideramos en un tiempo bajo el dominio de la antillana raza, é inundaron como un oleaje las sociedades que á su paso hallaron, rechazándola de Isla á Isla.

Y como vinieron en número considerables cargando sobre la corta poblacion de las pequeñas Antillas, moralmente vencidos ya de antemano por el prestigio de sucesivas, fáciles y seguras victorias, aquel oleaje al fin se detuvo ante el poderoso muro que la naturaleza habia formado á nuestros indios con la primera de las grandes Antillas, en que se albergaban fuerzas ya mayores y difíciles de vencer, sin oponerles otro número igual, al que no alcanzaban los indios caribes, cuyos arsenales habian de estar en relacion numérica con la esterilidad de las pequeñas Islas inmediatas á la nuestra. Porque es lo cierto, que los caribes ocupaban

hasta la pequeña Isla de Vieques á la vista de nuestra costa oriental y que hostilizaban á los borinqueños, demostrando siempre su carácter guerrero, invasor y la diversidad de raza y de origen.

Apoyados en los informes de los cronistas, el naturalista aleman *Ernst*, en un trabajo referente á los indios guajiros de Venezuela, sustenta la opinion, que la invasion de los caribes en ese territorio debe haberse verificado próximamente en la primera mitad del siglo XV, es decir, poco antes de la venida de los europeos, pues los naturales conservaban en sus tradiciones muy fresca la memoria de aquel notable acontecimiento. Entonces los *Lukkones* ó *Lokones* fueron rechazados de las márgenes del Orinoco, refugiándose á la península más septentrional de la América meridional; las demás tribus tomaron cada una su direccion en aquella fuga general. Fijando en la primera mitad del siglo XV el período de aquella invasion caribe del territorio venezolano, apenas restaba el corto espacio de medio siglo para continuar los caribes su marcha invasora sobre las pequeñas Antillas hasta nuestra Isla, subiendo cerca de 10 grados hácia el N., adelantando la conquista sobre paises de un clima distinto á aquel del que procedian. Ahora, si unimos esta consideracion á otras no menos importantes, propias de su grado de cultura y civilizacion, las armas de combate, los medios de traslacion, su lenta multiplicacion por causas que se expresarán en otro capítulo, y todas las demás condiciones que concurren en un pueblo salvaje, creemos que aquel período de invasion establecido por *Ernst* para Venezuela, es algo reciente, y cabe rechazarlo lo menos un siglo más atrás, á los comienzos del siglo XIV, fijando la época de la invasion caribe en las Islas Vírgenes, allá á mediados del siglo XV.

En el nombre Lukku, Lukko ó Lokon habriamos de encontrar el origen del otro nombre Lukillo ó Loquillo que los primitivos habitantes de estas Islas daban

á nuestra más alta montaña, la primera que se hallaba á la vista de los caribes.

La coincidencia de este nombre con el de *Anahuac* que corresponde á una alta planicie en el territorio mejicano septentrional y á la tribu india que la habitaba, corroboran el concepto de la identidad de raza entre unos y otros.

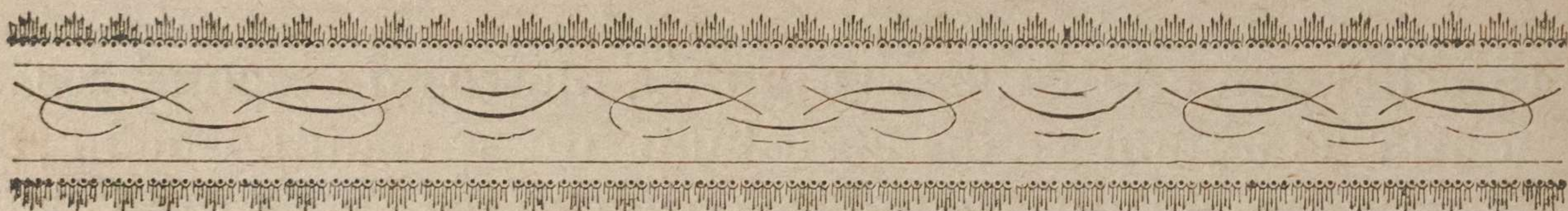
A la llegada de los españoles á Méjico, aún estaba fresca en la memoria de aquellos indios la tradicion de una invasion tolteka, acontecida en una época no muy remota. Los mejicanos reconocian en este pueblo á los fundadores de su cultura, habiendo aparecido primeramente en la alta planicie de Anahuac. No tardaron en ser sometidos por los Aztecas que venian en direccion del NO., ambos pueblos ligados por el parentesco del lenguaje. Los aztecas legaron á los anahuac su poder y su espíritu guerrero; éstos á aquéllos sus morigeradas costumbres. Confundidos ámbos pueblos, no quedaron reducidos á aquella planicie y al estrecho territorio mejicano, sino que continuaron al parecer su marcha invasora, sometiendo los pueblos, pues sus huellas se encuentra en la América central hasta Costarica.

Aunque se halla muy velada la historia primitiva de los pueblos indios de Centro-América, esparce alguna luz sobre su origen el hecho incontestable de haberse desparramado sobre todo el territorio un pueblo de origen mejicano, dotado de cierto grado de cultura y de un empuje superior. La frecuencia de los nombres mejicanos dados á muchos lugares del Centro-América atestiguan este hecho, así tambien la identidad de tradiciones, costumbres y palabras. La invasion se extendió sobre la península de Yucatan y extinguió allí toda la antigua poblacion, cuyos monumentos hallaron los compañeros de los conquistadores europeos, no solamente abandonados, sino tambien sepultados en impenetrables selvas que crecieron sobre sus poblaciones. Los ricos monumentos de Copan se hallaron

cubiertos por una capa de algunos metros de escombros y materias aglomeradas en estado de descomposicion; y las raices de los árboles corpulentos, rodeando y constrinjiendo las esculturas sepultadas, las han saltado en pedazos.

A treinta leguas de distancia del extremo oriental de Yucatan se encuentra la Isla de Cuba, espacio que hubieran salvado los toltekos en sus mejores embarcaciones, impelidos por su ardiente espíritu de conquista, una vez en posicion del Yucatan; pero aquí una tradicion hacia venir á los toltekos del oriente, y en este caso hemos de convenir, que éstos dominaban todo el borde del seno mejicano, y es probable que por la península de la Florida, tambien inmediata á Cuba, arribaron á esta Isla, cerrando el círculo é invadiendo á Yucatan por el oriente. Desde Cuba su propagacion á Santo Domingo, Puerto-Rico y pequeñas Antillas, es probable, aunque aceptado el hecho, que debe haberse verificado con cierta lentitud y no exento de dificultades.

En resúmen, no puede negarse coneccion de origen entre el pueblo indo-borincano y los que ocupaban el litoral bañado por el golfo de Méjico. Las colleras ó bandas de piedra que se describen más adelante, se han encontrado tambien en Méjico; las figuras talladas en piedras de nuestros indios guardan analogía notable con las de aquel país y Yucatan; las costumbres de ambos pueblos eran muy parecidas.



LOS INDIOS BORINQUEÑOS

ANTE LA CIENCIA ETNOLOGICA.

La etnología, ó sea la ciencia que trata del conocimiento de los pueblos en general ó en particular de cada uno, distingue pueblos primitivos ó salvajes, incultos ó naturales; pueblos bárbaros ó semisalvajes, otros de media civilizacion, y últimamente los civilizados. La palabra *cultura* en su acepcion etnológica significa tanto como la suma de todas las adquisiciones intelectuales acumuladas en un período, si bien este concepto no es en manera alguna concreto, pues los pueblos cultos distan más ó menos de los incultos, y las transiciones son á veces insensibles. Para apreciar el grado de cultura de un pueblo hemos de fijar el grado entre uno y otro, y tomar un ejemplo por norma que dará la medida que se desea establecer.

Cada pueblo representa cierto grado de aptitud intelectual, base de su progreso y cultura; la diferencia de cultura adquirida, comparada con la de otro pueblo análogo, no depende solamente del grado de aptitud intelectual, sino tambien del impulso que á ésta se le ha comunicado, y de la conservacion y consolidacion de los pasos que ha dado en la senda del progreso. Los pueblos que no han sabido ó podido conservar y vigo-

rizar su progreso, deben conceptuarse como deshechos en el concierto de las sociedades: han carecido de estímulo en la corriente del desenvolvimiento general.

El aislamiento es otra de las condiciones que determinan el atraso de los pueblos: espacio y tiempo operan como factores en esta obra, y la mezquindad material y moral en el carácter de aquéllos se revela en cada pueblo, en cada aldea y en cada choza. En cambio, la asociacion, el mútuo comercio y la alianza entre unos y otros representan las condiciones más propicias que hacen brotar y prosperar los gérmenes de la cultura. En la asociacion de los hombres se funda y origina la cultura; en la de las generaciones su consolidacion para el porvenir; desarrollarla equivale á atesorarla; la prosperidad de este tesoro depende de la constancia en conservar, cultivar y vigorizar el progreso. La actividad humana es el agente que impulsa el progreso y acrecienta la cultura. Sin el poderoso concurso de todas las fuerzas vivas y el auxilio mútuo no hay progreso posible; la generacion que viene ha de continuar la labor de la precedente.

El pueblo indo-borincano no vivía en absoluto aislamiento; las tribus formaban aldeas, reconocían un jefe patriarcal, obedecian en la esfera de su constitucion á principios revestidos de fuerza legal que regían aquella sociedad, y los jefes reconocían á la vez la autoridad suprema depositada en un cacique-rey, llamado Guaybana. Se comunicaban por un lado con los habitantes de Santo Domingo, sus hermanos por el origen y á la vez sus aliados; por el lado opuesto lo hacian con sus encarnizados enemigos, los belicosos caribes, invasores del S.; pero permanecían separados del resto del mundo, y hasta carecían de comunicacion con las demás Antillas, persistiendo en su estado primitivo como pueblo salvaje ó natural, es decir, que vivian casi bajo la presion y dominio de la naturaleza: ésta se sobreponía á ellos, y vivian á expensas de lo que ella producía espontáneamente. Y sólo decimos que *casi*

bajo la presion porque habian dado ya el primer paso para emanciparse de esta situacion genuinamente primitiva, puesto que ejercian la agricultura, aunque de un modo rudimentario, poseian ya los gérmenes de ciertas industrias y se ejercitaban en el arte escultórico, revelando en él favorables disposiciones. A pesar de hallarse el indio de esta Isla en posesion de tan ventajosas condiciones de progreso, habia descendido con relacion á las que poseian sus predecesores del Continente Norteamericano, y demostraban tambien inferioridad respecto de los caribes, que eran su pesadilla, y que los hostilizaban en su propio territorio, sin que ellos se aprestaran á la revancha, y menos aún intentaran desalojarlos de las posesiones que habian conquistado en las Islas Vírgenes. Procuremos reconocer las razones de tan extraña situacion.

Para el primer caso, ó sea la inferioridad de cultura con razon al pueblo de que procedian los indios de Borínquen, hemos de reconocer el aislamiento forzado en que los colocaba la naturaleza ó las condiciones geográficas de la nueva patria adoptada en una Isla: el mar se convertía en una barrera difícil de franquear para la comunicacion con otros pueblos, y de hecho se establecia cierto aislamiento natural, causa de que se estacionase en ellos la marcha del progreso. El estacionamiento no podia depender de su incapacidad física ó intelectual. Sus costumbres, sus instituciones, sus monumentos ó sean sus obras de arte y muchos de sus hechos se pronuncian en contra de esta suposicion; pero su aislamiento, lo imperfecto de su sistema de vida y de su actividad intelectual los conservaba estacionados, porque faltaba el estímulo que eleva á los pueblos é impulsa su progreso y su cultura.

La espléndida naturaleza del país era, á no dndarlo, una de las causantes de aquel mal, como aún sigue siendo un obstáculo para la cultura de la poblacion diseminada que ocupa nuestros campos. En efecto, se observa que los dos pueblos indios más cultos y de

civilizacion superior en América ocupaban regiones elevadas y áridas, y á medida que se descendía á las comarcas bajas y fecundas, la cultura de las tribus que las habitaban, descendía tambien: la altura y la aridez del territorio estaban en razon directa al grado de cultura, y este en razon inversa al de la fertilidad del terreno.

El imperio indo-mejicano ocupaba la elevada planicie, con su capital Tenochtitlan, hoy ocupada por la ciudad de Méjico, á 2,277 metros sobre el nivel del mar; y Cozco, capital del imperio indo-peruano, se hallaba aún á mayor altura.

En cuanto al segundo caso, ó sea la debilidad de la raza matriz borinqueña en la lucha contra los caribes, que la venian derrotando desde Venezuela en todas las Antillas menores, procuraremos explicarla tambien.

Está reconocido que la cultura de los pueblos primitivos se halla ligada íntimamente á la cultura del suelo; pero esta trabazon se deshace á veces, cuando alcanza cierto grado de desarrollo. Lo último suele verificarse, separándose la cultura en su progreso del suelo que la ha originado y que la fomenta, cuando sus órganos se multiplican, y en lugar de arraigarse, se pronuncian en movimientos de separacion y traslacion. Los pueblos agrícolas deponen las armas y se vuelven débiles relativamente á los que las ejercitan fortaleciendo el valor, en tanto que aquellos pueblos se debilitan por un espíritu pacífico de laboriosidad y conservacion.

En los pueblos cazadores y pastores se observa además mayor grado de organizacion política y más empuje en sus acometidas belicosas que en los pueblos agrícolas. En aquéllos la disciplina en sus empresas guerreras, protegida por una gran agilidad en sus movimientos y en sus correrías, le dan notable superioridad sobre éstos, y en los combates la victoria les favorece frecuentemente. La raza caribe era raza de cazadores y guerreros oriunda del alto Orinoco, territorio plagado de fieras y cuadrúpedos; su vida era de combate y

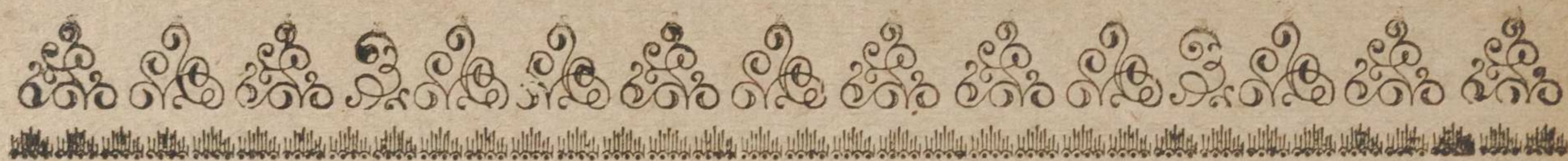
asaltos sobre todo pueblo que le cortara el paso, y aunque su cultura y aptitudes intelectuales la colocaba por debajo de la raza borincana, sobrepujaba á ésta en valor, agilidad y disciplina ; razon por la cual ejecutó la marcha victoriosa ántes referida. Vespucio, en sus cartas, dice de los habitantes de la Isla de Trinidad y costas de Paria, “que eran de raza caribe, altos, bien formados y vigorosos, como diestros en el manejo de flecha, lanza y escudo.” Refiere además, que sus casas estaban construidas en forma de campana, signo característico de cultura inferior á la de los borinqueños, cuyas casas eran cuadradas ; pero al desembarcar Colon en su segundo viaje en la isla de Guadalupe, encontró las cabañas cuadradas como las de Santo Domingo y Puerto-Rico : la cultura de éstos habia penetrado en aquéllos.

Despues de haber descubierto Colon, el 16 de Noviembre de 1493, la Isla de Santa Cruz, la mayor de las Islas Vírgenes, llamada *Ayay* por los indios, la corta tripulacion del bote que saltó á tierra para un reconocimiento, tuvo que sostener un reñido combate con dos indias y algunos indios en una canoa, la que fné volcada por el bote. Las mujeres peleaban lo mismo que los hombres, y pronto los españoles hubieron de experimentar el valor de estos caribes, que se defendieron bizarramente, hiriendo en el primer ataque á dos españoles y atravesando la flecha de una de las heroínas un escudo de parte á parte. Los salvajes continuaron peleando en el agua y descargando sus flechas como si estuvieran en tierra firme.

El estado primitivo de un pueblo no es siempre la resultante de su inferioridad intelectual. Hay pueblos salvajes que por su inferioridad física ó por su imperfecta organizacion cerebral, permanecen en aquel estado y apenas son capaces de alcanzar mayor civilizacion, porque ésta no se fija en su incapacidad intelectual, ni puede elevarlos sobre su primitiva esfera. El pueblo indo-borincano era—por la configuracion y

estructura de los órganos destinados á las funciones mentales—muy capaz de apropiarse fácil y rápidamente todos los progresos de la civilizacion que le sorprendió á fines del siglo XV y principios del XVI.





ALGUNAS COSTUMBRES.

Alimento. El estado primitivo del indio borinqueno y su vida vagabunda limitaba sus necesidades á las más perentorias para su propia conservacion, ejercitarse en el manejo de sus rústicas armas, construir algunos objetos útiles ó de capricho y recrearse en sus fiestas. La naturaleza exhuberante del clima le proporcionaba en animales y vejetales abundantes materiales para la alimentacion; en el cultivo de algunas plantas y preparacion de objetos de menaje se ejercitaban las mujeres; los hombres construian sus cabañas, embarcaciones, armas, probablemente tambien los utensilios de alfarería, como ollas y jarros y sus figuras (ídolos); se ocupaban en fin, en todos aquellos trabajos que requieren un grado de fuerza de que carecian las mujeres.

Un pueblo salvaje que vive en cierto aislamiento, debe precisamente buscar los medios de satisfacer sus naturales necesidades en los objetos que le rodean y están á su inmediato alcance. La alimentacion de los borincanos debia de ser principalmente frugívora, variada con la carne de los pocos animales indígenas y fáciles de adquirir. Eran estos animales las aves, los murciélagos, lagartos y toda clase de reptiles, como culebras y quelonios, los peces de agua dulce y salada,

crustáceos terrestres y acuáticos, etc. Las aves y los animales terrestres eran cazados con flechas y trampas, los peces y crustáceos acuáticos por medio de redes. La caza y pesca correspondia á los hombres. Carecian en absoluto de cuadrúpedos que suministraran un alimento sustancioso y reparador de las fuerzas y materiales gastados, pues la de aquellos animales que hemos referido, á excepcion de las aves, es deficiente para llenar con energia los actos fisiológicos de la nutricion del hombre, porque carece de los principios nutritivos en cantidad y cualidad como los poseen la carne de los cuadrúpedos. Esta circunstancia determinaba, como es consiguiente, en el organismo de los indios, un modo de ser adecuado á su alimentacion, y siendo deficiente la de raices, frutas y vegetales poco nutritivos, y siendo incapaz su aparato digestivo de extraer á ciertas plantas todas las materias asimilables, debe deducirse lógicamente, que los indios eran hombres la mayor parte endebles y de estatura inferior á la de los europeos.

“La forma exterior de estos indios manifestaba algun vicio en la constitucion de su cuerpo. La corta cantidad y poca sustancia de los alimentos que usaban, la facilidad que tenian de adquirirlos sin trabajo, el calor excesivo del clima y la falta de cuadrúpedos para ejercitarse en la caza, los constituian flojos, indolentes, enemigos de toda fatiga y de una aversion extremada á todo trabajo; circunstancias que podemos considerar como características de estos isleños. Todo lo que no era satisfacer el hambre ó divertirse en el baile, caza ó pesca, lo miraban con indiferencia....” [Dutertre 2, fóllo 337, en Acosta, página 41.]

Fácilmente se alcanza á cuantas visicitudes espone el cuerpo una alimentacion insuficiente sostenida por toda la vida.

Esta circunstancia en otros climas más rudos hubiese puesto término á toda la sociedad, porque allí la alimentacion exclusivamente frugívora en el hombre

no es compatible con la vida, ó las necesidades naturales hubiesen ejercido su fatal imperio reclamando tal vez la carne de sus semejantes, si otros mamíferos no la suministraran.

La configuracion aplanada ó ligeramente tuberosa y el desgaste en la superficie de los grandes molares de los indios que tenemos á la vista, adquiridos en fuerza de un movimiento continuo de trituracion, bastan á convencernos del género de alimentacion de nuestros indígenas; pero en manera alguna estamos autorizados á negarles, que tambien se alimentaban de carne, pues la de aves que abundan en los bosques sustituia hasta cierto grado la de mamíferos de que carecian.

Discrepamos en la apreciacion del sabio filólogo y etnógrafo cubano Don Juan J. de Armas de que los indios de estas Islas no se alimentaban con carne por que “no tenían ningun instrumento cortante para desollar las aves y reptiles que abundaban en sus bosques; no consta que tuviesen ningun medio de preparar al fuego los alimentos. Consta, por el contrario, que comian raices y vegetales crudos, á más de insectos y reptiles crudos . . . no habia al llegar Colon un solo estómago en las Antillas, ni aún en toda América, fisiológicamente organizado para digerir la carne.” (La Fábula de los Caribes, página 15.)

Millares de hachas de piedra (piedras de rayo), idénticas á los de otros pueblos de la edad de la piedra pulimentada, se han encontrado esparcidas por toda la Isla, de las que figuran algunos centenares en nuestro gabinete. Estos eran los instrumentos cortantes y á la vez las armas de nuestros indios; con ellos y aún sin ellos, valiéndose de otro grosero y tosco instrumento ó cuerpo cortante ó dislacerante hecho de concha de caracoles, piedra tallada ó madera endurecida al fuego, les servian para desollar y descuartizar las aves y animales que consumian; y aunque esto no consta en las relaciones de los viajeros, debemos así admitirlo, como tambien que, conociendo el fuego y

teniendo enseres de alfarería, hicieron uso de ambas cosas para preparar las carnes y los alimentos. Hemos encontrado en varios lugares cascotes de ollas y jarros en los sitios mismos en que se fabricaban y cocían, entremezclados con montones de ceniza, cascotes de caracoles y conchas y huesos de aves y peces que demuestran haber sido asientos de indios. En el capítulo de sus industrias se describen los objetos de cerámica que hemos encontrado. No comprendemos por qué razón se ha de dudar de la alimentación mixta y hasta preferentemente carnívora, en las regiones de América, en que abundan los cuadrúpedos, y sobre todo los monos que se domesticaban ó eran fácil de cazar.

La injusta acusación de antropofagia que por viajeros, geógrafos, historiadores y misioneros se ha lanzado contra los indios antillanos, ha sido brillantemente refutada por el señor Armas en el antecitado luminoso opúsculo. Y en realidad, el organismo débil del sóbrio indio, más frugívoro que carnívoro, se había adaptado á esa nutrición de tal manera, que fisiológicamente considerado, no eran capaces de soportar una alimentación esencialmente carnívora, sin sufrir graves trastornos en sus funciones digestivas. Al contrario, los europeos, tan pronto carecían de carne, se debilitaron sus fuerzas, el aparato digestivo reclamaba los materiales acostumbrados á digerir, y la falta de éstos produjo aquellas repugnantes escenas de antropofagia que horrorizada nos relata la historia de la conquista. (Fernando Colon, "Vita dell' Ammiraglio, cap. 6 ." Washington Irving, "Vida y viajes de Cristóbal Colon, libro IX cap. 1º." Cabeza de Vaca, "Naufragios y relacion del viaje á la Florida, cap. 14 y 17." Oviedo, libro 25, etc.)

Pueblos antropófagos jamás han existido ni puede haberlos. La antropofagia está en absoluta oposición con las leyes naturales, la ciencia no la justifica, y la experiencia en los animales más fieros resulta contraria á la más injustificada imputación que se ha vertido so

bre el hombre salvaje. Las relaciones de viajeros antiguos y modernos aseverando haber presenciado casos de antropofagia que pretenden hacer recaer sobre pueblos enteros, son insostenibles ante la crítica racional. Los sacrificios humanos, bárbara práctica de algunos pueblos naturales y hasta tambien de otros semicultos, nada tienen que ver con el canibalismo. La aberracion ó la corrupcion de las facultades mentales puede en un hombre, y con mayor razon en un salvaje, determinar actos inconscientes de antropofagia ; pero no se concibe que todo un pueblo participe espontáneamente de semejante denormidad en sus funciones intelectuales. Un pueblo que haya descendido á tal grado de abyeccion termina por consumirse á sí mismo y por ser destruido y aniquilado de sus vecinos ó de las fieras.

Nuestra poblacion campestre nos presenta el testimonio de la incompatibilidad de la nutricion carnívora á las naturalezas frujívoras en estos climas. Esa poblacion que vive diseminada por la montaña, sumida en la más lamentable indigencia, que se alimenta de los frutos que producen sus sembrados, y que rara vez consume carne, porque carece de recursos para adquirirla. Esas naturalezas entecas parecen representar fielmente la de los indios. Sus hijos, impulsados por la necesidad, abandonan el patrio hogar y entran al servicio doméstico de familias acomodadas en los pueblos. Apenas sus atónitos estómagos han recibido los primeros manjares succulentos y sobre todo la carne, se manifiestan con caracteres á veces violentos las gastroenteritis, vómitos y diarreas, y obrando este fenómeno como agente explosivo del paludismo que los ha saturado en sus desmanteladas habitaciones, se desarrollan fiebres intermitentes biliosas y sus congéneres. Lo mismo habia de suceder á los desgraciados indios violentamente arrancados de su suelo natal, y no sabemos de qué modo conducidos al través del Océano, recibiendo una alimentacion extraña á su estómago é incapaz de digerirla.

En el capítulo que trata de su industria presentaremos una reseña de los vegetales que les servían de alimento, y los que eran cultivados.

Vestidos. Despues de habernos ocupado del régimen alimenticio observado por los indios, poco tenemos que decir acerca de su manera de vestir, porque carecian completamente de trajes, como los encontramos en otros pueblos primitivos de América, de tejidos tan variados como lo era su grado de cultura y el clima del suelo. Poseian el algodón; pero apenas ejercian el arte de tejer; carecian de animales que suministraran pieles ó lana, y no habia algun otro objeto en el reino vegetal ó fuera de él capaz de servir á estos usos. En el artículo que trata de las industrias, se describen sus *naguas, hamacas* y demás tejidos y utensilios.

Andaban desnudos, el clima no hacia necesario el abrigo contra la inclemencia de la atmósfera; debe suponerse que en las pocas noches frias de un cortísimo invierno buscarian refugio en sus toscas cabañas, ya envolviéndose en paja ó atenuando el frio por medio de hogueras.

Hoy mismo vemos á nuestra poblacion moral vivir en el estado de indolencia en que los europeos encontraron á los indios, sin preocuparse de la entrada del invierno, habitando chozas desmanteladas y dormir sobre un duro tablado casi sin abrigo.

Pero si el indio no cubria su cuerpo con traje alguno, á excepcion de las casadas que se ceñian un delantal corto que cubria sus partes pudendas, en cambio pintaban su cuerpo con mucha prolijidad y esmero, dibujando en todo él caprichosas figuras con aceites, tierras y jugos vegetales tintóreos. Adornados de esta manera lucian sus galas en todas las reuniones á que daban importancia, sustituyendo las pinturas á los trajes. Los aceites debian preservarlos del calor, la traspiracion y el enjambre de insectos molestos, los que, sin esta precaucion, no les darian punto de reposo. Du-

damos que hayan hecho uso de las resinas, porque éstas, obstruyendo los poros que operan en la traspiracion, originarian pronto inflamaciones de la piel, siendo imposible resistir sobre el cuerpo una capa de impurezas que quedaria adherida á la resina.

Adornos. En cuanto á los adornos que satisfacian su vanidad, ha sido esto achaque notorio de todos los pueblos, tanto civilizados como primitivos, pues el hombre en todos los tiempos, en todas las edades y cualquiera que sea su grado de cultura y país que habite, ha demostrado una inclinacion natural ó aficion á adornar su cuerpo, representando en su propia persona la idea de lo bello y su sentimiento estético. Los pueblos primitivos usaban para adornarse de caracoles, conchas, semillas de colores, piedras y otros dijes y figuras hechas de hueso, marfil, cuerno, piedra, concha, metales nobles, oro y plata, corgándolos del cuello en forma de amuleto, relicario ó collar, ó de los brazos y piernas como brazaletes y pulseras; ya tambien usaban las plumas vistosas para adornar la cabeza ó llevarlas á la cintura en forma de delantal ó taparabo. Oviedo, en su libro V, capítulo 3º, aprovecha esta observacion para desahogar su natural odio hácia los indios, inventando pretextos que desfiguran su índole moral; pero en este caso refiere una sola observacion propia, en el puerto de Santa Maria, en Costa-Firme. Esta sola le ha bastado para derramar su copiosa bilis.

En la batalla que libró Diego de Salazar contra las fuerzas del cacique Mabodamaca en las márgenes del rio Coayuco en el distrito de Ponce, Juan Ponce de Leon dió muerte á un cacique que llevaba una placa de oro al pecho, como distintivo de su carácter. Muy parcas resultan las narraciones de Oviedo al tratar los adornos que usaban los indios; pero oportunamente se darán á conocer algunos de piedra que figuran en nuestra coleccion, en forma de amuletos perforados cerca

del borde y que indudablemente son esos adornos á los que se refieren los cronistas.

Incursiones caribes. Sabemos que nuestros indios eran con frecuencia atacados por expediciones de caribes procedentes de las Islas de Barlovento. Las causas que motivaban esas incursiones, en parte se han explicado en el capítulo anterior. Los primeros europeos que vinieron á estas Islas, pretendiendo interpretar las incomprensibles explicaciones que les daban los indios borinqueños, afirmaban que los caribes los asaltaban, conquistaban, esclavizaban, y últimamente los sacrificaban para comérselos. Interpretaciones de esta índole registra mucho la primera historia del Nuevo Mundo. La calificación de caníbales ó antropófagos que recaía tan pronto en una comarca, como se cambiaba á otra y volvía de nuevo á la primera, se fijó últimamente en los caribes que se distinguían por la ferocidad en sus excursiones periódicas contra Borinquen, cuyas pruebas se hallan en el testimonio de los cronistas y en las numerosas figuras de barro cocido sin vidriar que ha dejado abandonado en muchos puntos de la costa. Véase el artículo "Artes." Repetimos que el instinto feroz de la antropofagia no era el móvil de las incursiones caribes, sino aquellos que dejamos apuntados en el artículo anterior, y probablemente tambien otros que vamos á exponer.

A poco que meditemos, se nos ha de ocurrir, que ni el pueblo caribe, ni otro alguno, por feroz que consideremos sus instintos, era capaz de abandonar su hogar y exponer su vida, recorriendo en ligeras embarcaciones extensos brazos de mar, sin mas objeto que el de satisfacer el feroz apetito de devorar algunos de sus semejantes, y volverse á sus casas con la única satisfaccion de haber comido unos trozos de carne humana. Hemos de buscar para la aplicacion de aquellas incursiones razonamientos más sólidos. Parece más natural, que en ciertas épocas del año careciese el pueblo

caribe del alimento que habia de producirle el árido suelo de sus islas pedregosas, y hasta careciese de agua á causa de las largas sequías que se repiten anualmente en época determinada, y que sufriesen tambien otro género de calamidades. Conociendo la fertilidad y abundancia de aguas potables de Borínquen, é impelidos por la necesidad imperiosa del hambre y la sed, se determinaban á cruzar el mar de las Antillas y disputar á los borincanos por fuerza, lo que de grado no les fuese concedido.

Aunque de un órden inferior, vamos á exponer otra reflexion á la que no concedemos gran importancia. Desde la Isla de Martinica en adelante hácia el S. abrigan los bosques un enemigo terrible que aparta de ellos á los actuales moradores, y más aún debia suceder esto con los primitivos pobladores. Este enemigo es la *serpiente coral*; la estacion del calor las hace más terribles y peligrosas. Los animales ponzoñosos de Borínquen son pocos, fácil de evitarlos y ninguno es de mordedura mortal.

Mayor valor damos á otra circunstancia que atraia á los caribes á las costas de Borínquen. Las formas agraciadas y gentiles de las doncellas parece haber sido uno de los móviles de aquellas incursiones, llevándoselas cautivas los caribes.

En la Isla de Guadalupe, al arribar Colon en su segundo viaje, envió una partida á un reconocimiento, la que regresó con un muchacho y varias mujeres, algunas de la isla y otras cautivas. Tres dias despues algunas mujeres se presentaron á los españoles pidiéndole amparo, diciendo que eran cautivas de otras islas.

Baile. Fuese con el simple objeto de divertirse ó que se celebrara algun acontecimiento alegre ó triste, se entregaban con delirio al baile, *areyto*, acompañado del canto, costumbre que hasta el dia se ha perpetuado en nuestros campos, siendo hoy la única que conocen nuestros campesinos.

Oviedo, en libro V, capítulo 1º, describe el baile: “Tenian estas gentes una buena é gentil manera de memorar las cosas passadas é antiguas; y esto era en sus cantares é bayles, que ellos llaman *areyto*, que es lo mismo que nosotros llamamos bailar cantando.... El qual *areyto* haçian desta manera. Quando querian aver plaçer, çelebrando entre ellos alguna notable fiesta, ó sin ella por su pasatiempo, juntábanse muchos indios é indias (algunas veçes los hombres solamente, y otras veçes las mujeres por sí); y en las fiestas generales, assí como por una victoria ó vençimiento de los enemigos, ó casándose el cacique ó rey de la provincia, ó por otro caso en que el plaçer fuese comunmente de todos, para que hombres é mujeres se mezclassen. É por mas extender su alegría é regocijo, tomábanse de las manos algunas veçes, é tambien otras tratábanse braço con braço ensartados ó assidos muchos en rengle (ó en corro assí mismo), é uno dellos tomaba el ofiçio de guiar (ora fuese hombre ó mujer), y aquel daba çiertos passos adelante é atras, á manera de un contrapás muy ordenado, é lo mismo (y en el instante) haçen todos, é assí andan en torno, cantando en aquel tono alto ó baxo que la guia los entona; é como lo haçe é diçe, muy medida é conçertada la quenta de los passos con los versos ó palabras que cantan. Y assí como aquel diçe, la moltitud de todos responde con los mismos passos, é palabras, é orden; é en tanto que le responden, la guia calla, aunque no çessa de andar el contrapás. Y acabada la respuesta, que es repetir ó deçir lo mismo que el guiador dixo, procede encontinente, sin intévalo, la guia á otro verso é palabras, que el corro é todos tornan á repetir; é assí sin çesar, les tura esto tres ó quatro horas y mas, hasta que el maestro ó guiador de la dança acaba su historia; y á veçes les tura desde un dia hasta otro.”

“Algunas veçes junto con el canto mezclan un atambor, que es hecho en un madero redondo, hueco, conca- vado, é tan grueso como un hombre é mas ó menos,

como lo quieren hacer; é suena como los atambores sordos que hacen los negros; pero no le ponen cuero sino unos agujeros é rayos que trascienden á lo hueco, por do rebomba de mala gracia. É assí, con aquel mal instrumento ó sin él, en su cantar (qual es dicho,) dicen sus memorias é historias passadas, y en estos cantares relatan de la manera que murieron los caçiques passados, y quantos y quales fueron, é otras cosas que ellos quieren que no se olviden. Algunas vezes se remudan aquellas guias ó maestro de las dança, y mudando el tono y el contrapás, prosigue en la misma historia ó dice otra (si la primera se acabó), en el mismo son ú otro.”

Iñigo reproduce de Charlevoix, tomo III, fóllo 298 lo que copiamos: “Cualquiera que fuese el suceso que sobrevenia de circunstancias alegres ó melancólicas, se celebraba con el areito ó baile que acompañaba la música, canto y embriaguez: verdad es que el areito entre estos indios no era precisamente diversion, era ocupacion muy séria é importante: si se declaraba la guerra, el areito explicaba los sentimientos que los animaba á la venganza: si querian mitigar la cólera de su *Cemí*, celebrar el nacimiento de algun hijo, llorar la muerte de algun Cacique ó amigo, habian bailes propios de las circunstancias y sentimientos del objeto á que se dirijian. Si habia algun enfermo se hacia un baile como remedio eficaz para recuperar la salud, y si el paciente no podia resistir la fatiga del ejercicio, el médico ó *buhutí* danzaba por él.”

Las expansiones del ánimo son más gratas al hombre, cuanto mayor sea el número de individuos que tomen participacion en ellas, ya sean estos parientes, amigos ó estraños, porque es condicion inherente á la naturaleza del hombre el espíritu de sociabilidad en su más alta expresion. Todos los acontecimientos de la vida adoptan un carácter de generalidad al que concurren, ya por deber, ya por curiosidad, el resto de la comunidad. Nunca más claro que en estos concursos

se evidencia la índole de un pueblo, su grado de cultura, temperamento y educacion, sus inclinaciones y sentimientos, sus hábitos y costumbres.

Funerales. Pasemos ahora á una de las costumbres más extraordinarias de todos los pueblos del mundo, los funerales, que representan la síntesis de las ideas más extravagantes acerca de las cosas visibles, los atributos y el destino del alma inmortal, su trasmigracion á mundos desconocidos, los goces y sufrimientos que allí les esperaban como justa recompensa de sus virtudes ó vicios observados en vida. Oviedo, Herrera, Ciesa de Leon y Rochefort han dado descripciones de los funerales entre los indios. El primero refiere dos maneras de sepultar á los caciques en su libro V, capítulo 3º. Empieza describiendo los funerales del cacique Behechío, en que dos de sus mujeres se enterraron con él vivas, no por el amor que le tenían; y como no se dispusieran de buen grado á tan injusto martirio, forzadamente y contra su voluntad las metieron en la sepultura vivas, y cumplieron estas infernales obsequias por conservar la costumbre.

Si diéramos crédito á Oviedo, la grosera supersticion de los pueblos bárbaros de la India habia llevado por desgracia tambien á estos pacíficos de Bohio y Borínquen uno de los ritos más crueles que pueden concebirse, obligando á las esposas de los caciques superiores á enterrarse vivas con ellos, y si no se prestaban voluntariamente á esta práctica inhumana, se les conducia al suplicio por la fuerza. Oviedo no expresa haber presenciado los funerales de Bohechío: refiere el hecho en sus crónicas por referencia que ha tenido, pero creemos que esta relacion sea una de tantas invenciones copiadas al pié de la letra de otros historiadores tan crédulos como Oviedo.

Esta forma de funerales no era general, porque cuando morian otros caciques, lo fajaban con unas largas cintas de algodón tejido, desde los piés hasta la


cabeza muy apretado, cavaban un hoyo en la tierra, el que revestian por dentro perfectamente de maderas y sentaban en él al cadáver sobre un banquillo bien labrado, colocando á su lado sus armas y víveres para la jornada. Sobre su cuerpo se formaba una cubierta de madera y ramas, cubriendo despues el todo con tierra. De este modo el cadáver quedaba depositado en una especie de bóveda, todo el cuerpo envuelto en fajas de algodón, á su lado se colocaban las joyas de que en vida hacia mayor aprecio: el collar ó banda de piedra, la macana con el hacha, las flechas y otros dijes de algun valor. Entonces daban principio las exequias que duraban dos ó tres semanas, á las que asistian sus mujeres, vasallos, caciques y súbditos de otras comarcas que habian concurrido á tributar al difunto el último testimonio de veneracion y afecto. Las exequias consistian, despues de repartidos los bienes del finado entre los forasteros, probablemente entre los caciques, en la celebracion de *areytos* graves y ceremoniosos, cantando los hechos gloriosos ocurridos durante su gobernacion, y sus más culminantes acciones heróicas en las guerras con los caribes. Regularmente seguia á un *areyto* otro para que quedasen aquellos decantados hechos gravados en la memoria del pueblo borinqueño.

Ignoramos si los funerales de los demás indios y tambien de sus mujeres, se celebraban de parecida manera, y si su inhumacion se verificaba de igual modo. Lo más verosímil parece que sus cuerpos fuesen simplemente enterrados ó conducidos á un lugar apartado, cubiertos con ramas, tierra y piedras, y abandonados en aquel sitio.

La incineracion no se practicaba, porque de ser así, los cronistas no se hubiesen olvidado de relatar esta costumbre. Esta práctica, en oposicion á los conceptos de las doctrinas ortodoxas que entonces imperaban en la legislacion de los conquistadores, hubiese causado extrañeza y levantado escándalo y un grito de protesta á aquellos cronistas impresionables y encariña-

dos de sus ideas religiosas, contrarias á la práctica más higiénica de la cremacion; en sus relatos figuraría la incineracion pintada con todo el extraño colorido que daban á las costumbres de los indios, cuando en éstos descubrian algo que mereciera su acerba crítica.

Cementerios ó lugares destinados al eterno descanso de las cenizas de los que rinden el último é inexorable tributo á la naturaleza, no son conocidos, ni lugares especialmente destinados á guardar restos humanos de caciques ú otros indios, ya sean cavernas, grietas entre las rocas, ya túmulos ó monumentos de otro género. Ni una losa funeraria, piedra, roca, madero ó señal alguna recuerda los lugares en que reposan los restos de algun cacique. La humedad, el agua, el aire y los efectos poderosos de un clima tropical en el trascurso de cuatro siglos han debido destruir por completo hasta los huesos de aquéllos que han sido enterrados en la tierra; y si algunos se han conservado, son solo aquellos que se hallaban libres de esos elementos destructores, como los que hemos citado en el capítulo "ORÍGEN," encontrados en ciertas cuevas.



VIDA PÚBLICA.

Las sociedades primitivas en su orden gubernamental se hallaban constituidas bajo la direccion paternal de un patriarca, vinculada en el más anciano, constituido en jefe nato de la tribu ó de toda aquella sociedad. Estos dictaban sus leyes al pueblo, juzgaban y sentenciaban las diferencias surjidas entre sus individuos, eran los guardadores de la paz y el escudo que los defendia contra las transgresiones de los enemigos.

La autoridad patriarcal se perpetuó luego en el hijo primogénito, el patriarcado se hizo hereditario y participó de los atributos de la monarquía; pero el pueblo se reservaba por la fuerza ó la conveniencia el derecho de derrocar al patriarca monárquico, y depositar el poder en manos de otro que satisficiera sus aspiraciones.

El jefe á su vez se asociaba de otros de sus propios súbditos á quienes encomendaba la direccion de sus asuntos y ejecutar sus órdenes, constituyendo con ellos un consejo.

Gobierno. El gobierno de los indios borinqueños, en general, participaba á la vez de los atributos de la autocracia y el patriarcado.

A la llegada de los españoles encontraron éstos

la Isla dividida en varios cacicazgos ; pero todos los moradores de Borínquen se hallaban bajo la soberana dominacion de un solo rey, el gran cacique *Guaybana*, revestido de prerrogativas sobre los demás caciques, que le rendian el más cumplido homenaje de sumision, y acataban su indiscutible soberanía. A la voz de mando de Guaybana acudian presurosos con sus gentes á colocarse bajo las órdenes del gran cacique, ó hacian cumplir éstas en sus respectivos distritos.

Los dominios propios donde Guaybana ejercía directamente el gobierno se extendían desde el mar, por la parte de Ponce, hasta 5 ó 6 leguas al interior. Los principales y más conocidos caciques, cuyos nombres ha conservado la historia, son : *Areziba*, cuyo distrito se hallaba en la demarcacion que hoy ocupa la villa de Arecibo ; *Mabodamaca*, uno de los más valientes y esforzados caciques, sorprendido y vencido por Salazar, en Aimaco, lugar de su residencia, aún ignorado, aunque se supone que su territorio comprendía próximamente las jurisdicciones de Camuy y Quebradillas ; *Guarionex* gozaba con Guaybana de un prestigio superior á todos los demás caciques. Su dominio se extendia desde la Punta de San Francisco y todo el litoral de occidente algunas leguas al interior sobre el rio Culebrina ; *Uraoyan*, vecino de Guarionex, ocupaba la jurisdiccion de Añasco ; *Mayagoex*, residia en la jurisdiccion de Mayagüez ; *Broyoan* vivia en la provincia de Yagueca, situada á orillas del rio de Añasco, tal vez tributario de Guarionex, como lo era tambien *Aymamon*, cacique de segundo orden que residía en la explanada que hoy ocupa el pueblo de Isabela ; *Humacao* ó *Macao* habitaba el centro de la costa oriental ; *Dagua* residia en el departamento de Naguabo ; la cacica *Loiza* tenia sus extensos dominios en el gran valle regado por el mayor de nuestros rios, el de Loiza. La historia no nos ha transmitido los nombres de los caciques residentes en la parte meridional de la Isla, que ha sido la ménos preferida por los primeros colonizadores. Es

probable que en las luchas de la conquista esos caciques se replegaran con sus gentes á los otros puntos más amenazados, concurriendo á los combates á la órden de Guaybana y en defensa de sus vencidos compañeros.

Los nombres de algunos pueblos, como Utuado, Bayamon, Yabucoa, Maunabo, Gurabo, Cayey, Camuy y otros de origen indio, inducen á creer en la existencia de otros caciques de segundo órden establecidos en esos lugares.

Todos ellos eran tributarios y tenientes de Guaybana y Guarionex, como lo demuestran los relatos de los historiadores que se contraen á la guerra de conquista.

Así vemos á estos dos caciques, en primer lugar á Guaybana II, convocar á los demás de la Isla para deliberar sobre la actitud que debian adoptar en presencia del peligro que les amenazaba con la pérdida de su libertad y del señorío de sus tierras por el establecimiento de los españoles, y la resolucion que reclamara tan grave y desesperada situacion, resolviendo, entre otras cosas, que Guarionex con 3,000 hombres asaltase la poblacion de Sotomayor, la pusiese fuego y acabase con todos sus habitantes, al mismo tiempo que los otros lo ejecutaban en los distritos de su cargo, asalto que fué de funestos resultados para el incrédulo é imprudente Sotomayor, muerto en el ataque de Guarionex á la poblacion fundada por aquel valiente capitan en la playa del Rincon.

Si alguno de los caciques convocados resistieron el dictámen de su soberano Guaybana, fundaban su resistencia en la supersticiosa creencia de que los españoles eran inmortales ; pero una vez extinguida en el ánimo de los indios aquella preocupacion, y demostrada la mortalidad en la violenta muerte del inocente Salcedo, ahogado por los indios de Broyoan en el rio de Añasco, y comunicado este resultado á Guaybana, despojados del error que les detenía en su empresa de librarse de

los españoles por la fuerza, acordaron una sublevacion general, señalada para un viérnes.

Otro hecho que justifica la soberanía de Guaybana I y la de su hijo y sucesor Guaybana II, despues de la muerte de aquél, se reconoce en la suntuosidad de su residencia, al parecer accidental y transitoria, en la rada de Aguadilla, cerca de los dominios de Guarionex, encontrada por Colon al desembarcar por primera vez en nuestras playas.

“Habia en la playa un pueblecillo de doce bohíos regulares puestos á la redonda, con otro muy notable por su artificio y magnitud. Desde la playa hasta el mar corria un camino espacioso á manera de verjel cubierto y aparrado, con laderas de cañas cruzadas, subiéndolo y enmarañándose muy graciosas verduras y enredaderas. Al fin de la vistosa calle, se levantaba un mirador ó palco, capaz de diez ó doce personas. Presumióse si sería casa de campo para la recreacion de algun señor en ciertas estaciones.”—JUAN B. MUÑOZ, *Historia del Nuevo Mundo*, tomo primero.

Aquella casa ó aquel bohío, notable por su artificio y magnitud, podia ser tambien el palacio que servia de residencia al gran cacique Guaybana, Rey de Borinquen, cuya majestad rodearon sus vasallos del esplendor y la magnificencia que su grado de cultura artística les habia sujerido, y aquel mirador ó palco seria el régio trono desde el cual presidia los actos más importantes de su gobierno, ya reuniendo los súbditos más inmediatos, ya convocando las altas dignidades y los nobles, los llamados *Naitans*, representados por los sumisos caciques de la Isla, para deliberar acerca de la defensa y el gobierno del país.

Aquél espléndido bohío y el alto y espacioso palco ó mirador eran los dos únicos edificios que merecian llamarse públicos y que ostentaban algun mérito artístico ó arquitectónico, aunque tosco y sencillo en su construccion.

Si en alas de la imaginacion nos trasportamos á

aquella deliciosa residencia de Guaybana, la encontramos rodeada por la exuberante vegetacion propia de las selvas vírgenes de los trópicos. Un camino espacioso se dirige desde la playa al régio bohío, á manera de verjel cubierto y aparrado hasta la entrada del pequeño pueblo, córte de Borínquen ; á uno y otro lado del camino se extienden dos líneas paralelas de sencillo enverjado de cañas cruzadas. Por éstas suben y se entretienen volubles leguminosas, hermosísimos convólvulos, encantadoras pasionarias, rosadas lianas, presentando un conjunto abigarrado pero delicioso en diversidad de flores purpurinas, azules, violetas y amarillas en admirables combinaciones que embalsaman el ambiente fresco y puro de la mañana con embriagador aroma. Los robles, despojados de su follaje, ostentan su fecunda preflo- racion imitando gigantescos ramilletes, á los que saludan con suavísimos olores el péndulo, las verbenas y los mirtos. Un enjambre de insectos de doradas alas, acude á libar el dulce néctar de las flores y se dispersa zumbando por valles y praderas, en tanto que el cucubano y la luciérnaga duermen bajo las hojas. El ligero zumbador, vibrando sus alas de esmeralda y revoloteando de flor en flor, en ellas introduce su aleznado pico. El mazambique de dorados ojos y la pintada mariquita acuden en tropel. En los aires el águila marina despliega su majestuoso vuelo y el guaraguao describe inmensos círculos. La graciosa calandria y el manso pájaro-bobo, saltan de rama en rama, y el múcaro reposa dormido en la copa del frondoso árbol. Se escucha el lastimero quejido de la perdiz en la maleza ; la torcaza canta en la cumbre de los montes ; parejas de graciosas rolitas se pasean mansamente en la arena ; en las lomas las tórtolas cantan sus amores ; el valiente pitirre proclama su nombre en agudos gritos ; los dulces trinos del ruiñeñor son interrumpidos por el récio martilleo del carpintero, el silbido del zorzal y el suave canto de la reinita. Toda aquella espléndida naturaleza, digna del delicado pincel del más diestro pin-

tor y que arrebataria á la lira del poeta sublimes inspiraciones, es imágen del paraíso; el naciente sol inunda con su esplendor los montes, los bosques, los prados y el azulado mar, sus tibios rayos doran ligeras nubecillas que se disipan flotando en el espacio, y la brisa fresca acaricia las flores. El indolente indio, sentado en cuclillas, recrea á sus compañeros refiriéndoles cuentos de gloriosos combates; todos descansan en el suelo alfombrado por los matizados pétalos de las flores que el día anterior saludaron con su frescura los ardientes rayos de un sol abrasador.

En aquel recinto del encanto que caracteriza la flora y fauna tropicales, residia el gran cacique Guaybana. La ciudad constaba solo de doce bohíos que circuían una plaza; á un lado el palacio real, y en el centro de la plaza el régio sólio, todo revelaba el más primitivo arte arquitectónico.

Sobre el río Culebrina se deslizan ligeros cayucos impulsados por indios jóvenes dedicados á la pesca menor; el martinete huye, pregonando á gritos la aproximación de algo extraño, seguido de garzas y garzones que se refugian en la espesura, y los esquivos chorlos y playeros se levantan en bandadas trasládandose á la opuesta orilla. Otros indios en *canoas* pescan en la boca del río seguidos de blancas gaviotas, y el alcatraz, ese aeronauta sin rival, se desliza sobre la brillante superficie del agua, sin tocarla, conservando sus inmensas alas horizontales y en admirable reposo, ó se lanza de cabeza en el mar, como gigantesca flecha, reapareciendo con la presa en sus descomunales fauces.

Indios más robustos y ágiles nadadores se trasladan en grandes *piraguas* á las pequeñas y vecinas Islas del Desecheo y la Mona, saludando á otros que retornan de aquellos solitarios peñones, ó en la playa, cubierta de nacaradas almejas, preparan sus embarcaciones, haciéndolas resbalar sobre la blanca arena.

Tornemos á la residencia de Guaybana. Éste ocupa el tosco trono; su presencia es venerable, su as-

pecto revela firmeza y altivez, su rostro expresa inteligencia, aunque inculta; sus miembros y su estatura son atléticos, su larga cabellera recojida está adornada de plumas, ostentando las más vistosas en la frente, en forma de diadema, y en el pecho el *quarim* ó placa de oro, uno de los emblemas del cacicazgo; desde la cintura hasta media pierna rodean al cuerpo un abigarra. do tejido de hermosas plumas en forma de delantal; sus brazos y piernas adornados de pulseras y brazaletes de pepitas de oro, conchas y caracoles de caprichoso y brillante colorido y otros dijes ensartados en cordelillos de maguey; á un lado varios collares ó bandas de piedra artísticamente labrados, su arco y aljaba con agudas flechas en apretado haz, la formidable macana á su diestra, atravesada en la punta por una enorme hacha de piedra.

A su lado ocupa Guarionex asiento de preferencia. A la redonda, y adornados de igual manera, aunque más modestamente, ocupan sus asientos los caciques todos de la Isla. En su pecho ostentan el *quarim*, á su lado el collar de piedra, el arco y flechas y la macana con el hacha de piedra, emblemas del cacicazgo, que debían llevar siempre consigo como distintivos de su elevada alcurnia, signo de nobleza y requisito indispensable para tener asiento y usar de la palabra en aquel soberano concurso de magnates, presidido por el rey Guaybana.

Multitud de indios flecheros, otros con macanas y hachas, y animados grupos de mujeres y niños, llenaban los alrededores, escuchando la discusion que se entablara y las soberanas resoluciones de Guaybana, ya se tratase de rechazar las incursiones de los feroces caribes, ya de aniquilar el poder cada día más amenazador de los conquistadores.

A la muerte de un cacique heredaba el mando uno de sus hijos mayores, y si carecia de sucesion, lo heredaba el hijo mayor de la hermana mayor, y no del

hermano, porque el de aquélla era sin duda sobrino verdadero y legítimo heredero.

Poblacion. Los indios intérpretes que Colon en su segundo viaje recogió en las Islas Vírgenes, pintaban la Isla de Borínquen fértil, bien poblada y cultivada; sus habitantes pacíficos, bajo la obediencia de un solo rey, contentos con el suelo patrio, de donde jamás salian á inquietar á nadie; eran flecheros bravos y aguerridos por las continuas incursiones de los caribes, á quienes tenían mortal odio, tanto que si podian haber alguno á las manos, le despedazaban y devoraban de pura rabia, bien que detestasen la costumbre de comer carne humana.—MUÑOZ, (lugar antes citado).

Las condiciones climatológicas de la Isla, propias de su posicion geográfica, comunican vigoroso impulso á su rica y variada vejetacion, regado su fértil suelo por abundantes y caudalosos rios que se ramifican en mil afluentes que desde la alta montaña precipitan su cristalino líquido, serpenteando entre amenos valles é inundando sus extensas márgenes y vegas en la época de las lluvias torrenciales. La gruesa capa de tierra vejetal que cubre estas vegas ha causado admiracion á más de un inteligente agrónomo de los que han visitado nuestra Isla.

Dice Oviedo en su libro XVI, que “la Isla de Borínquen que agora se llama Sanct Johan, en la verdad es muy rica é fertil y de mucha estimacion ”

Esas extraordinarias condiciones naturales que favorecen á Borínquen, más que á ninguna otra de las Antillas, no quedaron inadvertidas de los incursores caribes que informaban á Colon de su fertilidad y de que era la Isla bien cultivada, se prestan á importantes consideraciones y bastan á explicar de una parte la razon de su nutrida poblacion, de otra la codicia de los caribes invasores. El silencio que acerca de estas observaciones han guardado los cronistas, lo explican tanto el poco espíritu de observacion que poseian, cuan-

to la preferencia que daban á los asuntos de índole política que absorbían toda la atención de aquella época.

Fray Bartolomé de las Casas en su relación de Indias expresa que, cuando los españoles pasaron á esta Isla en 1509 bajo las órdenes de Don Juan Ceron, estaba tan poblada de gente como una colmena, y tan hermosa y fértil que parecía una huerta.

La nutrida población de la Isla, el carácter pacífico de sus moradores que jamás salían á inquietar á nadie, y su felicidad en el patrio suelo son la legítima consecuencia de la fecundidad del terreno y el cultivo de éste, brindando á sus relativamente laboriosos y morigerados habitantes medios sobrados para librar su propia subsistencia y despertar la codicia de sus vecinos caribes, con quienes la naturaleza había sido menos pródiga, y en épocas determinadas de escasez, les colocaba en la situación extrema de buscar hasta el alimento y demás medios de subsistencia en la fértil Borínquen.

Dutestre (II. fól. 337), un tanto inclinado á la exageración, como la mayor parte de nuestros antiguos cronistas, expresa el siguiente concepto: "La corta cantidad y poca sustancia de los alimentos que usaban, la facilidad que tenían de adquirirlos sin trabajo, el calor excesivo del clima y la falta de cuadrúpedos para ejercitarse en la caza, los constituían flojos, indolentes, enemigos de toda fatiga y de una aversión extremada á todo trabajo." Aquí se califican los indios de sóbrios y perezosos; pero si la primera condición admite un gran número de individuos en un país relativamente reducido, la contradicción huelga en la segunda: una nutrida población en una pequeña Isla sin el concurso de la agricultura y la laboriosidad, no se concibe dentro de las condiciones sociológicas del pueblo borinca-no primitivo.

Se ha hecho subir el número de indígenas que poblaba nuestra Isla en la época de la conquista á una cifra exageradísima, hasta 300,000; error que tiene su

origen en el gran número de indios que afiliados á sus jefes, concurrían de todos los puntos y se reconcentraban en el sitio del combate, aprestándose á disputar el paso á los españoles; y calculado el número de aquéllos en un punto dado, sumábanlo al de los que se reunían en otro punto, sin calcular tal vez que eran los mismos ó muchos de los ya contados anteriormente.

Es muy difícil, si no imposible, que una extension de terreno como la Isla de Puerto-Rico y en el estado atrasado de aquella civilizacion, pudiera prestar los necesarios elementos de vida á tan crecido número de habitantes.

Basta comparar el censo actual de sus vecinos y observar cuán difícil se hace vencer las exigencias de la cultura que caracteriza á las diversas clases de la sociedad, para comprender la exageracion de aquél cálculo.

Agricultura. Los pueblos primitivos, tan pronto como principiaron á reunirse en sociedad, viéronse precisados á extender los medios de subsistencia y tuvieron que dedicarse á la agricultura.

El estado sencillo y primitivo de la sociedad indoborincana, tenia limitadas sus necesidades y deseos á las cortas exigencias que la naturaleza le imponía; pero su creciente multiplicacion exigía el concurso de la agricultura con la aplicacion de algun esfuerzo intelectual sobre la más estrecha rutina; el imperio de la necesidad creaba los resortes indispensables para afrontarla y ellos debían ser los precursores de un próximo período de progreso.

El suelo ofrecía espontáneamente los principales elementos para satisfacer las indispensables necesidades de la vida; la tierra pródiga producía muchas especies de frutos nutritivos, los bosques estaban poblados de aves y otros animales propios para la alimentacion, los mares y los rios lo estaban de abundante pesca; sin embargo, sus moradores se dedicaban además al cultivo

de ciertas plantas que contribuían á facilitar la abundancia y el bienestar. Una sociedad que vive en esta forma, y sin embargo no ha salvado los primitivos límites de la edad de piedra, indudablemente que ha dado un paso formidable en el camino del progreso.

Las tierras destinadas al cultivo no recibían ningún género de preparacion, porque los indios desconocían todo instrumento de labor; arrancaban la hierba inútil y depositaban la simiente en la tierra, dentro de un hoyo ó de un pequeño surco que hacían con un palo puntiagudo ó en forma de paleta, formas primitivas de nuestra guataca, azada ó pala.

Debemos admitir que siéndoles conocidas las estaciones del año, la de las lluvias y de la sequía, la calurosa del estío y la fresca del invierno, conocieran también la influencia que estas variaciones meteorológicas ejercían en el desarrollo de los vegetales, y que acertaran á escoger la más propia al cultivo de cada planta.

Sembraban y cultivaban en sus huertos, algodón, tabaco, maíz, ñame y yuca, únicos frutos que constituían verdaderas plantas de cultivo, algunas de éstas es fácil que hayan sido introducidas y propagadas, pues ninguna de ellas se encuentra en estado silvestre.

Esclavitud. Las mujeres en su calidad de esclavas, desempeñaban las faenas domésticas y tenían además á su cargo las agrícolas; cultivaban la tierra, y proveían la casa de varios utensilios, como son: hamacas, ditas, etc, según las costumbres observadas por todos los pueblos salvajes del orbe.

Correspondían á los hombres las ocupaciones más difíciles y rudas de la caza y pesca, la construcción de los bohíos, piraguas, canoas y cayucos, armas de defensa y combate, hachas de piedra, y en general todos aquellos trabajos que requerían cierto grado de inteligencia de que carecían las mujeres. Hacían ellos también las bandas ó collares, ídolos ó figuras, amuletos, morteros y demás objetos de piedra.

Satisfecha la necesidad más apremiante de aquel pueblo salvaje, el hambre, y ajeno á las demás que crea la civilizacion y no puede satisfacerse sin el concurso de la inteligencia, el trabajo y las industrias, en verdad que no existia razon alguna para aplicar mucho la inteligencia y las fuerzas á trabajo alguno constante, útil y provechoso. Este alejamiento natural del trabajo les convertía, segun el concepto aceptado de Dutertre, en indolentes, flojos y perezosos; les causaba aversion toda fatiga, y sus cuerpos se desarrollaban débiles, como es consiguiente. Concurrian á este resultado factores naturales independientes del hombre, tales como el excesivo calor del clima y lo poco sustancial de los alimentos que les brindaba el país, careciendo por completo de cuadrúpedos, que además de ofrecerles buena nutricion, harian más activo entre aquéllos el ejercicio de la caza.

Hemos presentado á la mujer india sometida al yugo de la esclavitud, ya de los caciques, ya de sus eventuales maridos; pero no hemos de olvidar que la autoridad de los caciques constituia en esclavos á todos sus vasallos, hombres y mujeres, los que les eran deudores de la más pasiva obediencia, tanto en la guerra como en la paz. Eran dueños absolutos de vidas y haciendas.

Matrimonio. Los hombres escogian al capricho sus mujeres, y las abandonaban con la misma facilidad.

El vínculo del matrimonio, base fundamental de la sociedad, es una condicion social del hombre civilizado, inadmisibile en pueblos primitivos de la índole del que nos ocupa. Solamente en pueblos que han alcanzado cierto grado de cultura, puede concebirse el matrimonio establecido y consagrado bajo ciertas fórmulas y determinadas prácticas legales, que garanticen sólidamente los derechos del varon y la hembra que se unen en vínculos indisolubles y los de la sociedad de que forman parte, así como de la familia que han de crear

y constituir sujeta á los preceptos de moralidad reconocidos: la religion santifica la fórmula y las leyes garantizan los derechos del matrimonio y de la familia contra el desórden, la inmoralidad y el desenfreno de las pasiones.

La poligamia, combatida por las leyes civiles y religiosas en los países de la moderna cultura, se practica legalmente entre los mormones, los mahometanes, etc. Tratándose de pueblos primitivos y de las condiciones del borinqueño, es evidente que una institucion de carácter social y religioso como el matrimonio, era incompatible con sus oscuras teorías: practicaban la más brutal-poligamia.

El hombre, como todos los demás séres de la creacion, llegada á la crítica edad de la pubertad, no puede contrariar las leyes naturales que le arrastran á difundir su tesoro de amor y su afan de reproducirse, y un pueblo que desconoce el freno que la civilizacion opone al desbordamiento de las pasiones naturales, se entrega, á rienda suelta, á la satisfaccion del instinto de reproduccion que la naturaleza le ha impuesto. El hombre salvaje y falto de cultura, no reconoce ó apenas puede concebir esos sentimientos nobles y elevados que trasportan al hombre culto á la region sublime de una indecible felicidad constituyéndose jefe de una grey de que es generador, unido á su consorte por vínculos sacratísimos. La naturaleza se encarga de imprimir sus inmutables leyes en aquel consorcio; las leyes sociales que acata y reconoce, garantizan su libertad y sus derechos, y no puede ménos de sentir satisfaccion y ventura al contemplar su obra en perfecta armonía con los impulsos de su corazon y los sanos preceptos arraigados en su conciencia honrada.

El indio, muy distante de discurrir de este modo, no era, sin embargo, ajeno del todo al puro sentimiento del amor, y ya por temperamento, ya por principio, podia constituirse en excepcion de sus similares salvajes, adoptando la monogamia, si sus rectas inclinacio-

nes no las torcieran la fuerza del clima y el ejemplo siempre instigador de los demás, provocándole á desear y poseer más de una mujer, escogiéndola donde se le presentase y cuantas veces la naturaleza despertase en él instintos irresistibles.

Oigamos á Oviedo: “Dígame del cumplimiento dellas que és el matrimonio que usaban, puesto que en la verdad este acto que los chripstianos tenemos por sacramento, como lo es, se puede decir de estos indios sacrilegio, pues no se debe decir por ellos: *los que Dios ayunta no los aparta el hombre*; pues antes se debe creer que los ayunta el diablo, segun la forma que guardan en esto; y como cosa de su mercaderia, los tenia impuestos de manera que en esta Isla (Haytí) cada uno tenia su mujer é no más (si no podia sostener más); pero muchos tenian dos é más, y los caciques ó reyes tres é quatro é quantas querian. El cacique Behechio tuvo treynta mujeres propias, é no solamente para el uso é ayuntamiento que naturalmente suelen aver los casados con sus mujeres; pero para otros bestiales é nefandos pecados, porque el cacique Guacanagari tenia ciertas mujeres, con quien él se ayuntaba, segun las vívoras lo hacen. Ved que abominacion inaudita, la cual no pudo aprender sino de los tales animales....”

Esto nos comunica Oviedo en su *Historia general y natural de las Indias*, libro V., cap. 3º. Dejemos al lector formar el juicio que merecen los nefandos pecados ó inaudita abominacion de aquellos caciques, pecado y abominacion que por desgracia la más rígida educacion en los pueblos cultos no ha podido desterrar completamente. Compadecemos á Oviedo, sensiblemente impresionado por las abominables costumbres que presenciaron sus castos ojos en aquellos nefandos caciques; la historia se halla plagada de ejemplos que proclaman la inaudita inmoralidad de los magnates erigidos en tiranos de los pueblos; pero en un pueblo donde se practica la más grosera poligamia no se concibe que exista el matrimonio, es decir, la union formal

y legal, indisoluble por graves y poderosas razones, sino la eleccion caprichosa que cada hombre hacia de una ó más mujeres, ejecutándose este acto sin ningun género de formalidades ni celebraciones, y que unia débilmente los lazos de familia.

La eleccion de una ó más mujeres no dependia en el indio de los recursos del hombre para sostenerlas, pues siendo precisamente las mujeres las que se dedicaban al cultivo en los conucos, como aún vemos en nuestra Isla muchas africanas ocupadas en éstas faenas, no les faltaban los medios de vivir con los frutos de la tierra que éllas mismas cultivaban; más bien eran las mujeres las que sostenian á los hombres ocupándose éstos, como ya hemos dicho, en los trabajos de la caza, pesca, guerra, construccion de sus cabañas y utensilios.

La eleccion de una mujer respondia en el indio á la necesidad de la union sexual, constituyendo siempre un lazo débil y frágil, sin más fuerza que la presion de la esclavitud ejercida por el hombre sobre la mujer, como acontece en todos los pueblos bárbaros. El cacique rodeaba su autoridad del aparato de fausto y ostentacion que su criterio le sugería y á que su calidad de jefe le hacia acreedor.

El mejor bohío se destinaba para su residencia, las más exquisitas frutas, los mejores productos de la agricultura y los manjares más apreciados le correspondian, y sus súbditos se honraban con la aceptacion de esos regalos; las joyas más raras y los dijes más curiosos que se recogian de oro, piedra ú otra materia le pertenecian de derecho; los utensilios y adornos mejor contruidos, pasaban á ser propiedad de ellos, y del mismo modo se constituian en dueños de las mujeres que les parecian más bellas, y más aptas para la reproduccion.



INDUSTRIAS.

Tres períodos ó edades sucesivas, bien caracterizadas, se distinguen en la Antropología ó sea la parte de la Historia Natural que trata del hombre y de las razas humanas: edad de piedra, edad de bronce, edad de hierro. La primera se subdivide en edad de la piedra tallada y edad de la piedra pulimentada. En esta última sorprendieron los europeos al pueblo indoborincano, y en general á todos los demás de las otras Antillas y de las Lucayas. Desconocian, pues, nuestros indígenas el hierro, el bronce y los demás metales, á excepcion del oro nativo, único metal puro del que solian construir algunos adornos y objetos muy sencillos, como el *guarim* que llevaban los caciques colgado del cuello. En la construccion de sus utensilios, armas, fetiches, amuletos, morteros, collares, bandas y otros objetos que requerian una materia dura y friable empleaban rocas ó piedras más ó menos resistentes.

Sus costumbres y su cultura correspondian á la edad en que se hallaban sumidos, y por muchos siglos se hubiesen mantenido en aquel estado sin dar un paso en la senda del progreso, si la casualidad del descubrimiento no hubiese traído súbitamente la civilizacion europea que sustiyó á la primitiva de las Antillas.

Los españoles en estos países, y otras naciones europeas en diversas regiones de América que sometieron á su imperio, no transmitieron su cultura á los pueblos salvajes que conquistaron. Las ideas dominantes de aquella época permitían tratar como esclavos á todos los individuos de los países conquistados que no profesaran la religion de los conquistadores, y más severo fallo alcanzaba aún á los que eran capturados con las armas en la mano defendiendo hogar, familia y libertad.

Los indios sometidos al yugo de sus conquistadores quedaban, pues, reducidos á la triste condicion de la esclavitud, y se les empleaba generalmente en los trabajos más rudos, á veces insoportables, que agotaban sus fuerzas y sucumbían á los rigores de la fatiga y de la estenuacion.

El fanatismo religioso cuidaba de atenuar la magnitud de estos crímenes por medio de absurdas doctrinas. Abiertas á los desgraciados indios hereges las puertas del cielo por virtud del agua del bautismo, no se creía como reprobado ante los ojos de Dios el imponerles en cambio de tan preciosa gracia, recibida súbita é inesperadamente, toda una vida de sufrimientos y crueldades, destinándolos á trabajos forzados hasta hacerles sucumbir. Esta fué la suerte de la mayor parte de los indios sometidos, débiles de constitucion, apenas habituados al trabajo y acostumbrados en su rico y hermoso país á una vida libre é independiente. No recibían instruccion alguna; las disposiciones tendentes á instruirlos y aliviar sus desgracias eran menospreciadas; muy pocos fueron iniciados siquiera en las más rudimentarias nociones de la religion; pero se les bautizaba, y esta práctica—á la vez que lavaba el pecado original—escudaba las demasías de los inhumanos dominadores. El europeo que sacrificaba á su codicia los indios esclavizados, solía cometer todo género de iniquidades á la sombra de la anarquía imperante en el gobierno de estos países. El esterminio, aunque invo-

luntario, fué la consecuencia legítima de aquel régimen, y la Isla de Borínquen, que en 1509 (segun asegura Don Juan Ceron) estaba poblada de gente como una colmena, vió sucumbir sus indígenas en poco más de medio siglo, pues en 1582 ya no existian naturales en el país.

En los principios de los conquistadores que repartian entre sí y oprimian con la cadena del esclavo aquellos desventurados indios, no cabia el sublime precepto de caridad evangélica que reconoce un hermano en cada hombre, así sea un salvaje, tan hijo de Dios como el más civilizado europeo. Éellos se proclamaban los únicos poseedores de la fé, de la verdadera religion y de las gracias divinas; de esa fé que les hacia ver en cada indio hereje un sér destinado á satisfacer su codicia y obligado á la servidumbre.

El amor y la caridad, emanados de los labios del Salvador, no habian quebrantado las cadenas de la corrupcion y las tinieblas: la civilizacion europea aniquiló con su férrea vestidura en medio siglo todo un pueblo desnudo é inofensivo. Se dictó la servidumbre y el esterminio; al indio enfermo y moribundo no alcanzaba el socorro que podia salvarle. Muerto uno se tomaba otro; ni una palabra de consuelo resonaba en su lecho de dolor, ni una lágrima cariñosa se vertia á su lado; sus padres, esposas, hermanos é hijos, léjos de él, se ocultaban aterrados de espanto en la espesura del bosque y morian hambrientos y extenuados, vagando por valles y praderas.

Aciagos tiempos aquéllos en que el hombre, arrastrado por la ciega supersticion, vertia la sangre de su semejante y sacrificaba al hombre de diversas creencias, como ofrenda elevada á Dios, persuadido de que este sacrificio le era grato; homicidio execrable en holocausto de una religion dimanada de un Dios que dijo al hombre: *¡ No matarás !*

Aquellos hombres que apagaban su sed de oro en la copa del crimen, dejaron en el fondo á la generacion

que les heredaba un amargo desengaño, y el tiempo ha juzgado y la historia ha esculpido con horribles caracteres la eterna maldicion.

El indio esclavizado desapareció de la faz de Borínquen; presto ocupó su lugar el esclavo africano. El invicto poder de la libertad, tras tres siglos de lucha, rompió las ya oxidadas cadenas; aún no ha estallado el último eslabon que lleva inscrito con la sangre del indio y el sudor del africano: “*opresion al criollo.*”

Hacemos preceder estas noticias y reflexiones para dar á conocer la desaparicion completa y rápida del pueblo indo-borincano, cuyas industrias procuraremos describir en este capítulo, con auxilio de los documentos y noticias que hemos podido reunir.

La cultura de los pueblos invasores es fatal á los invadidos de inferior grado de civilizacion; pero en el caso que acabamos de relatar en poco ó nada ha contribuido la cultura invasora con la fuerza de su valor específico, desalojando la otra más deleznable civilizacion primitiva: el exterminio no puede en ninguna época considerarse como producto de civilizacion y cultura.

La edad de la piedra pulimentada, como período de civilizacion del pueblo indio de Borinquen, no conoce transicion lenta ni brusca, fundiéndose en la moderna europea. El pueblo indio borinqueño sucumbió rápidamente, en fuerza de la opresion y el exterminio, y con él todos los pueblos de este Archipiélago, á excepcion de una colonia que en el interior de Cuba, vive en cierto aislamiento, y otra de caribes en la Isla de Santa Lucía.

Hechas las declaraciones anteriores acerca del período en que se encontraba la civilizacion de los primitivos habitantes de Borínquen, daremos principio á la descripcion de sus industrias, empezando por las habitaciones. Veámos de qué manera las construian.

El estado más primitivo de habitacion, el de los trogloditas ó habitantes de las cavernas, no puede admitirse en nuestros indios, sino en aquellos casos en que prestaban condiciones de habitabilidad algunas cuevas, grietas, hoquedades ó bóvedas naturales en las rocas, frecuentes en varias partes de la Isla. La opinion harto vulgarizada de que aquéllas fuesen construidas por los indios para habitarlas, es un error: carecian de instrumentos para ejecutar tamañas obras, y la humedad por constante filtracion las haria inhabitables. La historia geológica de nuestra Isla explica la formacion de aquellas cavidades, que no tienen en sus paredes ni en sus bóvedas y entradas la más ligera señal de labor practicada con instrumento alguno y por la mano del hombre; son pura obra de la naturaleza, sin el menor auxilio del arte.

Al levantarse la superficie de la Isla á impulsos de fuerzas desarrolladas en el centro del globo, las aguas se precipitaron al mar, arrastrando grandes masas de fango, arena, tierra y rocas sueltas, quedando únicamente aquellas cuya solidez prestaba resistencia á la violencia de la corriente. Entre estas rocas formáronse hoquedades donde las aguas encontraron materiales sueltos que arrastraron consigo. Las grietas han sido formadas por separacion violenta de las paredes.

En dos cuevas, la llamada *Cueva clara* de Aguas-buenas y otra cerca del Dorado, á orillas de la sabana, hemos encontrado esculpidos en la pared, en la última, varios rostros y en la primera un fetiche. Estas esculturas prueban que alguna tribu habitó cerca de estas cuevas, dejando en ellas recuerdo de su instinto artístico; en ambas se encuentra agua potable, elemento indispensable para la vida.

Describe Oviedo en su libro VI, capítulo 1º, las casas y moradas, *eracra* ó *bohío* de los indios de Haytí, y muchas de sus noticias y observaciones son aplicables á esta industria de los indios borinqueños.

“Tornemos á las casas en que moraban, las quales comunmente llaman *buhio* en estas Islas todas (que quiere decir casa ó morada); pero propiamente en la lengua de Hayti el *buhio* ó casa se llama *eracra*. Estas *eracras* ó *buhios* son en una de dos maneras, é en ambas se hacían segund la voluntad del edificador; y la una forma era aquesta. Hincaban muchos postes á la redonda de buena madera, y de la groseza (cada uno) conviniente, y en circuyto á quatro ó cinco passos el un poste del otro, ó en el espacio que querian que oviesse de poste á poste: é sobre ellos, despues de hincados en tierra, por encima de las cabeças, en lo alto pónenles las soleras, é sobre aquellas ponen en torno la varaçon (que es la templadura para la cubierta); las cabezas ó gruesos de las varas sobre las soleras que es dicho, é lo delgado para arriba, donde todas las puntas de las varas se juntan é resúmen en punta, á manera de pabellon. E sobre las varas ponen de través cañas, ó latas de palmo á palmo (ó menos), de dos en dos (ó sencillas); é sobre aquesto cubren de paja delgada é luenga: otros cubren con hojas de *bihaos*: otros con cogollos de cañas: otros con hojas de palmas, y tambien con otras cosas. En lo baxo, en lugar de paredes desde la solera á tierra, de poste á poste, ponen cañas hincadas en tierra someras é tan juntas, como los dedos de la mano juntos; é una á par de otra hacen pared, é átanlas muy bien con *bexucos*, que son unas venas ó correas redondas que se crian revueltas á los árboles (y tambien colgando dellos) como la correhuela: los quales *bexucos* son muy buena atadura, porque son flexibles é taxables, é no se pudren, é sirven de clavaçon é ligaçon en lugar de cuerdas y de clavos para atar un madero con otro, é para atar las cañas assí mismo. El *buhio* ó casa de tal manera fecho, llámase *caney*. Son mejores é mas seguras moradas que otras para defenssa del ayre, porque no las coje tan de lleno. Estos *bexucos* que he dicho ó ligaçon se hallan dellos quantos quieren, é tan gruesos ó delgados, como

son menester. Algunas veces los hienden para atar cosas delgadas, como hacen en Castillas los mimbres para atar los arcos de las cubas; y no solamente sirve el bexuco para lo que es dicho, pero tambien es medicinal; é hay diversos géneros de bexucos, como se dirá en su lugar adelante, quando se tracte de las hiervas é plantas, é árboles medicinales é sus propiedades.”

“Esta manera de casa ó *caney*, para que sea fuerte é bien trabada la obra é armaçon toda; ha de tener en medio un poste ó mástel de la groseza que convenga, é que se fixe en tierra quatro ó cinco palmos hondos, é que alcance hasta la punta ó capitel mas alto del *buhio*; al qual se han de atar todas las puntas de las varas. El qual poste ha de estar como aquel que suele aver en un pabellon ó tienda de campo, como se traen en los exércitos é reales en España é Italia, porque por aquel mástel está fixa la casa toda ó *caney*.”

Eran, pues, estas habitaciones de dos maneras, segun la voluntad del constructor. Clavaban postes ó troncos de árboles en la tierra á quatro ó cinco pasos de distancia uno de otro, en figura oval, cuadrilátera ó cuadrilonga, segun la disposicion del terreno. En lo alto de estos troncos fijaban con *bejuco* las soleras, y sobre éstas ponian la varazon ó templadura para la cubierta, las cabezas ó grueso de las varas sobre las soleras y la punta ó lo delgado para arriba, reuniendo todas las puntas en forma de pabellon ó campana, afianzándolas en la punta de un poste clavado en el centro del edificio. De poste á poste formaban los tabiques ó paredes, hincando en tierra cañas y varas muy unidas, cruzando sobre éllas al través muchas latas que hacian de las hojas de las palmas, todo bien ligado y atado con *bejuco*, en vez de clavos y cuerdas; el techo se cubria con hojas de bijao y palmas y cogollos de cañas.

Estas casas de sencilla construccion, con una abertura de entrada, llamábanse *caney*; eran endebles, carecian de comodidad y separacion, y en ellas se abergaba la familia, revueltos padres, hijos y hermanos.

Construian tambien otras casas con los mismos materiales, pero más fuertes y de mejor disposicion, para los caciques y familias principales. Desde la tierra hasta el piso que formaban sobre los troncos, dejaban sin cesar una parte que servia como de zaguán. Los troncos empleados eran más fuertes y á trechos tenian horcones, llamados *haytinales*, que llegaban á la cumbre ó caballete: en lo alto dejaban ventanas y corredores formados de cañas y en las casas principales hacian unos portales que servian de recibimiento; el techo era largo y á dos vertientes, cubierto de hojas de palmas.

“Otras casas ó *buhios* hacen assí mismo los indios, y con los mismos materiales; pero son de otra façon y mejores en la vista, y de mas aposento, é para hombres mas principales é caciques; hechas á dos aguas y luengas, como las de los chripstianos é assí de postes é paredes de cañas y maderas, como está dicho. Estas cañas son maçizas y mas gruessas que las de Castilla y mas altas, pero córtanlas á la medida de la altura de las paredes que quieren haçer, y á trechos en la mitad van sus horcones, que acá llamamos *haytinales*, que llegan á la cumbrera é caballete alto; y en las principales hacen unos portales que sirven de zaguan ó rescibimiento, é cubiertas de paja, de la manera que yo he visto en Flandes cubiertas las casas de los villajes ó aldeas. É si lo uno es mejor que lo otro é mejor puesto, creo que la ventaja tiene el cobrir de las Indias á mi ver porque la paja ó hierva de acá, para esto es mucho mejor que la paja de Flandes.”—(OVIEDO, libro VI, capítulo 1º)

De manera que la armazon y toda la fortaleza del edificio, la constituian los troncos de los árboles clavados en la tierra á profundidad de cuatro ó cinco palmos; las cañas, varas y ramas de las paredes y el techo servian para atar y afianzar en éllas las yaguas, de igual manera que nuestros campesinos construyen sus chozas, y el piso, siempre elevado, era de maderos me-

nos gruesos, todo sostenido por medio de bejuco ; los *caney* sin más abertura, ventana ó chimenea que una angosta puerta ; los *bohíos* ó casas principales de dos vertientes, tenían ventanas que prestaban al interior de la casa ventilacion, y á sus moradores la facilidad de ver lo que sucedia en rededor sin necesidad de abandonar la casa.

Este primitivo arte arquitectónico se ha conservado en nuestros campos entre la gente pobre ; muchos de los ranchos ó bohíos que aún hoy construyen nuestros campesinos son fiel copia de aquéllos.

La elevacion del piso obedecia á la necesidad de evitar la humedad producida por las frecuentes lluvias y de poner la habitacion á salvo de algunos animales molestos.

Para derribar los árboles y separar las ramas, dando á las maderas las dimensiones apetecidas, usaban el fuego, como en todos los pueblos salvajes que no conocen instrumento de metal.

Es probable que la mayor parte de los bohíos se hallase diseminada en los sitios en que la casualidad hizo nacer algunos árboles en la disposicion conveniente para utilizarlos en las referidas construcciones : alguna vez el espíritu de sociabilidad hizo agrupar toda una tribu constituyendo aldea. Ya dijimos en el anterior capítulo que al desembarcar Colon en la bahía de Aguada encontró doce bohíos regulares, formando núcleo de poblacion.

La primera necesidad del hombre y de todos los séres en general consiste en la alimentacion adecuada á su naturaleza orgánica ; y siendo mixta, carnívora á la vez que frugívora la del hombre, tócanos exponer la corta relacion del mezquino alimento usado por nuestros indios.

Entre los alimentos vegetales figuraba en primer lugar el casabe ó *casabí*, el pan del indio, hecho de la yuca (*Jatropha Manihot*, L.), el maíz (*Zea mais* L.) y

probablemente tambien alguna variedad ó especie de ñame, plátano, algunos granos y toda clase de frutas sanas.

La alimentacion carnívora consistia en aves, reptiles, hicoteas, testudinados del mar, lagartos, culebras, murciélagos, peces, crustáceos y moluscos terrestres y marítimos, comiéndolos ya crudos, ya preparados al fuego; pero entre todas estas clases de animales hay razon para admitir que las aves cazadas con flechas y los peces cogidos en redes eran los más preferidos, y que los indios preferian los alimentos preparados al fuego á los crudos. En muchos parajes del litoral hemos reconocido grandes y pequeños depósitos de fragmentos de ollas y objetos de cerámica destrozados, hechos de mala y poco resistente liga, entremezclada con gran cantidad de conchas, caracoles huesos de aves y pescado, testigos elocuente de asientos más ó ménos prolongados de tribus indias. El mayor de estos depósitos, que mide sobre dos metros de altura, lo hemos encontrado en la *Cueva de las golondrinas*, inmediata á la desembocadura del rio de Manatí.

La relativa proximidad del mar desde cualquier punto de la Isla, los caudalosos rios con sus numerosas ramificaciones y los arroyos que descenden de la montaña, surtian de abundante pesca á sus moradores.

Carecemos en nuestra coleccion de los utensilios que emplearan los indios para la pesca en el mar y los rios, é ignoramos, por lo tanto, si la ejercian con cordel, por medio de anzuelos hechos de espinas de árboles ó de los mismos peces, ó si usaban redes tejidas de algodón ó bejuco, del liber, de la guásima, el cadillo ó de la fibra del maguey.

Ya fuese para facilitar el trabajo de la pesca, ya para trasladarse de una á otra orilla, de un punto á otro en la direccion de los rios ó de la costa, ya, en fin, para comunicarse con las Islas vecinas, era indispensable discurrir acerca de los medios que constituyen la navegacion en su estado más primitivo.

Dice Oviedo, en el libro antes citado, que los indios tenían unas barcas que llamaban *canoas*, en las que navegaban por los ríos y servían para sus viajes de mar, para sus asaltos y guerras, para la pesquería y las comunicaciones de un país á otro. Las más pequeñas, llamadas *cayucos*, servían para el paso de los ríos ó viajes cortos, apenas cabían en éllas dos ó tres personas; otras medianas, propiamente llamadas *canoas*, servían para la pesca y para correr la costa, y daban cabida á diez ó más individuos; las mayores llamadas *piraguas*, eran capaces de contener hasta cincuenta indios, y se destinaban á la guerra y á los viajes largos.

Éstas barcas eran de una sola pieza, sacadas de un árbol corpulento, eligiéndose con preferencia la ceiba, (*Eriodendron anfractuosum*, DC.), cuya madera blanda, ligera y tenaz es la más apropiada para esta clase de construcciones. Vaciaban el tronco á golpes de hachas de piedra engastadas en cabos de madera, y auxiliando con el fuego el trabajo de ahuecar, daban á la cavidad de la *canoa* el ancho y alto que deseaban. Ésta resultaba honda, estrecha y tan larga como lo permitía la longitud y el espesor del árbol; por debajo la dejaban plana y sin quilla, por lo cual se volcaba fácilmente, si los que iban dentro no guardaban bien el equilibrio.

Para el manejo de los pequeños *cayucos* es probable que usasen palancas; para el de las *canoas* y *piraguas* remos, que ellos llamaban *nahes*, cuya forma era de una larga paleta y la cabeza como una muleta; en las grandes *piraguas* navegaban también con velas tegidas de algodón.

Por grandes que fuesen esas *piraguas*, parece exagerado que diesen cabida á cuarenta ó cincuenta personas; pero si la imprudencia de los indios les hubiese inducido á confiarse en esas ligeras embarcaciones de poco borde á las agitadas olas, no tardarían en volcarse, como les acontecía con frecuencia, y no pocos pagarían con la vida su temeraria empresa, á pesar de su agilidad en el elemento líquido, pues eran excelentes na-

dadadores, y es fama que tenían mucha destreza para poner fácilmente á flote la piragua. A poca distancia de la orilla, siendo ágiles nadadores, pronto la alcanzarían en caso de peligro; pero en medio del mar sus fuerzas se agotarían antes de alcanzar aquélla, y perecerían fatigados en el trayecto ó víctimas de la voracidad de los mónstruos marinos que abundan en estas costas y debían serles bien conocidos.

Las canoas más grandes de que hace mérito Colon, son las que encontró en Puerto-Santo en su primer viaje, cuyo enorme tamaño, formadas cada una de un solo tronco de árbol, era capaz de contener ciento y cincuenta personas. Aunque esta apreciacion sea cierta, no creemos que los indios de Borínquen las hayan construido tan grandes, aún para contener cincuenta hombres.

La cualidad porosa y ligera de la madera les favorecía en estos casos, pues aunque la piragua se volcase, no se hundía, los indios la volvían y la vaciaban fácilmente. De todos modos hay que convenir en que el instinto de la propia conservacion, que se halla siempre por encima del valor y de la audacia, contendría á aquellos valientes é intrépidos navegantes en los límites que marca la reflexion y la prudencia.

Los pueblos primitivos en sus rudas costumbres tratan de acomodarse á las condiciones naturales que les rodean: si moran á orillas del mar ó de lagos ó rios caudalosos, desde la más temprana edad se educan en la lucha contra la impetuosidad de estos agentes naturales; son diestros nadadores y navegantes, y trepan por los árboles con agilidad admirable. Los moradores de otras comarcas se distinguen, ya por su indiferencia á los rayos abrasadores del sol, ya al frío intenso, á las lluvias y á las alteraciones rápidas y violentas de la atmósfera, como á los efluvios delectéros de un suelo cenagoso en que fermentan los despojos de innumerables animalillos envueltos en los residuos de una espléndida vegetacion.

La construccion de una canoa era obra que no podia realizar un sólo individuo ; en ella tomaba parte toda una familia ó varios individuos congregados con el propósito de comun usufructo : era, pues, una de las primeras manifestaciones del espíritu de asociacion concertado por la fuerza de la necesidad.

La navegacion se limitaba á las Islas Vírgenes por la parte oriental, y á la de Santo Domingo por la occidental, con escala en Desecheo, Mona y Monito. Aunque por motivo de la distancia no era la parte occidental la más propia para la navegacion, existia entre las tribus de Borínquen y Haytí un comercio frecuente y amistoso trato. En cambio, por el lado opuesto, la hostilidad implacable de los caribes y el temor que éstos infundian á nuestros indígenas, limitaban sin duda sus excursiones ó las realizaban con gran precaucion y sobrados recelos. En todo caso las condiciones de sus piraguas les obligaban á no recorrer largas distancias de una y otra costa, á visitar únicamente las islas ó islotes más próximos y á preferir las costas más abrigadas de los vientos, á fin de no exponerse demasiado en derroteros peligrosos.

El estado primitivo del hombre no le exceptúa de necesidades que se acrecientan á medida que avanza en la senda del progreso y de la civilizacion y alcanzan mayor desarrollo sus facultades intelectuales. Los numerosos enemigos que le acechan y ponen en peligro su existencia, le obligan á rodearse de los medios de defensa ; el instinto de conservacion individual lo dirige al lugar en donde puede satisfacer sus necesidades naturales, y si ha de vencer algun obstáculo, calcula las ventajas y dificultades para la consumacion de su obra.

Entre los utensilios más importantes para el indio figuran sus *flechas*. Sentimos no poseer ninguna en nuestra coleccion, para describirla y hacer deducciones acerca del carácter guerrero de aquéllos y de su vida montaráz. Tan solo sabemos que eran flecheros bra-

vos y aguerridos por las continuas incursiones de los caribes; no usaban el veneno para emponzoñar los dardos. Estas armas, terribles en manos del indio, no sólo debían servir para dirigir certero el golpe contra el enemigo, sino también para cazar aves y otros animales destinados á su alimentacion. Carecían de instrumentos para dar perfeccion á estas armas, pero con el ejercicio constante adquirían bastante maestría en el manejo de ellas, y así compensaban en cierto modo aquella falta. El arco era de madera flexible, la cuerda un bejuco delgado y resistente, tal vez las raíces adventicias del Cupey ó el Bejuco de calabaza, una Aracea; el cañon de la flecha una rama delgada y dura ó la caña madura de alguna de nuestras gramineas gigantes; en la punta se ataba fuertemente el dardo con bejucos delgados y bien entrelazados. Estos dardos eran trozos de pedernal agudos, de conchas afiladas, ó grandes espinas de pescados, pedazos de huesos de aves, dientes de tiburón ó puas de madera enrojecidas al fuego.

Otra arma, de la que ya hemos hablado al tratar de las embarcaciones, es el *hacha*, vulgarmente conocida con el nombre de *piedra de rayo*, de las que se han encontrado numerosos ejemplares de diverso tamaño, forma y roca en todas las partes de la Isla. Su hechura es la de una lengüeta ó cono aplanado, rara vez la de un cincel; el medio es la parte más gruesa de la pieza, la base ó parte inferior es la más ancha, y se estrecha paulatinamente rematando en punta en el extremo opuesto; los bordes son cortantes, la punta un poco roma. El todo forma un instrumento cortante en la base y contundente en la punta. Las diferencias proporcionales de ancho y grueso no son tan notables como las generales del tamaño, pues comparadas unas con otras las hay desde 5 centímetros de longitud hasta 30, desde 2 de anchura hasta 15, y el espesor es de 2 hasta 10. Las rocas empleadas son desde las más duras hasta algunas muy blandas; pero

prevalecen aquéllas sobre éstas y son : diorita, pórfido, granito, arenisca, feldespato y caliza.

Las hay de formas tan gallardas y de simetría tan perfecta que revelan en el artista aptitud, maestría é ingenio. Éstas regularmente están labradas en las más duras y bellas rocas; en cambio, aquellas más groseras y toscas, labradas en piedras blandas y poco vistosas, demuestran en el autor la carencia de las dotes que reconocemos en los primeros. De estos detalles se deduce que los aprendices y poco hábiles en el arte empleaban rocas blandas y fáciles de labrar, como las calizas y areniscas, y una vez elevados á la categoría de maestros, escogían otras más duras y hermosas. Existen en nuestra coleccion algunos ejemplares en construcción y á medio hacer.

Hemos comparado las hachas de nuestros indios con otras que se conservan en los museos de Alemania y Suiza, pertenecientes á pueblos primitivos de éstos é otros países, muchas de las poblaciones lacustres de los lagos de Neuchatel, Morat y Biel, y hemos encontrado no tan sólo identidad de formas y dimensiones, sino tambien de rocas empleadas en su construcción.

La manera de formar estas hachas está comprobada con observaciones hechas en varios lugares. Se escogía una piedra cuya forma se aproximase á la del hacha, y en ciertos parajes, á orillas del rio, sobre las rocas más duras, especialmente sobre las pórfidas, dioríticas, graníticas y areniscas, se frotaba piedra con piedra, desgastando aquélla con el auxilio del agua, que hace más friables las rocas, hasta darle la forma que se deseaba. A fuerza de frotar se formaban ya verdaderos moldes en los desgastes de la roca que facilitaban la operacion.

Entre las industrias de los indios debiéramos reconocer la fabricacion de ídolos, figuras, collares ó bandas, amuletos, morteros, etc.; pero nos reservamos hablar de ellos en capítulo aparte.

Los usos á que aplicaban las hachas son fáciles de

comprender. Con ellas tronchaban los animales, túberculos y vegetales con que se alimentaban, y labraban todo objeto cuya resistencia fuese inferior á la de la piedra; y aunque los cronistas no lo consignan así en sus narraciones, puede asegurarse que el hacha era para el indio el arma de combate por excelencia.

Hemos visto muchas procedentes de las poblaciones lacustres de Suiza, engastadas en la punta de un madero en forma de cabo, mango, garrote ó macana, en el que se había labrado un agujero donde se afirmaba el hacha fuertemente y creemos que de igual manera formaban los indios esta arma ó instrumento.

Los primitivos pueblos europeos afianzaban á veces el hacha en el hueco de un trozo de cuerno de buey ú otro animal, que era introducido en el agujero taladrado en la punta del mango, ó al contrario, la punta del mango atravesaba el cuerno.

Nuestros indios debían de escoger un trozo de madera resistente, perforarlo cerca de la punta y enclavar en el agujero el hacha, ya saliendo la punta al otro lado ó quedando oculta en la madera. Otro medio es factible, sencillo y más fácil de practicar. Abriendo la punta del mango en sentido longitudinal, se aseguraba en la abertura el hacha, dándole la seguridad necesaria por medio del ya citado bejuco descortezado, tan flexible como tenaz.

No es extraño que ninguna de estas armaduras de hachas se hayan conservado desde la época de la conquista hasta nuestros días, dado el poder destructor que ejercen sobre el tejido vegetal las influencias meteorológicas de estos climas. No sabemos si en algún museo se conservarán todavía ejemplares de estos mangos tomados á los indígenas.

Los primeros cronistas de Borínquen no hablan de la lanza, arma formidable y comun en los indios de Costa Firme: tampoco existe en nuestra coleccion testimonio alguno de haberlas usado los borincanos.

Réstanos recordar ligeramente la *macana*, arma

que los indios esgrimian á una y dos manos, consistente en un trozo de madera en forma de garrote, delgado en uno de sus extremos por donde la empuñaba el guerrero, y grueso é irregular en el opuesto.

La industria textil se hallaba en su estado más primitivo. La benignidad del clima en esta region permitia á los indios andar desnudos: así se exhibieron por primera vez á los descubridores; pero pronto adoptaron trajes sencillos, tejidos por ellos mismos, y por fin iban adoptando ya los de los europeos.

Los hombres y las doncellas andaban enteramente desnudos; las demás mujeres se ceñian á la cintura un delantal que solo les llegaba á media pierna; las cacicas usaban el mismo delantal largo hasta los tobillos, cambiándolo por el corto cuando jugaban al *batey*. Pintaban su cuerpo con esmero y proligidad; en él dibujaban varias figuras con tierras de color, aceites y resinas. Con estas pinturas y el embadurnamiento del cuerpo con aceites ahuyentaban los innumerables mosquitos y otros insectos molestos, se libraban de sus picaduras y se preservaban del calor excesivo y la transpiracion extremada que en la zona tórrida ocasiona grave daño á la salud.

Los delantales ó *naguas* los tejian las mujeres con algodón y constituian el traje único de aquellos salvajes. Es probable que tambien hicieran cordones de algodón, algo más gruesos para tejer *hamacas* ó camas colgantes, que figuraban como el mueblaje principal de la casa del indio.

No puede admitirse que el algodón solo entrase en la fabricacion de la *hamaca*, pues por fuerte que hicieran los cordones y por bien que juntasen las mallas de la red, resultarian siempre débiles para resistir por mucho tiempo el peso de un hombre, y no es fácil que los indios poseyesen el arte de torcer cordones fuertes con esta fibra; más probable es que entremezclasen cordones de algodón con otros de maguey, del que

tambien hacian sus redes de pescar, ó de otra fibra vegetal textil. De los bordes y extremos de la *hamaca* pendian, en forma de borlas y encajes, haces de hilos, plumas y cordeles llamados *cabuyas* ó *henequen*, adornándola con más ó ménos prolijidad, segun la habilidad del tejedor ó el carácter distintivo y elevado de la persona que debia usarla. Atada por los extremos á *cabuyas* más fuertes ó *hicos*, se colgaba la *hamaca* entre dos árboles ó entre dos postes del bohío. Esta costumbre tradicional en el país, se ha trasmitido á nuestra poblacion rural, y aún usan la *hamaca* en sus dormitorios ó gabinetes de descanso muchas personas cultas y acomodadas del país. El indio cuidaba de tener su *hamaca* siempre limpia, y la llevaba consigo en sus excursiones, dentro de unas cestas, que llamaban *havas*, *patacas* ó *petacas*.

Termina la corta relacion del exíguo mobiliario de la choza india con el *duho* ó *ture*, una especie de banco que les servia de asiento, formado de varias ó una sola pieza de madera cincelada de caprichosas figuras. Cuando un cacique se moria, lo enterraban sentado en su *duho*, como signo de autoridad ó distincion.

Deben agregarse á estos utensilios del indio borinicano las vasijas y platos, que eran por lo comun de madera ó del epicarpio leñoso de los frutos de la *higüera* ó *totumo*, semejantes á los que usan todavía nuestros campesinos.

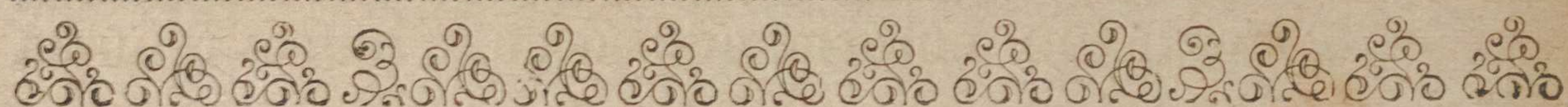
La preparacion de la bebida llamada *chicha* estaba encomendada á las mujeres. Éstas las preparaban con maíz, machacado en sus morteros de piedra que describirémos más adelante, y frutas dulces y aromáticas, que serian probablemente tubérculos ricos en fécula, ciertos rizomas, como el jengibre silvestre, agregándole hojas y semillas tambien dulces y aromáticas, todo ello macerado con alguna cantidad de agua dentro de un gran calabazo de higüera, sometiendo esta mezcla por cierto tiempo á la fermentacion alcohólica, que las con-

vertía en una bebida rica en alcohol y ácido carbónico, agradable al gusto y embriagadora cuando se tomaba con exceso.

Agregamos á continuacion de este capítulo y á guisa de apéndice la práctica empleada por los indios para proveerse de lumbre.

Dos trozos de madera seca y blanda eran colocados en el suelo perfectamente unidos y trabados; entonces con la punta de un palo muy duro, de media vara de longitud y el espesor del dedo meñique, introducido en la juntura de aquéllos, se les frotaba torciéndolo como un molinillo con mucha fuerza y ligereza. Esta operacion de frotamiento desarrollaba al instante el calor, que se elevaba rápidamente hasta poner en áscuas el madero blando. El palillo ó punzon parece que lo llevaban siempre consigo á todas partes para hacer lumbre y preparar sus comidas, segun nos relata Oviedo, y fundados en esta observacion hemos manifestado, al tratar de los alimentos que usaban, que por lo general eran cocidos ó preparados al fuego, ya fuesen carne ó tubérculos.

Esta manera de producir el fuego requiere un hábito difícil de adquirir, batiendo los palillos en la forma expresada; pero es práctica reconocida en todos los pueblos salvajes.



CONDICIONES FISICAS Y MORALES Y APTITUDES INTELECTUALES.

Condiciones físicas. La naturaleza física de un pueblo depende de las varias y complejas condiciones en que vive, y las aptitudes morales é intelectuales del mismo no pueden sustraerse al influjo que aquéllas ejercen sobre el individuo. El grado de cultura y civilizacion, la densidad de la poblacion, su aislamiento ó su comercio con otros pueblos, el clima, la naturaleza del terreno y el género de alimentacion, dependiente de la abundancia ó carencia de animales y plantas propias para el sustento de la vida, son circunstancias que determinan condiciones físicas permanentes en la naturaleza de los indígenas.

Hemos conocido ya al indio borinqueño salvaje y desnudo en plena edad de la piedra pulimentada, vagando por las selvas vírgenes ó establecido en pequeñas aldeas y caseríos apartados unos de otros en número relativo á la cultura general del pueblo y extension del territorio, comunicándose entre sí por lazos de afeccion con los de Santo Domingo y luchando contra los intrusos caribes. El calor del clima les permitia andar des-

nudos todo el año sin detrimento grave de su salud; pero el mismo calor constante, á veces excesivo, de esta zona tórrida, alternando con las noches de invierno relativamente frías para un pueblo desnudo, y la densidad del vapor acuoso en una atmósfera caldeada, irremisiblemente debían originar en el organismo del indio trastornos más ó ménos graves, ya pasajeros, ya permanentes, desarrollando aquel cuadro nosológico, pero normal para este clima, que tenemos á la vista en el campesino actual, magistralmente descrito por el ilustrado observador Doctor Don Francisco del Valle Atiles, en sus estudios sobre *El campesino puerto-riqueño*, publicados en la *Revista Puerto-riqueña*.

En un clima como el de Puerto-Rico, todos los movimientos activos del cuerpo tienden al reposo é inclinan los pasivos á suavizar su actividad; la respiracion se verifica con alguna lentitud y no completa su máximo de aspiracion y espiracion; las rítmicas contracciones del corazon pierden alguna energía en el reposo y descende la pulsacion bajo la cifra normal; en cambio, á la menor agitacion se eleva convulsivamente. La alimentacion mezquina, insuficiente y desordenada originaba la atonía del aparato digestivo y la de sus órganos anexos auxiliares á las importantes funciones de la nutricion, determinando modificaciones sucesivas, á cual más intensa, en los tejidos propios de las vísceras, hasta terminar obstruyendo el libre curso de la circulacion de retorno.

De esta suerte, la anemia, la atonía gastro-intestinal, la hepatitis, la obliteracion de la vena porta, la hidropesía, el paludismo seguido de caquexia, el reuma, las oclusiones y dilataciones en el centro circulatorio, la pericarditis y otros achaques análogos minaban la salud del indio y aniquilaban su existencia, sin permitirle, salvo raras excepciones, esa longevidad que con frecuencia se observa en los pueblos de avanzada civilizacion, ó dotados de una constitucion física sorpren-

dente, como la de los negros de Guinea, pero que no cupo en suerte al indio borinqueño.

Todo induce á creer que nuestros indios, viviendo bajo la influencia de perniciosos elementos meteorológicos, eran pequeños de cuerpo, aunque bien formados, pero débiles y de carnes flácidas; los individuos robustos y sanos figuraban cual raras excepciones entre los caciques, dotados de viviendas abrigadas, espaciosas y de cierta comodidad, gozando de una vida reglada y ménos expuesta á las influencias perturbadoras del sol, las lluvias, la humedad, los miasmas, el aire de la noche y demás elementos nocivos; no carecían esos caciques del abrigo entre ellos usado, y nunca les faltaban los alimentos más exquisitos con que les regalaba la naturaleza vegetal y animal.

La masa del pueblo debía de sufrir en grado más ó ménos acentuado las enfermedades citadas. Agréguese á esto la pereza á que inclina el calor de esta zona tórrida, y las pocas necesidades de un pueblo salvaje, y se tendrá el cuadro físico-fisiológico del indio borinqueño.

El sistema óseo de este pueblo mal nutrido completaba rápidamente su solidificación con detrimento de las proporciones de espesor y longitud; las saturas craneanas debían de osificarse pronto, y, á causa de estar sufriendo sin abrigo los rayos solares, la natural dureza en alto grado y tal vez también el mayor engrosamiento de la bóveda craneana, servían de escudo contra el rigor del sol, que en otras razas sería causa de peligrosas congestiones. “Ni tampoco tienen las cabezas como otras gentes, (dice Oviedo), sino de tan rescios y gruesos cascos, que el principal aviso que los chripstianos tienen, cuando con ellos pelean é vienen á las manos, es no darles cuchilladas en la cabeza, porque se rompen las espadas.” (Libro V).

El sistema muscular, apenas animada su energía á favor de un ejercicio irregular y una alimentación poco adecuada, limitaba su desenvolvimiento á las

mismas proporciones relativamente señaladas al sistema óseo, y el escaso tejido adiposo subcutáneo completaba el cuadro de un cuerpo pequeño, delgado, débil y hasta enteco ó raquítico, revestido de una piel áspera y endurecida por los ardientes rayos solares, y bronceada por una atmósfera impura.

El desarrollo del sistema nervioso parece que debiera guardar la misma relacion de inferioridad que hemos reconocido en los demás sistemas orgánicos, tratándose de un pueblo salvaje, cuyas facultades mentales desconocian en mucho ese estímulo que sin cesar obra como aguijon implacable en los pueblos cultos y no dá punto de reposo al cerebro. Las circunvoluciones de éste en el indio eran sin duda ménos numerosas y marcadas; la masa total del encéfalo, inferior en peso y cantidad; el del cerebelo tendia á aproximarse al del cerebro; la masa grís ménos espesa, y la superficie más lisa y aplanada. El antropólogo aleman Virchow ha demostrado por el reconocimiento de numerosos cráneos de indios americanos de diversas tribus, oriundos de regiones diversas, su inferioridad intelectual relativa á la raza caucásica.

La vida montaráz y las rudas costumbres habian embotado la sensibilidad; las funciones propias de los nervios motores se ejercian en la forma normal; en cambio, las del aparato ganglional obraban con relacion á las debilitadas funciones de los órganos encomendados á su accion.

Es probable que los sentidos de la vista, el oido y el olfato estuviesen dotados de una potencia que causa admiracion en el salvaje y que solo se alcanza con el constante ejercicio.

Lo que ya dejamos indicado en el capítulo que trata del origen del indio y su estructura externa, y lo que lógicamente se deduce de las observaciones precedentes, nos lleva á establecer, en cuanto al aspecto físico de los indios, las siguientes conclusiones. Eran de color amarillento, formas regulares y agraciadas, estatura

pequeña, delgados, las carnes flácidas, constitucion anémica: las doncellas, de piernas y brazos bien torneados, pechos túrgidos, piés y manos pequeños, pelo laso, ojos vivos, iris oscuro, boca regular, dientes bien conservados, nariz un poco aplanada, pómulos pronáticos: los hombres carecian de barba.

De suma importancia es recordar que cierto grado de anemia, de laxitud general, y cierta moderacion de las funciones digestivas originada por el conjunto de condiciones climatológicas y locales, lejos de ser un obstáculo á las funciones regulares de la vida, constituian un estado fisiológico especial, propicio y hasta necesario, compatible con el calor del clima, con una atmósfera emponzoñada por miasmas deletéreos, el desaseo de los individuos y la vida salvaje. La ley de la acomodacion al medio ambiente habia señalado en fuerza de su incontrastable poder á cada funcion, á cada organismo, á cada especie la forma propia para desenvolverse dentro del medio en que giraba su existencia, estableciendo el equilibrio necesario para la continuacion de la vida.

Las estaturas mediana y pequeña del indio eran una forma resultante de la ley de adaptacion que parece regir sobre todo el reino animal y sobre toda la naturaleza. Los descendientes de los europeos, los mestizos, los criollos que habitan estos campos son de esa estatura mediana y pequeña, inferior á la de sus progenitores; hasta en los animales domésticos importados de la Península y de Canarias resalta claramente esta variacion: el buey, el caballo, el cerdo, el perro, el gato y todos los animales útiles introducidos en esta Isla han degenerado, adoptando una estatura inferior á la de sus progenitores; últimamente, en ninguna clase del reino animal, de las que habitan en tierra, observase especie alguna de gran tamaño. El guaraguao es el ave terrestre más grande, y la iguana lo es entre los reptiles.

En oposicion á estas formas, ostenta el reino ve-

jetal una lozanía, exhuberancia y variedad de especies gigantes que compiten con los más notables de la zona subecuatorial.

Condiciones morales. Despues de este breve estudio acerca del indio borinqueño, considerado en su parte física, procuraremos ahora penetrar en lo íntimo de su conciencia, á fin de conocer en cuanto sea posible la índole de sus ideas y principios morales.

Es evidente que los principios de moral proclamados y practicados por el pueblo indo-antillano reconocian por principal fundamento la conveniencia particular ó colectiva; en la práctica imperaba la ley del más fuerte, y los instintos é inclinaciones naturales eran satisfechos sin escrúpulo y sin oposicion, porque el órden social aún no habia concebido esas doctrinas y preceptos que en los pueblos cultos garantizan los derechos sociales del individuo, el de la familia y el de las tribus.

En Borínquen, como en todos los pueblos de su índole y carácter, la madre ó los padres, si el hombre y la mujer habian perseverado en union y armonía conyugales, como es probable que sucediera muchas veces, atendian á la subsistencia de los hijos hasta que éstos espontáneamente se emancipaban. La educacion moral é intelectual que estos hijos recibian eran el reflejo vivo del ejemplo general, aunque en no escasa parte figuraría tambien el trasmitido directamente por los padres. Cada cual vivia, crecia y obraba imitando el ejemplo de los demás; los menores seguian las huellas de los mayores. Llegados á la crítcia y peligrosa edad de la pubertad, no es extraño que las nacientes pasiones naturales corrieran á rienda suelta, con la impetuosidad que les comunica la fuerza de la juventud y el desenfreno propio de la inexperiencia.

El precoz desarrollo de la pubertad, el calor del clima y la vida vagabunda, eran causas que anticipa-

ban la paternidad y la maternidad en aquel pueblo, con perjuicio quizás de las generaciones sucesivas.

Es por demás sabido que el sentimiento de los celos, que agita en violentas convulsiones el corazón humano, no alcanzaba entre los indios aquel grado de exaltación arrebatadora que suele adquirir, cuando el amante apasionado sufre contrariedad por el desvío del objeto amado ó por su predilección hacia otro más venturoso. “Porque puesto que los caciques tenían seis ó siete mujeres ó todas las que más querían tener, una era la más principal ó la que el cacique más quería, y de quien más caso se hacía, puesto que comiesen todas juntas. É no había entre ellas rencilla ni diferencia, sino toda quietud é igualdad, é sin rifar pasaban su vida debajo de una cobertura de casa é junto á la cama del marido, lo qual parece cosa imposible... (Oviedo, libro V., cap. III.)” El autor no nos dice si de la cordial armonía entre varias mujeres de un mismo hombre participaban también los diversos hombres amantes de una misma mujer, tomando ellos á las mujeres por bienes procomunales al servicio de todos; pero esto se puede deducir de otras descripciones.

No puede dudarse que las nefandas costumbres de los caciques encontrasen eco en sus vasallos, imitando á sus señores en los más groseros vicios y en las prácticas más abominables.

El vicio de la lujuria entre los indios, lo describe Oviedo en el lugar citado del modo siguiente :

“Élla (Anacaona) y las otras mujeres desta Isla, aunque con los indios eran buenas é no tan claramente lujuriosas, facilmente á los cristianos se concedían é no les negaban sus personas.

“Y como cosa de su mercadería, los tenía impuestos de manera que en esta Isla (Santo Domingo) cada uno tenía su mujer é no más, si no podía sostener más; pero muchos tenían dos é más, y los caciques ó reyes tres é cuatro é cuantas querían. El cacique Behechío

tuvo treynta mujeres propias, é no solamente para el uso é ayuntamiento que naturalmente suelen aver los casados con sus mugeres; pero para otros bestiales é nefandos pecados, porque el cacique Goacanagari tenia ciertas mujeres con quien él se ayuntaba, segun las víboras lo hacen.

“Esta Anacaona fué mujer del rey Behechío: la que fué muy disoluta. . . . E assi era esta Anacaona en vida de su marido é hermano; pero despues de los dias dellos fué, como tengo dicho, absoluta señora é muy acatada de los indios; pero muy deshonesta en el acto venereo con los eripstianos, é por estas é otras cosas semejantes quedó reputada y tenida por la más disoluta muger que de su manera ni otra ovo en esta isla. Con todo esto era de grande ingenio, é sabia ser servida é acatada é temida de sus gentes é vasallos, é aun de sus vecinos.”

La completa analogía entre el pueblo indio dominicano y el borinqueño, la identidad de origen y de raza y la armonia y comercio mútuo en que vivian, obligan á aceptar para unos cuanto de otros se ha dicho. “En las aves é animales é pescados é árboles y en el traje é hábito y en la manera de la gente, no difieren en cosa alguna de lo que tengo dicho de la Isla Española, excepto que estos indios de Sanct Johan eran flecheros é más hombres de guerra.” (Oviedo, libro XVI, cap. 3º)

Aquellas narraciones verosímiles de Oviedo no ofrecen nada de extraño en un pueblo de las condiciones del indio. La historia registra casos idénticos en todas las edades de los pueblos más ó ménos cultos. Nuestro objeto se reduce á exponer en su desnuda realidad las costumbres de aquél pueblo, cuya historia, envuelta entre las sombras del olvido, queremos despertar á nueva vida; pero depurando tambien las relaciones de los cronistas, de los errores que nos parece reconocer en éllas.

Expresivo y pintoresco se muestra Oviedo discutiendo sobre la vida disoluta de la desgraciada Anacaona, y le prestaríamos completo crédito, á no ser porque este cronista suele ser un tanto impresionable y ligero en sus narraciones, unas veces oscuras ó exageradas, otras un tanto fantásticas por haber suplido en ellas la inventiva del autor algunos detalles que no ha podido comprobar, y las más de las veces demostrando un apasionamiento capaz de ofuscar al más erúdito historiador. Oigámosle:

“Y assi como tienen el casco grueso, assi tienen el entendimiento bestial y mal inclinado, como se dirá adelante, especificando algunos de sus ritos é ceremonias, é idolatrías, é costumbres, é otras particularidades que al mismo propósito ocurrieren *é yo tuviere noticia dellas* hasta el tiempo presente.” (Libro V, cap. 1º)

Es decir, que Oviedo tuvo noticia de éllas, no las ha presenciado; pero las dá por ciertas y las utiliza para formular su tremenda sentencia contra los indios.

Hablando de la sucesion del cacicazgo, recaida en el hijo mayor de la hermana, por el recelo de ilegitimidad del hijo de la esposa, dice:

“No paresce esto mucha bestialidad é error, en especial en tierra donde las mujeres eran tan deshonestas é malas, como se dixo de suso. Los hombres, aunque algunos eran peores que ellas, tenían un virtuoso é comun comedimiento é costumbres, generalmente en el casarse.” (Cap. 3º)

Con aquel ejemplo de depravacion que expone en Anacaona, reina de varias tribus de Santo Domingo, pretende, al parecer, sellar el carácter moral de todos los indios de la Isla, involucrando á los de Borínquen en igual concepto; pero el poco tacto filosófico y la falta de lógica en Oviedo se han encargado de colocar al lado de la exageracion la contradiccion misma. ¡Estraño país aquel en que los hombres eran más comedidos y virtuosos que las mujeres!

Dice además Oviedo en el (libro V, cap. 3º): “En el tiempo en que el comendador mayor Don Fray Nicolás de Ovando gobernó esta Isla, hizo un *areyto* antel Anacaona, mujer que fué del cacique ó rey Caonabó (la qual era gran Señora): é andaban en la danza más de trescientas doncellas, todas criadas suyas, mujeres por casar; porque no quiso que hombre ni mujer casada (ó que oviesse conocido varon) entrassen en la danza, ó *areyto*.”

¿Qué significa este ejemplo de austera continencia en las trescientas doncellas de Anacaona de que nos habla el mismo Oviedo, si no la práctica de severas costumbres y la conciencia de su significacion moral? El hecho de conservar un pueblo salvaje y licencioso en sus costumbres trescientas doncellas, es prueba evidente de que se hallaba en posesion de un notable principio de moral, del que era celoso custodio el monarca, y le conservaba para enaltecer el prestigio de la autoridad de su esposa, y es indudable que semejante práctica encontrase resonancia en sus vasallos.

Convienes aquí hacer constar que Oviedo dá primeramente á Anacaona por esposo á Caonabó y luego á Behechío.

Herrera, en la *Década* 4ª, libro V, fólío 81, asegura que los indios no conocian carnalmente á sus parientes en primer grado, ni se enlazaban con éllas, porque vivian en la creencia de que los incestuosos morian de mala muerte.

El amor conyugal, llevado al extremo de enterrarse vivas algunas mujeres con el cadáver de su esposo, parece invencion de Oviedo (libro III, capítulo 5º) inspirada en las costumbres de otros países de la India, pues no expresa el nombre del cacique y lugar en que haya presenciado tan bárbara ceremonia, desconocida en toda América.

Los historiadores que no poco se han esforzado

en describir los vicios de los indios, apenas tributan algunas palabras de elogio, tan bien merecido, á las virtudes de éstos y á otras buenas cualidades y costumbres que interesa conocer. Parece que estas cualidades han pasado inadvertidas para dichos cronistas, ó no quisieron incluirlas en sus á veces extensos y minuciosos relatos, con frecuencia despojados de todo interés.

Desconócense, pues, completamente las relaciones familiares del pueblo indo-borinqueño. Ya sabemos que, constituida la mujer en esclava y el hombre en dueño, á su antojo elegía compañera y la abandonaba con la misma libertad, sustituyéndola con otra y volviendo nuevamente á la primera. De este modo el vínculo conyugal no conocia más lazos que el apetito carnal; no existia, ni puede concebirse donde no imperan los sanos principios que constituyen á la mujer en esposa; pero los sublimes sentimientos de madre que la naturaleza misma ha grabado en el corazon de todo sér femenino, hasta en los irracionales, subsistian en toda su fuerza y vigor en el corazon de la india, y convertíanlo en asilo y manantial de afecto y de ternura.

Ejemplo de amor filial y obediencia á sus padres es el de Guaybana I, que habia recibido á los españoles con muestra de sincera amistad, conservándola hasta su muerte, y observando con esta conducta el acatamiento á los consejos que recibiera de su madre y padrasto.

Este ejemplo de sincera y estrecha relacion entre padre é hijo, sostenido durante toda la vida, debia necesariamente reflejarse del soberano á sus súbditos, representando la vida normal de la familia; pero seria mucho aventurar, si de este ejemplo aislado sacáramos generales consecuencias.

Las primeras manifestaciones de la nocion del derecho de propiedad entre nuestros indios, se observa en el horror que les producía el hurto, delito que se castigaba con la pena de muerte, inexorable en la ejecucion,

aún cuando fuese de poco valor el objeto hurtado. La intercesion en favor del reo para que la pena fuese perdonada ó conmutada, era tambien objeto de escándalo, aún cuando el mediador fuese padre, pariente ó amigo del reo. Convicto éste, la sentencia se ejecutaba empalándolo vivo y abandonándolo en el campo hasta que moria.

El castigo era horrendo, propio de un pueblo bárbaro, y no guardaba relacion con la magnitud del delito, por grande que este fuese ; pero las consecuencias de esta ley debian ser tambien trascendentales, imprimiendo á aquella sociedad un carácter de significacion moral que influia en sus demás hábitos y daba á sus primitivas instituciones legales un concepto favorable.

De todas maneras debemos reconocer que semejantes principios proclamados y observados con inflexible severidad no podian subsistir solos y sin el concurso de otros no ménos ejemplares y severos, y que estas virtudes, manifestadas en una sociedad salvaje, no siempre las han poseido en tan alto grado otros pueblos que se llaman civilizados.

El respeto á la propiedad agena implica el respeto á su poseedor ; es la salvaguardia que tiende su escudo sobre el honrado trabajador y le estimula en sus tareas constantes : de sus garantias dimana la tranquilidad y bienestar generales. El pueblo adopta un temperamento pacífico y respetuoso, despiértanse los deseos de adquirir y poseer por los medios legales, las necesidades se acrecientan, el progreso se abre paso insensiblemente, penetra en aquella sociedad y derrama en élla su tesoro de abundancia y bienestar, y aquel pueblo, reconociendo la libertad en sus buenas instituciones, rechaza con valor y energía al enemigo intruso que pisotea su hogar, lo despoja de su hacienda y le somete á infamante servidumbre, como recibe en sus brazos al amigo leal y desinteresado que le ofrece alianza para el sostenimiento de sus preciados fueros, conduciéndole,

honradamente por la senda del progreso, á su prosperidad y esplendor.

No son vanas reflexiones las que aquí exponemos: son la manifestacion lógica y natural de la vida de los pueblos, y entre las virtudes que reconocemos en los indios no es el valor la que ménos dieron á conocer. Bien claramente demostraron á los españoles su amor á la libertad, proclamándose en abierta rebelion el año 1511 y (despues de comprobada la mortalidad de éstos con la muerte del desventurado Salcedo) asaltaron la poblacion de Sotomayor, arrasándola á fuego y sangre, de la que tan sólo algunos valientes pudieron escaparse venciendo el furor de las llamas y peleando heroicamente al lado del intrépido Don Diego de Salazar.

Don Juan B. Muñoz, en su Historia del Nuevo Mundo, tomo I, refiere que los indios recogidos por Colon en la Guadalupe, en su segundo viaje, pintaban á *Boríquen* fértil, bien poblada y cultivada; sus habitantes pacíficos... pero flecheros, valientes y aguerridos por las continuas incursiones de los caribes. La cualidad del valor, cuando las circunstancias lo requieran, la confirman asimismo los demás cronistas: “ Estos indios de Sanct Johan eran flecheros é hombres de guerra.” (Oviedo, libro XVI, capítulo 2º)

Los caribes de las pequeñas islas de Barlovento, al acometer á los de Borínquen en sus incursiones y practicar todo género de fechorías, dando comienzo por el pillaje que éstos detestaban, se convertian en sus encarnizados enemigos, siendo aquéllos rechazados con valor y firmeza. En cambio cultivaban amistosas relaciones con los indios de la Española ó Santo Domingo. La causa de esta nunca perturbada alianza con los dominicanos y su implacable odio á los caribes, explican la identidad de origen con aquéllos y la diversidad con éstos. Un mismo clima, idéntica vejeticion, iguales condiciones del suelo y de la naturaleza, establecian tambien igualdad de costumbres, caractéres é inclinaciones.

No señalan los cronistas un sólo hecho de guerras intestinas entre las diversas tribus ó diferentes caciques de la Isla, aunque parecian gozar de cierta independencia ocasionada á rivalidades.

Volvemos á recordar, como última prueba del carácter pacífico y costumbres relativamente morigeradas del pueblo indio, que si bien sus *areytos* terminaban á veces por la embriaguez, no perturbaban el orden riñas graves; últimamente, el homicidio debe considerarse como un acto sumamente raro entre los indios de esta Isla, teniendo en cuenta aquél carácter pacífico, y la circunstancia de no registrarse la más leve indicacion de semejante crimen en las narraciones de los historiadores.

La embriaguez, término ordinario de los *areytos* no es costumbre exclusiva de un pueblo. Este feo vicio lo encontramos en los pueblos civilizados como consecuencia legítima del pauperismo y la ignorancia, y en los primitivos de su natural degradacion. En los primeros es tanto más frecuente cuanto más descendemos á las capas inferiores de la sociedad en medio de las ménos favorecidas por la fortuna, aquella gente, que libran su subsistencia á fuerza de un trabajo rudo y continuado, sin esperanza de alcanzar una posicion ventajosa, donde el salario no guarda relacion con la rudeza del trabajo; ó bien en aquellas capas del pueblo que por efecto de una educacion mal dirigida y pervertida, los sentimientos generosos no han logrado elevarse y fortificarse bien.

Para el indio la embriaguez no revestía el grave carácter de un repugnante vicio; era más bien considerada como un abuso temporal de las bebidas fermentadas y del tabaco. En sus *areytos*, mientras unos bailaban, otros ofrecian el calabazo de *chicha* á los danzantes, y esto se repetia hasta que el exceso de la bebida los embriagaba uno á uno, cayendo rendidos en tierra, sin sentido. Los primeros que caían eran separados del sitio para que no estorbasen á los demás danzantes, que

á su vez caían, reducidos al lamentable estado de embriaguez; y sin embargo de ser esto tan general costumbre entre los concurrentes, y originado á consecuencias más graves entre beodos privados momentáneamente de la razón, ningún cronista refiere escándalos, pendencias, riñas ó lesiones y muertes ocurridas en aquellas bacanales. No parece sino que el carácter pacífico de los indios era poco inclinado á este género de groseros excesos. Ni eran los *areytos* la única ocasión que escogían para entregarse con exceso á la bebida y á las ahumadas, ni todos los *areytos* terminaban de esta manera, sino aquéllos en que celebraban algún acontecimiento notable. “Esto quando el *areyto* es solemne é efecto en bodas ó mortuorios ó por una batalla, ó señalada victoria é fiesta; porque otros *areytos* hacen muy á menudo sin se emborrachar.” (Oviedo, libro V, cap. 1.º)

Otra manera de embriagarse consistía en las ahumadas por medio del tabaco, planta que pronto alcanzó carta de naturaleza universal, importada á todos los países del mundo.

“Usaban los indios desta Isla, entre otros vicios, uno muy malo, que es tomar unas ahumadas, que ellos llaman *tabacos*, para salir de sentido. Y esto hacían con el humo de cierta hierva.... los caciques é hombres principales tenían unos palillos huecos del tamaño de un xeme ó menos, de la grosera del dedo menor de la mano, y estos cañutos tenían dos cañones respondientes á uno, é todo en una pieza. Y los dos ponían en las ventanas de las narices é el otro en el humo é hierva que estaba ardiendo ó quemándose;.... é tomaban el aliento é humo para sí una é dos é tres é mas veces, quanto lo podían porfiar, hasta que quedaban sin sentido grande espacio, tendidos en tierra, beodos ó adormecidos de un grave é muy pesado sueño. Los indios que no alcanzaban aquellos palillos, tomaban aquel humo en unos cálamos ó cañuelas de carrizos, é á aquel instrumento con que toman el humo, ó á las

cañuelas que es dicho, llaman los indios *tabaco*, é no á la hierba ó sueño que les toma (como pensaban algunos) ese tomar de aquella hierba é zahumerio no tan solamente les era cosa sana. pero muy sancta cosa.” (Oviedo, libro V, cap. 2º)

Oviedo, una vez apasionado, otras inverosímil, parece haber grabado en esta narracion un testimonio de su credulidad y ligero sentido crítico.

Primero dá á entender, que al acto de embriagarse por medio de la planta del tabaco, ó sea á lo que hoy se llama *fumar*, llamaban los indios *tabaco*; despues, que daban este nombre al instrumento con que absorbían el humo, y no á la planta.

La narracion toda se hace sospechosa de pura invencion de los que relataron este hecho á Oviedo. Por muy estúpidos que se considere á los indios, fácilmente se les alcanzaría que era más sencillo y cómodo absorber el humo por la boca, y no por las fosas nasales, cuya irritable membrana pituitaria apenas toleraría el contacto de los cañutos. No es ménos extravagante suponer que los caciques emplearan como distintivo de su alcurnia los cañutos, introduciéndolos con gran molestia en las narices, y los vasallos escogieran la forma más sencilla, fácil y cómoda. Lo más probable es que los indios introdujeran en un extremo del cañuto el tabaco encendido y lo fumaran á manera de boquilla ó pipa por el extremo opuesto, chupando por la boca y no por la nariz. La nicotina, ó sea el principio activo y alcaloide altamente narcótico del tabaco, pronto demostraba su poder, causando la embriaguez bajo la forma de un sueño ó letargo profundo.

Aptitudes intelectuales. Ninguno de los cronistas de Indias ni de sus comentadores ha dispensado atencion especial á esta importante cuestion etnológica, digna de la clara inteligencia y de la meditacion del observador y del filósofo.

Para apreciar debidamente las aptitudes intelectuales de un pueblo, debe estudiarse su grado de civilizacion desde dos puntos de vista distintos: el de la masa en general, y de los corifeos que por su valor, astucia, talento y experiencia personales se han elevado por sobre el nivel ordinario de sus contemporáneos. Examinando las causas que originan uno ú otro resultado, vemos que el atraso intelectual de un pueblo puede ser accidental ó permanente, ya obedeciendo á una instabilidad física, ya á efectos de viciosas y corrompidas instituciones que opriman el espíritu en su libre curso por la senda del progreso; en último caso puede obedecer á obstáculos naturales que el hombre no ha logrado vencer.

En la culta Europa, en los paises que marchan á la cabeza de la civilizacion, se encuentran confundidos en la colectividad caracteres de muy diversos grados de capacidad intelectual; pero entre unos y otros se extiende una gradacion de tránsito insensible. ¡Cuánta distancia y cuántas gradaciones de transicion existen entre el sabio y el rústico sin instruccion! Aquél nacido en populosa metrópoli y madurada su inteligencia al calor de fecundas enseñanzas, rodeado de un concurso de eminencias, en medio de todos los recursos que han creado y atesoran las artes y las ciencias y le facilitan el acceso á la meta de sus grandes aspiraciones compenetrándole de todos los elementos que constituyen el saber humano. En cambio el aldeano sencillo, nacido en humilde y apartado rincon, apenas apercibe los resplandores de aquel foco de luz que jamás ha comunicado vida y animacion á su pesada inteligencia; apenas ha pisado los primeros peldaños de la vida culta é intelectual.

La diferencia adquiere proporciones mayores cuando desde el corazon de Europa, en que palpita la más poderosa vida intelectual y germinan todos los elementos del movimiento científico universal que trasmite á los confines del orbe entero, nos trasladamos súbita-

mente hácia las regiones polares y penetramos en las nevadas regiones, en las moradas del esquimal inhábil para expresar sus propios pensamientos; y si cotejamos el rubio esquimal con el negro salvaje del centro de Africa, encontramos que, intelectualmente reconocidos, no existe variedad notable; el cerebro de uno y otro apenas se conmueve al impulso de los fenómenos admirables con que la naturaleza de ambos países debiera sorprenderlos con frecuencia. El espíritu de observación está reducido á los estrechos límites de la glacial indiferencia del uno y del embrutecimiento del otro; ninguna comparacion entre los objetos que le rodean les conduce á juicios concluyentes, y si compara y juzga, parte de un principio erróneo que origina comparaciones absurdas y juicios ridículos. Y sin embargo, entre el aldeano del centro de Europa y el esquimal ó el habitante del centro de Africa hay una distancia mucho mayor que entre aquél y el sabio que le comunica los beneficios y resultados prácticos de su talento natural y cultivado.

Determinan además las aptitudes é inclinaciones morales é intelectuales de un pueblo circunstancias diversas. Las costumbres y los hábitos arraigados, si bien se aprecian á veces en el orden de las circunstancias que originan el grado de cultura y civilizacion alcanzada, otras, por el contrario, más bien parece que se constituyen en causas. Accidentalmente hemos tratado de algunas costumbres de nuestros indios; aquellas que imprimen carácter á sus condiciones morales y aptitudes intelectuales se han desarrollado en la extension posible y especialmente en cada capítulo.

Las instituciones que constituyen la vida pública de una sociedad dan una idea de sus disposiciones en el orden moral é intelectual, y ya hemos hablado de ellas. En el principio de este capítulo hemos descrito el carácter físico de los indios, que no podía ménos de influir en sus aptitudes intelectuales, y no estará demás

repetir que el pueblo indo borincano, en este concepto, era apto para apropiarse una avanzada civilizacion, de manera que, si los europeos, primitivos conquistadores, en lugar de exterminar cruelmente todo un pueblo indefenso y débil, pero pacífico y sumiso, le hubieran conducido por los medios adecuados á la conquista de la cultura y civilizacion, mediante pocos esfuerzos y en breve tiempo el éxito hubiese coronado su obra; obra más digna de un pueblo cristiano, y la posteridad hubiese grabado con letras de oro aquélla epopeya que, si bien fué rica en hechos heróicos, aventuras y maravillas, tambien se muestra harto saturada de impurezas que manchan sus gloriosas páginas y oscurecen su brillo y esplendor.

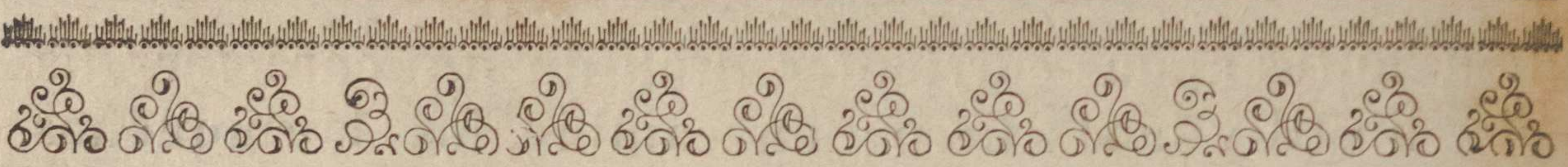
Del reconocimiento practicado en muchos cráneos de indios de la América central y Venezuela no resulta imperfeccion tan manifiesta que constituya impropiedad en sus cerebros para entregarse á especulaciones de cierto orden elevado. Las raras deformidades craneanas que describen algunos viajeros, y de las que posteriormente se han encontrado ejemplares, son debidas á manipulaciones ejercidas en la primera edad y sostenidas hasta aquella en que empiezan á solidificarse los huesos craneanos; pero la forma normal no presenta irregularidad ó deformidad alguna que constituyese á la vez vicio de funcion.

No habia cojos ni tuertos, nos dice Oviedo; deseáramos saber si los cronistas observaron dementes, locos ó idiotas, pues al dar aquélla noticia y callar ésta, es de suponerse que tampoco los vieran, ya porque haya sido muy escaso el número de los alienados entre los indios, ó porque los sacrificaban ó abandonaban á su suerte, una vez reconocida su incapacidad ó nulidad, convirtiéndose en un verdadero obstáculo para la vida social.

Agentes exteriores suelen gravitar con todo el peso de su influencia en el desenvolvimiento fácil ó difícil, rápido ó lento de un pueblo. Los caribes, moradores de las islas pedregosas, estériles y faltas de

abundantes aguas corrientes, eran de un carácter discolo, hostil y hasta fiero; en cambio, los borinqueños, habitantes de un país fértil, abundante en puras aguas potables, de bellísimos paisajes, cruzado de hermosas montañas y extensas llanuras de un suelo fecundo, nada tenían que envidiar á sus vecinos, vivían felices en el suelo patrio, de donde jamás salían á inquietar á otras tribus; su carácter era naturalmente dulce, afable, servicial, pacífico y hospitalario, construían sus cabañas y utensilios y ejercían un cierto grado de agricultura. Esa misma fertilidad y abundancia de la Isla despertaba la codicia de los caribes, y la fuerza irresistible de la necesidad les obligaba á invadir á Borínquen y arrebatarse en épocas de escasez de grado ó por fuerza todo lo necesario á su subsistencia. Los etnólogos concuerdan en que la forma cuadrada ó angular de las chozas y el ejercicio de la agricultura son pruebas de una civilización superior en los pueblos salvajes, en la que debemos colocar al primitivo de esta Isla.

Para apreciar el grado de cultura del indio borincano y sus aptitudes intelectuales, debemos además ocurrir á fuentes más ricas y pródigas, como lo son el lenguaje, del que se tratará en el próximo capítulo y de sus obras artísticas. Estas son variadas, y la mayor parte contruidas de rocas; hachas, bandas, figuras, morteros, amuletos, etc. En su contruccion se empleó tiempo, constancia é inteligencia; pero las formas relativamente perfectas, aunque monstruosas, y la simetría admirable hablan claro al observador y le persuaden de que el pueblo indo-borincano poseía aptitudes intelectuales en alto grado. La descripción de estas obras de arte será objeto de otro capítulo.



LENGUAJE.

Se llama *lenguaje* al idioma ó lengua particular de cada nacion ó provincia, ó sea al conjunto de voces y construcciones particulares de uso corriente y general.

Extinguida la raza de indios borinqueños, con élla desapareció tambien su lenguaje, cuyos únicos vestigios tenemos en algunas docenas de palabras conservadas en las relaciones de los cronistas, y en los nombres de algunos animales, plantas y otros objetos.

La voz articulada es una de las manifestaciones más convincentes del grado de desarrollo intelectual de un pueblo y de sus aptitudes mentales. El embrutecimiento ó la incapacidad de las funciones cerebrales se manifiesta evidente en su lenguaje. Este es regularmente monosílabo y disílabo en los pueblos primitivos; mas en otros, aunque su civilizacion sea primitiva, pero cuyas aptitudes están por la naturaleza ya fijados en una organizacion cerebral perfecta, la inteligencia ha constituido términos diferentes para denominar los diversos objetos. Las relaciones de sexo, modo, tiempo y cantidad, al principio expresados por medio de la mímica ó señas, más tarde se van sustituyendo por inflexiones de las palabras que con el tiempo se generalizan y se fijan definitivamente.

En todas partes representa el lenguaje, en primer lugar, el agente más culminante, é indispensable condicion que prepara á los pueblos á la adquisicion de nuevas conquistas de cultura y á la vez se demuestra como medio de conservarlas y engrandecerlas. La escritura tiende á fijar el lenguaje. Un pueblo que carece de escritura, su lenguaje amenaza extinguirse, despues de sufridas sucesivas y rápidas modificaciones. De aquí debe deducirse, que los pueblos que carecen de escritura, no poseen sino dialectos y no lenguaje, y como en cada dialecto se halla latente el gérmen de una nueva forma de lenguaje, resulta que los indios de Borínquen, más bien que lenguaje, poseian un dialecto en incesante evolucion. Los viajeros etnógrafos han reconocido este hecho en todos los pueblos incultos y primitivos que han recorrido, hasta el extremo de encontrar en una extension relativamente corta, un número considerable de dialectos. Esta observacion no es nueva. Ya Plinio refiere, que los romanos empleaban 130 intérpretes para las 300 tribus de los polígrotas de Colchis, y las relaciones de los exploradores modernos abundan en referencias que confirman este principio.

La cultura que habian alcanzado estos indios estaba ya muy léjos de aquella edad genuinamente primitiva del lenguaje monosilábico constituido por raíces independientes, que aún conservan los idiomas chino, tibetano, marahua, siamés y bírmanno. Al lado de algunas palabras disílabas: *cemí, duho, hico*, encontramos muchas trisílabas: *canoa, cabuya, tabaco*, no pocas tetrasílabas: *guanábana, matuserí, Humacao* y otras de difícil pronunciacion: *Agueynaba ó Guaybana, Guarionex, guaraguao*.

Cada lenguaje posee ciertas voces y cada pueblo tiene cierta volalizacion peculiar que constituye, por el uso constante desde la primera edad, en los órganos fonéticos una especial disposicion ó configuracion permanente, la que determina el dialecto ó la parte armónica en las funciones de dichos órganos vocales; y á

tanto alcanza esto, que, por ejemplo, el sonido sibilante que el aleman imprime con la mayor facilidad á la *tz* y *sch*, y el inglés á la *sh*, es difícil hacerle ejecutar con la misma propiedad á los de las lenguas de origen latino. Al contrario, los de las lenguas germana y anglo sajona encuentran dificultad para pronunciar nuestra *ñ* y *ll* como lo hace un español. Así tambien en el lenguaje indio observamos ciertos sonidos, sílabas, diptongos ó terminaciones que parecian ser peculiares á su idioma; pero sentimos no poder llegar á resolver en qué relacion se hallan estos sonidos con la etimología de las palabras en cuya composicion figuran, aunque no es aventurado admitir que el *oa*, *ao* y *ey* del indio tenian en sí significacion radical, y estas voces raices, unidas á otras, componen un gran número de sus vocablos más generalmente en uso.

Los filólogos clasifican en general las lenguas americanas en el grupo de las *holofrásticas*, del orden de las flexivas, en que las palabras están constituidas por dos ó más raices, íntimamente aglutinadas ó fundidas. Siguiendo la clasificacion del filólogo aleman Steinthal, las lenguas indo-americanas corresponden al grupo de las privadas de forma, clase de las declinantes ó conjugantes.

El lenguaje de los indios borinqueños debia de ser idéntico ó casi idéntico al de los de Santo Domingo. Así lo expresan los cronistas, y así debe reconocerse, atendiendo al continuo comercio y la fraternidad sostenida entre ellos, y su identidad de origen, como ya lo hemos procurado probar en el artículo que trata del origen de ambos pueblos. “En las aves é animales, é pescados é árboles y en el traje é hábito y en la manera de la gente, no difieren de cosa alguna de lo que tengo dicho de la Isla Española, excepto que estos indios de Sanct Johan eran flecheros, é más hombres de guerra.” (Oviedo, libro XVI, cap. 3º)

Los demás cronistas é historiadores se hallan con-
testes con Oviedo. En la Isla de Cuba encontraron

los conquistadores ya otra lengua distinta á la que se hablaba en dichas dos islas, Borínquen y Española. El lenguaje de los caribes era completamente distinto al de estos pueblos, como lo eran tambien su origen, sus costumbres, hábitos é inclinaciones; pero es probable que existieran dialectos, no solamente en ambas islas, sino que tambien las lenguas de Borínquen y Española se aproximaran á las habladas en los extremos y centro de Cuba.

Si bien no han quedado indios de dichas dos islas hermanas que conserven su lenguaje primitivo y puedan ofrecer las pruebas de la clasificacion establecida para su idioma, no hay tampoco razon admisible para excluirlas del concierto lingüístico en que los filólogos han incorporado á tantos otros de los grandes continentes, cuyos habitantes han de reconocer en su origen una filiacion sin solucion absoluta de continuidad. En esos continentes aún quedan los restos vivos de muchas tribus ó de muchos y diferentes pueblos, cuya lengua puede servirnos de punto de comparacion y de partida para establecer declaraciones admisibles en cuanto respecta á la del indio borincano, y de sus idiomas tenemos ya extensos vocabularios, y hasta conocimientos gramaticales de no poca importancia.

Partiremos, pues, de lo conocido para buscar lo desconocido, ya que carecemos de una base más sólida sobre qué reconstruir y restaurar lo que el tiempo y la muerte han sepultado en la eterna y oscura noche del olvido.

No nos podemos resolver á negar cierta identidad ó al ménos cierta semejanza en el modo y la forma de expresar unos y otros sus pensamientos, la vida del espíritu, combinando los términos radicales ó alterando su estructura, aunque la clase ó la especie de radicales fuesen tan distintas como grupos de pueblos puedan reconocerse en ambos continentes, fraccionados en el transcurso del tiempo por la ramificacion de un tronco comun. Los pueblos aún semisalvajes, cuya lengua ha sido objeto de estudio, y que habitan el continente

americano en su mayor inmediacion á las Antillas, son los Guajiros, que tienen su asiento en la Península Guajira al N. de Venezuela; los Arrowakos ó Aruakos al N. del delta del Orinoco; los Motilones, vecinos de los primeros, los Maya de Yucatan y algunos otros.

Es, en mi concepto, un error el querer deducir de la semejanza casual de alguna palabra india con otra de las lenguas antiguas del viejo mundo de idéntica significacion, que el origen de aquélla arranca de éstas, y probar sin otro razonamiento más sólido, bien una fortuita comunicacion al través del Atlántico, ó traer su origen salvando el estrecho de Behring, obra que hubiese en ambos casos requerido el transcurso de muchísimos siglos, dada la lentitud y dificultad de comunicacion en el estado de atraso de aquellos pueblos. La similitud de alguna palabra indo-americana, y especialmente en estas regiones, con igual término de las antiguas lenguas del viejo mundo ó con la árabe, no reconoce otra causa que la mera casualidad. Puede servir de ejemplo la palabra *luna*, en motilon *kuna* y en caribe *nuna*.

Muchas tribus que suelen cultivar el comercio con otras de diferente lengua, forman nombres tomándolos de sus vecinos, ó éstos se los imponian á aquéllos y vice-versa; y en toda la línea divisoria en que se abrazan los pueblos, se confunden sus costumbres, ideas, lenguaje y hasta su índole, como en la desembocadura de un rio se confunden y entremezclan las aguas saladas del mar, impelidas por el flujo, con las dulces del torrente que se precipita en el océano. Pero no es esta la sola circunstancia que prepara esa lengua amalgamada, precursora de un nuevo idioma. El indio tiene el hábito de incorporar términos exóticos á su lenguaje y de cambiar hasta sus nombres con los de individuos de otras tribus y naciones, en señal de amistad: era una fórmula sacramental que establecia entre los que cambiaban sus nombres un parentesco espiritual obligatorio de mútuo respeto y consideracion; sellábase con

esta fórmula un pacto de alianza absoluta. Herrera en su libro 7º, cap. 4º, hablando del recibimiento que tuvo Juan Ponce de Leon por Guaybana dice: "Los cuales recibieron y aposentaron á Juan Ponce y á los suyos, con mucho amor, y el cacique trocó su nombre con él, que era hacerse *quatiaos*, llamándose Juan Ponce, Guaybana; y Guaybana, Juan Ponce, como arriba se dijo, que era señal, entre los indios de aquellas islas, de perpétua consideracion y amistad. A la madre del cacique llamó Doña Inés, y al padrasto Don Francisco; y aunque no se quisieron bautizar, se quedaban con estos nombres, que los cristianos les daban á su voluntad."

Es lógico y natural encontrar afinidad en las lenguas de las tribus próximas, y más aún, cuando entre ellas ha existido identidad de origen ó frecuente comercio y relaciones amigables. En el transcurso del tiempo los pueblos cambian sus voces mutuamente ó las modifican y transforman, llegando á este paso á la institucion de idiomas completamente nuevos. La invasion de un pueblo funde y amalgama la lengua de éste con la del pueblo invadido y sometido. Así es que se han constituido la mayor parte de las lenguas europeas de origen latino, despues de la dominacion romana; en la lengua española se conservan muchos términos de origen árabe, etc. Los motilones dicen al pié *pisá* probablemente tomado del español pisar.

Comparando el vocabulario de las lenguas maya, motilon, guajira y arrawak con la borinqueña, no encontramos palabra alguna de la primera que se le asemeje lo suficiente para reconocer identidad de origen: eran dos pueblos completamente separados, sin ningun género de comunicacion, y distantes uno del otro. En las otras aparecen algunos vocablos iguales ó parecidos, como se verá por la siguiente comparacion:

bor. hamaca,	arraW,	hamaca,	guaj. jama.
„ iguana,	„	yoana,	„ iguana.
„ canoa,	„	kanoa,	„ anúa.

jiros *iru*; pero éstos las usan generalmente poco, y prefieren el lenguaje mímico tan comun y generalizado en los pueblos incultos.

Ambas tribus reconocen dos géneros, el masculino y el no masculino, ó sea el neutro, fundiéndose en éste el femenino; el adjetivo masculino termina en *i* y el neutro arawako en *u*, y en guajiro en *e*. Los nombres de seres y objetos femeninos se consideraban asimilados ó equiparados á los de objetos inanimados. Así dice el primero: *bassabantu*, niñita, y el último: *jashia anahí*, buen hombre, y *jiér anase*, buena mujer. Para el indio la mujer no es una persona, sino una cosa. Se le dá al adjetivo neutro ó femenino la terminacion masculina, cuando se quiere distinguir el objeto ó la persona que se nombra. Este mismo precepto gramatical se observa en la lengua de los Irokesos y otras tribus americanas en que la mujer es considerada con cierto menosprecio respecto al hombre.

Los nombres propios de personas, ó mejor dicho, sus apellidos ó nombres de familia, pues no se daban nombres individuales, eran derivados de animales, plantas y otros objetos sobre los que hacian recaer condiciones ó propiedades especiales, para ellos de gran valor, imaginándose que, con el hecho de darse el nombre, quedaban adornados con los atributos de aquellos objetos. Esta costumbre se encuentra generalizada en todas las tribus de ambos continentes de América, é indudablemente que existia tambien entre los borincanos; pero no hemos podido descifrar la etimología de los nombres que dieran á sus caciques, que ya hemos citado en el capítulo que trata de su gobierno.

Es probable que los borincanos usasen de los demás para contar, asimilando los nombres de la numeracion al de los dedos de las manos. Los arawacos y los guajiros lo hacian de este modo; los últimos empiezan por la izquierda y dicen *jarai*, listo, cuando han concluido con esta; los primeros dicen *abba-tekable*, es decir, una mano. El número 6 lo expresan los pri-

meros con una palabra que significa tanto como “agrego un dedo de la otra mano,” los últimos dicen *aipirú* ó *jépiru*, dedo, casi igual á aquéllos. En guajiro 8 es *mekisor*, que significa dedo medio de la mano derecha, es decir, los 5 de la izquierda, más 3 de la derecha. Ésta última palabra puede considerarse compuesta de *maiki-kisa*, es decir, muy-cabeza ó punta-dedo-mano (dedo más largo de la mano). De igual manera componen los números 7 y 9 auxiliados por los dedos de la mano derecha. Cuando los guajiros han contado todos los dedos de las dos manos, dan con ellas una vez: han contado 10, *poró*, palabra que parece compuesta de *japó*, mano y *roj*, dar, frotar ó sacudir en arawaco.

Sus decenas las expresan agregando á la unidad la terminacion *shi* ó *she* y la palabra *ki*, persona ó cabeza: 2 *piamu*, 20 *piamushi-ki*; 3 *apuni*, 30 *apunishiki*; 4 *pienche*, 40 *piencheshi-ki*, etc.

Los arawacos y otras tribus indias suelen apelar tambien á los dedos de los piés para contar.

Daremos á conocer algunos nombres de la numeracion de la lengua maya. Desde el 1 hasta el 9 tiene cada número su nombre especial: el 10 se expresa anteponiendo *la* al uno *hun*; el 11 tiene su propio nombre simple; el 12 se expresa anteponiendo *lah* al dos, *ca*; el 13, al revés se compone anteponiendo el 3 *ox* al 10 *ahun* ó *lahun*, así sucesivamente hasta el 19. El 20 se forma anteponiendo á la palabra *ukal* el *hun*, es decir, un veinte: y para distinguirlo del 21 se le intercala, para expresar este número, la sílaba *tu*. Por este orden se sigue formando toda la numeracion, cuyos principales números vamos á copiar á continuacion.

1	hun.	20	hunkal.
2	ca.	21	huntucal.
3	ox.	22	catukal.
4	can.	23	oxtukal.
5	ho.	30	lahucakal.
6	uac.	31	buluctukal.
7	unc.	40	cakal.
8	uaxac.	41	huntuyoxkal.
9	bolon	50	lahuyoxkal.
10	lahun.	51	buluctuyoxkal.
11	buluc.	60	oxkal.
12	lahca.	61	huntucankal.
13	oxahun.	70	lahucankal.
14	canlahun.	71	buluctucankal.
15	holhun.	80	cankal.
16	uaclahun.	81	hutuyokal.
17	uuclahun.	90	lahuyocal.
18	uaxaclahun.	91	buluctuyokal.
19	bolonlahun.	100	hokal.

Siguiendo el orden de la analogía gramatical daremos á conocer algunos pronombres.

PERSONALES.

<i>Arawako.</i>	<i>Guajiro.</i>	<i>Maya.</i>
—	—	—
<i>Yo</i> —dai.	taya.	ten y en.
<i>Tu</i> —büi.	pia.	tech y ech.
<i>Él</i> —lü y tuhu.	nia.	lay y laylo.
<i>Nosotros</i> —wai y hua.	guaya y hua.	toon y on.
<i>Vosotros</i> —hüi y hü	jia y j'	teex y ex.
<i>Ellos</i> —nai, nua y naha	naya.	loob y ob.

La primera forma de la lengua maya se usa para los verbos activos ó transitivos, y la segunda para los neutros ó sustantivos.

POSESIVOS.

<i>Arawako.</i>	<i>Guajiro.</i>	<i>Maya.</i>
<i>Mio</i> —da.	ta y te.	or mine.
<i>Tuyo</i> —bu.	pa, pö, pi.	or thine.
<i>Suyo</i> —li, ti.	na, nö, ni y sa, sö, si.	or his.
<i>Nuestro</i> —wa.	gua, gue, gu.	or ours.
<i>Vuestro</i> —hü.	ja, ji, ju.	or yours.
<i>Suyos</i> —na.	na, ni, su y sa, si, su.	or theirs.

DEMOSTRATIVOS.

<i>Arawako.</i>	<i>Guajiro.</i>	<i>Maya.</i>
<i>Este</i> —kia.	chi, chira.	Los mismos posesivos.
<i>Esta, esto</i> —tuho, tu- rreha.	tu, töra.	

INTERROGATIVOS.

<i>Arawako.</i>	<i>Guajiro.</i>
<i>Quien</i> —hallikai.	janá y jarár.
<i>Que</i> —hallikán.	kasá.

En las lenguas indias, el pronombre no siempre se antepone al verbo, y los tiempos suelen constituirse con partículas inter ó postpuestas.

Estas partículas son :

<i>Arawako.</i>	<i>Guajiro.</i>
<i>Presente</i> —ka, á.	shi, in.
<i>Pretérito</i> —bi.	aiá-shi.
<i>Imperfecto</i> —buna.	ichipa, irpa.
<i>Pluscuamperfecto</i> —kuba.	ata-ichipa, ata-irpa.
<i>Futuro</i> —ipa.	éiche, éire.

Los que se han dedicado al estudio de estas lenguas han creído reconocer en cada una de ellas varias conjugaciones de verbos, y hasta algunos irregulares; así, por ejemplo, en la lengua maya hay cuatro conjugaciones. La primera comprende todos los verbos neutros, los demás son activos ó intransitivos. Los primeros terminan todos en infinitivo en *l*, el presente en *i* y el futuro en *c*: dormir, *uenel*, *ueni*, *uenec*.

La segunda conjugacion termina el infinitivo en *ah*, el perfecto igualmente en *ah*, posponiéndosele el verbo auxiliar, y el futuro en *z*.

A la tercera conjugacion pertenecen todos los monosílabos; forman el pretérito agregando *ah* y el futuro *e* ó *ab* indistintamente; recibir, *kam*, *kamah*, *kame* y *kamab*.

La cuarta conjugacion forma el pretérito agregando *tah* y al futuro *té*: adorar, *kuul*, *kuultah*, *kuulté*.

Ejemplo de un verbo de la segunda conjugacion en presente y en perfecto de indicativo. Enseñar, *cambezah*:

PRESENTE.

Yo enseño.	Ten cambezic.
Tu enseñas.	Tech “
Él enseña.	Lay “
Nosotros enseñamos.	Toon cambezic.
Vosotros enseñais.	Teex “
Ellos enseñan.	Loob “

PRETÉRITO PERFECTO

Yo he enseñado.	Ten cambezic cuchi.
Tú has “	Tech “ “
Él ha “	Lay “ “
Nosotros hemos enseñado.	Toon “ “
Vosotros habeis “	Teex “ “
Ellos han “	Loob “ “

Damos á conocer á continuacion cierto número de términos indios del lenguaje indo-borincano y dominicano. Unos los hemos tomado de los cronistas, otros aún se conservan en uso, ó se refieren á animales, plantas y otros objetos propios de estas Islas, cuyos nombres indios aún se les aplica.

VOCABULARIO INDO-BORINCANO.

Aje—Name

Ají—Ají, planta del género *Capsicum*.

Anon—Arbol que produce una fruta agradable, *Anona squamosa*.

Areyto—Baile ó festejo que ejecutaban los indios, ya para divertirse simplemente, ya para conmemorar algun hecho importante.

Areziba—Nombre de un cacique.

Athebeane nequen—Mujer hermosa.

Ayay—Isla de Santa Cruz, del grupo de las Islas Vírgenes.

Aymamon—Nombre de un cacique.

Azagaya—Lanza.

Baborí—Tratamiento que se daba á los nobles.

Batey—Plaza para el juego de pelota.

Bato—Especie de pelota que jugaban los indios.

Bayamon—Por su construccion debe considerarse este nombre como de origen indio.

Bejuco—Tallo largo y delgado de plantas rampantes que sirve para unir la varazon.

Bijao—Planta de la familia de las musáceas, *Heliconia bihao*.

Bohío ó buhío—Isla de Santo Domingo ó Haytí. Cabaña del indio.

Boriquén—Nombre que daban á la Isla.

Buhití—Adivino, médico, sacerdote. Las tres funciones que ejercia cierta casta de la sociedad india.

Chicha—Bebida fermentada preparada de maíz y otros ingredientes.

- Camacey*—Nombre que se aplica á las diversas especies de la hermosa familia de las *Melastomáceas*.
- Cacique*—Jefe de tribu.
- Camuy*—Por su terminacion parece ser de origen indio.
- Caney*—Casa pequeña ó cabaña.
- Canoa*—Pequeña embarcacion hecha del tronco de un árbol, de tamaño mediano, que servia para recorrer las costas.
- Casabí*—Torta de la raiz de la yuca, *Jatropha minihot*, preparada al fuego sobre una loza de barro.
- Carib*—Enemigo. Habitante de las pequeñas Antillas.
- Cayuco*—Pequeña embarcacion para recorrer los rios.
- Cabuya*—Cordel hecho de la corteza textil de algunas plantas.
- Cemí*—Dios, (?) cielo ó nombre que daban á las figuras de piedra y barro que construian.
- Buruquena*—Especie de cangrejo terrestre.
- Cibuco*—Nombre del rio que corre por la jurisdiccion de Vega-baja y desemboca en la costa septentrional.
- Cupey*—Hermosa planta resinosa, *Clusia rosea*.
- Daguao*—Nombre de un cacique.
- Duho*—Banco.
- Eracra*—Casa de mejor construccion que el bohío y caney.
- Guaybana*—Nombre del primer cacique y soberano de Borínquen.
- Guabina*—Pez de rio, el mas comun.
- Guanábana*—Arbol de hermosas frutas grandes, dulces y refrescantes, *Anona muricata*.
- Guayacán*—Arbol de madera muy sólida y jugo amarguísimo, *Guajacum officinale*.
- Guanín, guañín ó guarim*—Oro, placa de oro que usaban los caciques colgada al pecho.
- Guarionex*—Nombre de un cacique.
- Guadilla*—Jardin.
- Guaxoti*—Tratamiento que daban á los del pueblo bajo.
- Hamaca*—Hamaca, la cama del indio. Véase el capítulo "Industrias."

- Haytinal*—Horcon para la construccion de casas mayores.
- Henequén*—Cordel torcido de la fibra textil de algunas plantas.
- Higüera*—El árbol tambien llamado *Totuma*. *Crescentia cujete*.
- Hava*—Estera construida de hojas de palma.
- Hico*—Cordel delgado.
- Humacao*—Nombre de un cacique.
- Jagua*—Arbol de madera resistente y hebrosa y de grandes frutas ácidas, *Genipa americana*.
- Jibe*—Cedazo.
- Jicotea*—Unico testudinado de agua dulce que se conoce en nuestra Isla, *Emys decussata*.
- Loaiza*—Nombre de una cacique.
- Luquillo*—Nombre de la alta sierra oriental.
- Macana*—Arma formidable, corpulento garrote, grueso en uno de sus extremos, en donde enclavaban el hacha de piedra.
- Maguey*—Planta textil, *Agave*.
- Mamey*—Arbol resinoso de grandes frutas dulces, *Mammea americana*.
- Marunguey*—Planta amilácea en sus tubérculos, vejeta en la sombra de los montes calcáreos, *Zamia integrifolia*.
- Matuserí*—Alteza, tratamiento que daban á los caciques.
- Nagua*—Pequeño delantal que usaban las mujeres casadas.
- Nahe*—Remo.
- Naitano*—Noble.
- Navorios*—Gente plebeya.
- Ñangotao*—El acto de estar sentado en cuclillas.
- Pataca ó petaca*—Tejido de hoja de palma para extender en el suelo á manera de alfombra.
- Piragua*—Embarcacion, la más grande, para los viajes en alta mar.
- Quatiao*—Trocar el nombre,

Tabaco—Tabaco, *Nicotiana tabacum*. Daban este nombre á la planta y al acto de fumar.

Tibey—Planta venenosa *Isotoma longiflora*

Toa—El Rio de la Plata y la comarca que éste recorre.

Totuma—Fruto del árbol tambien llamado higüera, *Crescentia cujete*.

Ture—Asiento de madera, figurando un animal.

Turuqueira—Isla de la Guadalupe.

Yabucoa—Probablemente nombre de cacique, ó de algun rio ó comarca.

Yagua—La base delgada, ancha y flexible de la hoja de palma real y de sierra, *Oreodoxa regia* y *oleracea*.

Yagiüeca—Distrito hoy de Añasco.

Zecheo—Isla del Desecheo.

No negaremos que minuciosas investigaciones aporten á este corto vocabulario un contingente mayor de palabras indias, excluyendo tambien algunas que propiamente no lo sean.

El ilustrado filólogo cubano Don Juan Ignacio de Armas, en su excelente trabajo titulado “Orígenes del lenguaje criollo,” no admite el origen indio de ciertos términos, como son *conuco*, *canei* y otros. No participamos por ahora de la opinion del señor Armas, hasta que explicaciones más convincentes nos persuadan de las mejores razones que asisten á su parecer.

El riguroso purismo llevado á la pronunciacion de las voces indias suele ser causa de otro error en que incurren algunos. No creo que los indios poseyeran tan perfectos preceptos gramaticales ú ortológicos en su lengua, que puedan aplicarse á su análisis formas precisas y rigurosas. La razon es fácil de comprender, si despues de todo, tenemos en cuenta que, cuando hablamos con una persona de lenguaje desconocido para nosotros y completamente distinto al nuestro, necesitamos oír pronunciar cada palabra repetidas veces con toda claridad y por persona que hable bien su propio

idioma, para adquirir el conocimiento perfecto de aquéllas. Es probable que cuando los indios cambiaban sus ideas con los españoles conquistadores, éstos no fijaran su atención lo bastante para aprender la lengua de aquéllos, sino para retener en la memoria pocas palabras, las más vulgares, y no siempre tan perfectas y puras como fuera de desear. Esto unido á la índole de los conquistadores y el corto tiempo empleado en destruir y aniquilar aquel pueblo desgraciado, son las causas que reconocemos de no haberse conservado la memoria de su lenguaje y la pureza de las pocas voces que hoy conocemos.



MEDICINA, ESCRITURA, ARTES.

Medicina.—La conservacion individual en todos los séres de la naturaleza impone entre otras necesidades la de la nutricion, que restablece en la economía animal los elementos gastados despues de haberse asimilado los materiales ingeridos en el aparato digestivo, ó tambien desarrollando nuevos elementos en virtud del incesante crecimiento, desde la primera edad hasta completar la adulta.

Los animales no pueden subsistir sino dentro del medio propicio á su peculiar naturaleza y que responde á sus especiales necesidades, é impelidos, ya por el instinto, ya por una voluntad inteligente, las cumple y satisface. Vacío el estómago y suspendidas, aunque brevemente, sus funciones, manifiéstase este estado por medio de una sensacion local, el hambre, unida á otra general, la necesidad de conducir nuevos materiales á esa retorta del organismo animal, el estómago, en que se elaboran los jugos nutritivos.

Pero el instinto de la conservacion individual no lucha con esta sola necesidad: en todas partes el hombre se halla en lucha continua con las enfermedades y la muerte; la vida se halla á cada paso amenazada por

numerosos enemigos que la acechan y persiguen, que bien son los mismos seres con los que vive en íntimo contacto, ó bien los materiales y los elementos de que su naturaleza se provee para la conservacion de su individualidad: el aire que respira, el agua que apaga su sed, los alimentos que le nutren, los agentes dinámicos que le impresionan.

Con frecuencia el curso natural de sus funciones fisiológicas se desvia en algun punto de su direccion regular, el equilibrio reposado se desquicia, y el hombre se halla súbitamente sometido á extrañas impresiones, reconoce en su sér la invasion de un agente molesto y perjudicial, que coarta el libre ejercicio de sus órganos, irregulariza sus funciones, quebranta sus fuerzas y trastorna todo el órgano normal. Entonces surgen en su imaginacion las sombras aterradoras de los que sucumbieron impotentes en la lucha, con esas fuerzas extrañas, esos poderes invisibles, esos fenómenos inexplicables para él; pero si intuitivamente reconoce el peligro que amenaza su deleznable naturaleza, su frágil existencia, entonces con acierto unas veces, y otras al acaso, busca, cual náufrago que se sumerge en las olas, una tabla de salvacion, un remedio á sus males, otro agente que oponer al que le acomete, le mortifica y persigue y pretende arrebatarle la vida. En medio de este conflicto y de esta confusion, leve resplandor guia al hombre primitivo al vasto y misterioso campo del arte de curar y de la ciencia médica, cuyas raices brotan con las primeras meditaciones en fuerza de condiciones naturales.

Los pueblos más atrasados, los primitivos idénticos al indio antillano, y aún los de civilizacion inferior, han dejado vestigios de su inventiva terapéutica. El poder mismo de la naturaleza ha conducido al hombre á escudriñar sus secretos de élla, que puede y debe utilizar, contrarrestando el desequilibrio que las diversas enfermedades han originado en su organismo. Todo hombre siente amor por la vida y repugnancia á

la muerte ; en cada enfermedad, en la más leve indisposicion, en el agotamiento de sus fuerzas físicas, siente aproximarse el helado hálito de la muerte, y su imaginacion se esfuerza en descubrir el medio que le devuelva su salud perdida, sus fuerzas quebrantadas, que restablezca la normalidad de sus funciones y prolongue su existencia. La caridad, esa noble condicion, propia de todo sér humano, le inclina á favorecer á sus semejantes en la adversidad y en los trances difíciles de la vida, llevando el bálsamo reparador de los dolores al lecho del que sufre ; así es que en todos los pueblos han existido hombres especialmente dedicados á estudiar las dolencias é investigar los remedios conducentes á restablecer la salud.

En el primitivo arte de curar se observa la disposicion á individualizar las enfermedades, queriendo atribuir á un agente incógnito y oculto en el cuerpo humano los trastornos sobrevenidos, y que esa entidad incorporada ó sentida, pero misteriosa, necesitaba los recursos de ciertas inteligencias excepcionales, y por tanto tambien indefinibles, pero admitidas por el vulgo ignorante. La necia credulidad cooperaba á la creación de esos charlatanes y fomentaba la superchería de los presuntos médicos. Leves indisposiciones con apariencias alarmantes eran fácil y prontamente curadas, y estos accidentes unidos á la ignorancia general conservaban el falso prestigio de los curanderos ; sus errores y criminal engaño eran disculpados con disparatadas explicaciones, ó la indiferencia pública desviaba la atencion del punto en que debiera fijarse para apreciar sériamente la gravedad de los hechos. No hay que remontarse á épocas primitivas, ni buscar en la condicion del indio lo que aún tenemos á la vista en nuestro país, en los campos y en los pueblos alejados de los centros de ilustracion. La ignorancia rinde mayor culto á lo misterioso y al engaño que á lo demostrado y razonable.

En todas partes y en toda época la caridad en su

expresion más sencilla ha degenerado en explotación.

Si dirigimos la vista hácia épocas remotas y tratamos de investigar y sorprender las primeras manifestaciones del arte terapéutico, allá en los monumentos venerables de los pueblos antiquísimos de la primitiva cultura, y aún hoy mismo en las actuales tribus salvajes de incultas regiones ecuatoriales, en todas partes encontramos la creencia ó la fé en el poder curativo de las oraciones ó las deidades benéficas, y en los exorcismos contra los demonios, deidades ó influencias maléficas que se posesionaban de la humanidad. Ejemplos de lo dicho los encontramos en la historia antigua, en la Biblia, en la edad media, y hasta en los círculos poco cultos de los últimos tiempos, que han dado origen en su delirio á escenas crueles, criminales y repugnantes. El poder de los objetos consagrados, los exorcismos, las aspersiones, fórmulas exteriores, resortes secretos y cuerpos dotados de supuestos poderes ocultos son ciegamente admitidos; todo lo que reviste un carácter sério, formal, noble y elevado, constituye cosa baladí para la gente ignorante y supersticiosa.

No solamente en la antigua edad se recomendaban numerosas materias de los tres reinos de la naturaleza, dotadas de eficaces propiedades curativas, como se reconoce en algunos de aquellos documentos antiquísimos (papiro de Ebers) que parecen proceder de 4,000 años ántes que Jesu-Cristo, sino que tambien despues, en los últimos períodos, no ha faltado quien asegure bajo la fé de una profunda conviccion, que las palabras de las oraciones, pronunciadas sobre la aplicacion médica, son más eficaces que ésta. Indudablemente que si reflexionamos un poco acerca del poder medicatriz de los excrementos del cocodrilo y otros ingredientes de la antigua medicina egipcia, y la lista interminable de las sustancias más extravagantes muy válidas en el siglo XVII en el laboratorio formacológico, unos y otros destituidos completamente de accion alguna curativa, y luego todos esos mejunjes, todo ese arsenal pseudo-

farmacológico de la antigüedad y de la edad media lo comparamos con la supuesta eficacia contra las enfermedades de las oraciones, lámparas, aspersiones, reliquias, etc., encontramos que entre aquéllo y ésto es más fácil reconocer alguna analogía, que la que pueden tener ambos con nuestra actual medicina.

Hacemos preceder estas reflexiones al estudio de la medicina que se ejercía en el pueblo indo-antillano, para notar ciertos puntos de semejanza que aún existen entre élla y la que impera en las capas semicultas de nuestra sociedad campesina.

Pocos son los informes que los cronistas nos han transmitido acerca de la medicina y cirugía ejercidas por los indios de estas Islas.

Oigamos á Oviedo, libro V, capítulo 3º: “Y cuantas vanidades los *xemies* daban á entender á esta gente, andaba junto con la medicina é arte mágica ... Por manera que en estas partes de nuestras Indias muy extendida está tal vanidad (la de adivinar), é junto con la medicina la traen y exercitan estos indios, pues sus médicos principales son sus sacerdotes adivinos, y estos sus religiosos les administran sus idolatrias y ceremonias nefandas y diabólicas.”

No puede afirmarse si esta relacion de Oviedo es exacta ó si adolece de la credulidad que en otras ocasiones le ha inducido á grandes errores; pero ella responde bien á los hábitos reconocidos en otros pueblos de igual índole y grado de cultura, tanto antiguos como actuales.

La religion y la medicina se ejercian por unos mismos individuos erigidos en casta, de ordinario más sagaces que la generalidad del pueblo, y dotados de facultades mentales más elevadas y mejor ejercitadas que las de muchos caciques y jefes de tribus; éellos á fuerza de engaños, habian llegado á conocer y manejar admirablemente todos los resortes conducentes á conservar á las masas en aquel estado de ignorancia y credulidad.

que elevaba el prestigio de su estudiada superchería, adquiriendo hasta cierta superioridad sobre los mismos jefes del pueblo. Éste les prestaba su fé ciega, los caciques y jefes su poderosa influencia, y los atraían y conservaban á su lado para utilizarse de sus dotes naturales, de su experiencia y de su capacidad intelectual; unos y otros se apoyaban y se auxiliaban mutuamente. Aquella sociedad se hallaba oprimida entre dos poderes que en todos los tiempos han pretendido someter los pueblos á su dominio.

En el pueblo indio, segun los cronistas, el sacerdote ó *buhití* era el adivino y el médico.

Herrera, en su década 1^a, libro 3^o, parece dar á entender que el *buhití* prestaba los recursos de su inteligencia á los caciques más bien que á la comunidad, pues dice que cuando algun cacique ó indio principal enfermaba, eran llamados aquéllos, los que, despues de muchas prácticas supersticiosas y ridículas, se purgaban con el enfermo; pero si no cumplan exactamente ésta y las demás obligaciones, y el enfermo se moria, los parientes y amigos del difunto solian sacarle los ojos, darle de palos ó aplicarle otros castigos.

Menguada mision la de tales curanderos, difícil de explicar en unos hombres que ejercian funciones de alta reputacion en un pueblo inculto, tal vez incapaz de ejecutar esos bárbaros castigos en aquéllos de quienes esperaban grandes beneficios, que se imaginaban revestidos de poderes misteriosos, inaccesibles á su inteligencia y que los hacian parecer superior á los demás.

Esta última narracion no concuerda bien con la otra que sigue inmediatamente á aquéllas, en que dice Herrera que cuando veian que los enfermos estaban próximos á morir, los ahogaban, aunque fuesen caciques; que despues de muertos los abrian y secaban al fuego, y que luego los enterraban en cuevas ú hoyos muy grandes, enterrando juntamente algunas de sus mujeres vivas, víveres para la jornada y sus armas; úl-

timamente cubrian el hoyo con palos y ramas, y echaban la tierra sin que tocase á los sepultados.

El hecho de ahogar á los enfermos moribundos y no esperar á que su vida se extinguiera naturalmente, contradice la primera narracion. Los buhitís, amenazados de un severo castigo por su impericia ó por la ineficacia de su arte, emplearian todos los medios que su agudeza les sugería, defendiéndose hasta más allá de la muerte del enfermo, y no tolerarian seguramente aquel acto de violencia demasiado anticipado. Si á esto agregamos la invencion de que enterraban vivas juntas con el difunto cacique á algunas de sus mujeres—prácticas copiadas por Herrera, Oviedo y otros cronistas é historiadores de las relaciones que nos vienen transmitiendo de los más incultos pueblos indorientales—el crédito que hemos de dar á esa narracion se reduce á la mínima expresion. Véase Oviedo, libro 5º, capítulo I, que se cita más adelante.

Tambien hemos de agregar que Charlevoix nos comunica que si habia algun enfermo, se hacia un baile ó *areyto*, como medio eficaz para que recuperara la salud, y si el paciente no podia resistir la fatiga del ejercicio, el médico ó *buhití* danzaba por él.

Lo que parece verosímil en estas narraciones de que tratan con tan ligeras discrepancias todos los cronistas, es que habia individuos consagrados al arte de curar, á la vez que eran adivinos ó directores de todas las cosas en el órden intelectual y moral de aquél pueblo.

Fuera de las relaciones que hemos dado á conocer, todas de carácter supersticioso, nada sabemos por los cronistas acerca de la medicina y cirugía ejercidas por los *buhitís*. Desconocemos las plantas, materias é ingredientes que en su empirismo empleaban, probablemente sin discernimiento alguno, aunque no pocas veces debian aproximarse á lo razonable á fuerza de experimentar, porque la naturaleza de los cuerpos dotados de propiedades reconocidas activas y rápidas en

que abunda en particular nuestro reino vegetal, habian de conocerlos necesariamente por una série de resultados ostensibles, y estar bien penetrados de las virtudes medicinales evidentes en muchas de nuestras plantas.

“Estos (los buhitís), por la mayor parte, eran grandes herbolarios ó tenían conocidas las propiedades de muchos de nuestros árboles, é plantas, é hiervas; é como sanaban á muchos con tal arte, teníanlos en gran veneracion é catamiento, como á sanctos, los quales eran tenidos entre esta gente como entre los cristianos los sacerdotes.” Oviedo, libro 5º, capítulo I.

Que nuestra flora abunda en plantas medicinales es de todos sabido. Las numerosas especies de malváceas son emolientes ó mucilaginosas; los bulbos de las liliáceas y las raices de las asclepias y otras plantas están dotadas de propiedades eméticas; muchas cesalpíneas tienen hojas, y otras euforbiáceas granos purgantes y drásticos; otras son, al contrario, astringentes; abundan las frutas ácidas y refrescantes; las raices de las palmas y del cupey son diuréticas; los yaros son irritantes y cáusticos; la familia del tibey es tóxica; las labiadas son estimulantes; el cupey, la javilla y otras segregan resinas y gomas, y así sucesivamente nos encontramos rodeados de una vegetacion variada, rica, exuberante y dotada de propiedades que es increíble que fuesen totalmente desconocidas del indio salvaje que vivía en íntima relacion con élla y necesitaba apelar á este recurso, único de que podia disponer en las apremiantes circunstancias de enfermedades, lesiones, etc.

Mayor significacion alcanzan las relaciones copiadas, si fijamos la atencion en la asistencia y el cuidado que los indios consagraban á sus enfermos, demostrando un noble espíritu de caridad. El enfermo no era abandonado á su desgraciada situacion, sino atendido y curado de la manera que los conocimientos especiales de los *buhitís* permitian hacerlo; guardaban cama y reposo, asistidos por sus parientes, encargados y amigos, y tratados por sus médicos, ya fuese sorpren-

dido por una enfermedad interior del orden patológico, ya resultara herido ó lesionado en el combate ó accidentalmente. Nada sabemos acerca de su modo de asistir á las parturientas; pero es de presumir que en los casos normales, las mujeres ancianas de experiencia y práctica propias les ayudasen á salvar este importante trance fisiológico, aunque de los casos distósicos pocas saldrian bien libradas, y en los accidentes anormales despues del parto correrían grandes riesgos, agravados por una intervencion disparatada, á la cual muchas sucumbirían.

Los recién nacidos, faltos de abrigo y aseo, expuestos á la inclemencia en el delicadísimo período de la primera infancia, habian de sucumbir en proporcion numerosísima, resultando infructuosos los tiernos cuidados maternos.

Los levemente lesionados por contusiones y heridas sanarían sin necesidad de intervencion alguna; pero las lesiones graves y las fracturas, luxaciones, etc., debian de ser objeto de un tratamiento más ó ménos acertadamente dirigido, empleando en el primer caso los mal llamados hemostásicos, cuya eficacia aún se recomienda, y que más bien obran por la compresion mecánica sostenida sobre los vasos hemorrágicos; despues la cicatrizacion se verificaba por granulacion debajo del apósito protector. Las fracturas serian reducidas y entablilladas con yaguas y bejucos ó cordeles, conservándolas de este modo en estado de reposo hasta alcanzar la union y perfecta consolidacion del hueso en el punto fracturado.

Seria indispensable el feliz hallazgo de algunas sepulturas de indios, y encontrar y reconocer gran número de huesos para esclarecer la solucion de este problema con el testimonio de algunos que conserváran vestigios de fracturas curadas en vida. De esta suerte pudiéramos asegurar que aquél individuo sufrió una fractura y que ésta ha sido reducida y curada en vida, deduciéndose de aquí una práctica que confirmara el

ejercicio de la cirugía entre los indios: un solo caso bien comprobado seria suficiente para establecer un principio general. De todos modos estamos autorizados por las reflexiones que preceden, unidas á las narraciones de los cronistas, para no admitir que los enfermos fuesen desatendidos y los heridos y lesionados abandonados á su suerte, sin intervenir en su auxilio personas especialmente concretadas al tratamiento médico quirúrgico.

Los antedichos huesos nos revelarian tambien la existencia y propagacion de ciertas enfermedades, como el raquitismo, el reuma y la sífilis, encontrándose degenerado el tejido óseo en sus partes blandas y esponjosas, en aquellas revestidas de una cubierta cartilaginosa, en sus articulaciones y en las asperezas de su superficie, en que el piriósteo no lo reviste por completo ó desaparece.

Causaba extrañeza á los primeros exploradores que entre los indios no se encontrasen lisiados, cojos y ciegos. Esta falta de lisiados la explicaría la circunstancia de que los indios no se exponian demasiado á las causas que orijinan aquellos defectos; pero tambien es probable que no hubiese llegado á ellos el gérmen de la sífilis que se notó con alguna abundancia despues de la propagacion de los europeos. Sabido es que la sífilis en sus grados más enérgicos determina defectos permanentes en el organismo, trasmitiéndose de los tejidos blandos á los huesos.

Nada sabemos si la enagenacion mental en sus variadas formas era frecuente en el pueblo indio; pero debe suponerse que no faltaban casos, aunque no fuesen frecuentes en una sociedad en que el cruzamiento de parientes cercanos estaba prohibido, cegándose con esta acertada costumbre la fuente más abundosa de los mentales trastornos.

Escritura.—Los cronistas é historiadores guardan absoluto silencio acerca de la escritura de nuestros in-

dios. En sus narraciones no encontramos nada que haga presumir siquiera que los indios de estas Islas hayan conocido y practicado procedimiento alguno que dejase grabadas á las generaciones venideras su memoria y sus impresiones por medio de figuras ó signos, ya representando simbólica y misteriosamente el sentido de alguna accion ó idea, por ejemplo, en la figura de una paloma simbolizando el candor, la palma como símbolo de la victoria, etc., ó ya por medio de caracteres.

Sin temor de incurrir en error puede asegurarse que el indio borinqueño, dado su estado primitivo de civilizacion, no poseia caracteres de uso general para expresar su actividad intelectual, la vida de su espíritu, y ménos aún podia conocer letras que combinaran las palabras. Si algun género de escritura fuese en ellos presumible, seria la simbólica ó jeroglífica, representando el valor, la astucia, la inteligencia, el amor, la soberbia, la victoria, el poder, etc., en la figura de un animal, una planta, los astros y otros objetos en los que su imaginacion individualizara aquellos atributos.

Hemos examinado detenidamente los numerosos objetos producidos por el génio artístico de los indios; nos hemos esforzado en reconocer en los dibujos con que se hallan ornamentados la manifestacion ostensible de querer conservar algun recuerdo á la posteridad, ya sea de hazañas renombradas, párrafos gloriosos ó adversos de su historia, de los sucesos que impresionaron gravemente aquella sociedad, ó tambien con el objeto de delegar alguna enseñanza útil á la posteridad; hemos procurado en el reducido conjunto de los signos establecer la unidad, síntesis de una variedad metódica, pero no hemos tenido la fortuna de llegar á esta solucion, y en tal estado debemos declarar, que hasta ahora no puede afirmarse que los indios borincanos poseyesen escritura simbólica y ménos aún característica.

Rayas rectas y oblicuas de derecha á izquierda y viceversa, ó ambas combinadas formando ángulos pa-

ralelamente sobrepuestos, á veces éstos encerrados dentro de un rectángulo, es todo cuanto hemos encontrado que pudiera considerarse por álguien como escritura india, llevado en alas de una imaginacion poética y algo elástica, ó empeñado en reconocer á todo trance lo que tan solo existe en su fantasía. Dichos ornamentos se observan con más frecuencia en las bandas.

Las figuras (ídolos), especialmente las talladas en piedra, trabajos perfectamente acabados, representando el mayor número de ellos un batráquio aplastado bajo un cono ú túmulo á veces adornado este último con líneas curvas y rectas y depresiones cavadas, líneas, curvas y hoyos, todo labrado con cierta regularidad, simetría y admirable perfeccion. Las figuras de barro son de procedencia caribe, como se demostrará en el párrafo siguiente. Las hachas carecen de adornos y en los morteros apenas se distingue alguno.

La significacion propia que pudiera atribuirse á las figuras de piedra en conjunto, si en realidad le corresponde alguna, seria de carácter religioso, y el secreto ó gereoglífico lo ocultaría el dibujo ó adorno y no la figura en su totalidad.

Por muchas vueltas que se dé al asunto, siempre será punto ménos que irrealizable sacar de líneas uniformes con ligeras variantes una escritura característica ó simbólica y aplicarla á los indios borincanos; al fin, sería esto una apreciacion destituida de fundamento sólido. Pero si este pueblo desconocia el arte de la escritura, ó sea el procedimiento de fijar por medio de signos característicos sobre algun objeto de madera, metal, piedra ú otra materia lo que ha visto y oído y quiere que no se olvide,—y si hemos de dar crédito en este punto á los cronistas,—reconocia un tanto el valor de su propia historia, supliendo aquella falta por medio de la tradicion, que es la narracion y exposicion, generalmente adulterada, de los acontecimientos pasados y hechos memorables. La tradicion suplía al libro, trasmitiendo una generacion á la otra su historia ó

sus historias en forma de cuentos y canciones, que con la mayor solemnidad se repetian y divulgaban en los *areytos*.

“Tenian estas gentes una buena y gentil manera de memorar las cosas passadas é antiguas, y esto era en sus cantares é bailes, que ellos llamaban *areytos*, que es lo mismo que nosotros llamamos cantar baylando...”

“É assí, con aquel mal instrumento ó sin él, en su cantar (igual es dicho) dicen sus memorias é historias passadas, y en estos cantares relatan de la manera que murieron los caciques passados, y quantos y cuales fueron, é otras cosas que ellos quieren que no se olviden.”

Artes.—Hemos expresado en uno de los capítulos anteriores, que para apreciar el grado de cultura del indio borincano y sus aptitudes intelectuales, debemos ocurrir al exámen de su lenguaje y de sus obras artísticas. El primero se ha extinguido con el último indio, quedando apenas un centenar de palabras sueltas sin que tengamos la fortuna de poder exponer una co-nexion gramatical; en cambio podemos exhibir no pocas obras de arte que figuran en nuestra coleccion.

El arte en los pueblos primitivos es el barómetro de sus aptitudes intelectuales. Un pueblo que no puede exhibir obras de arte, tejidos, vestidos, armas, ornamentos, edificios, monumentos, ó simples figuras y otras construcciones talladas en metal, piedra ú otra materia, carece de aptitudes para apropiarse una civilizacion superior, el progreso encuentra resistencia para penetrar y desarrollarse, ese pueblo permanece estacionado en su condicion ínfima, y sucumbe al más ligero embate de otro pueblo superior.

Segun hemos dicho, las obras ejecutadas en piedra representando figuras varias, son de notable perfeccion y simetría magistral. Para llegar á esa perfeccion y alcanzar tal maestría, era necesario de una parte un prolongado uprendizaje bajo la direccion de maestros

consumados, y de otras disposiciones naturales que eran cultivadas por medio de la aplicacion.

Las obras de arte que figuran en nuestra coleccion etnológica, unas 800 próximamente, la mayor parte hachas, son las siguientes :

Hachas de piedras, llamadas vulgarmente *piedras de rayo*. Tienen la forma de una lengüeta, anchas en la base y aguzándose en la punta ó extremo opuesto; con raras excepciones son aplanadas y los bordes cortantes, ménos en la cabeza que es gruesa. Estas, construidas en su mayor parte de rocas duras como granito, serpentina, pórfido, arenisca, piedra de toque; pero las hay tambien ménos dura de piedra caliza, arenisca fina, feldepasto, caliza y arenisca metamórficas, etc. Las más hermosas son las de serpentina, y por su consistencia se han podido conservar mejor; las de rocas blandas ó ménos duras, han tenido que sufrir, por la accion del tiempo, alteraciones é imperfecciones más ó ménos notables, apareciendo muchas imperfectas y algunas incompletas. Su tamaño, dimensiones y peso varía desde 35 centímetros de largo por 15 centímetros de ancho y 6 de espesor con $3\frac{1}{2}$ kilogramos de peso, hasta 5 centímetros de largo, 3 de ancho y 15 de espesor con 30 gramos de peso. Algunas de las medianas tienen la forma de un cincel ó punzon ancho. Otras, de las que figuran sólo algunos ejemplares, se desvian en la forma de las que acabamos de describir, son ménos largas, pero más anchas y de igual espesor; la cabeza es ancha y gruesa y un poco por debajo se estrecha formando una estrangulacion, por la cual se la puede tomar, bien á la mano ó fijándola á un mango de madera.

Las hachas eran manejadas directamente á la mano ó enclavadas en la extremidad más gruesa de una macana ó garrote duro, delgado en el extremo por el cual se tomaba y grueso por el que sostenia la piedra: formaba el hacha del indio, arma formidable en el combate y útil en sus diversas labores. Iguales en mate-

rial, formas y dimensiones las han usado todos los pueblos persistentes en la edad ó período de la piedra pulimentada y en todas partes del globo se las ha encontrado, últimamente en las poblaciones lacustres sumergidas y vueltas á aparecer en los lagos suizos de Neuchatel, Biel y Morat. Ninguna de estas piedras presenta dibujo ú ornamento alguno.

Bandas ó colleras son unas argollas en forma de óvalos perfectos, tallados en piedra, contruidos en una sola pieza, desgastando la piedra matriz por el frote de piedra con piedra. El material empleado es regularmente granito ó arenisca dura. Sus dimensiones generales varian poco en los diversos ejemplares, y son próximamente 50 centímetros de largo, 35 de ancho total, el espesor del brazo de la banda es variable entre 4 y 8 centímetros en la parte más delgada. Este espesor es el que determina el peso de la collera ó banda, que es de $3\frac{1}{2}$ kilogramos en las más delgadas, y pasa de 10 en las más gruesas, debiendo observar que estas últimas son imperfectas y al parecer se hallaban en construcción.

Las bandas más delgadas y perfectas son de forma oval, segun se ha dicho, representan un tallo doblado, reunido por las puntas y conservado en esta posición por aros que suelen tambien estar figurados en otras partes del óvalo. Ninguna tiene la forma de una serpiente enroscada, como algunos la han descrito, sin fijarse bien en el objeto; en otros el arco es completo y no representa el tallo doblado de los primeros. El cuerpo de unos y otros, pero especialmente de los primeros, es óvalo, aplanado en sentido del eje transversal que se cruza perpendicularmente con el transverso de la banda; el menor espesor corresponde á la base del óvalo, y el mayor á su cabeza, que es gruesa y más ó ménos aguda, donde se hallan tallados los ornamentos más notables en relieve. En algunos se hallan los bordes recorridos por surcos, ya de ambos lados de la cara externa ó en las dos caras; en la amplitud de la

cara externa, y regularmente de un solo lado, se ha esmerado el escultor dejando en la ornamentacion el testimonio de sus dotes artísticas, figurando en buenos relieves rectángulos puestos unos dentro de otros en una ó dos direcciones, partiendo del medio hácia arriba y abajo ó formando combinaciones caprichosas; pero todas estas figuras regularmente encerradas dentro de un rectángulo largo, ya cavadas, ya de relieve. Sobre este cuadro y en una de las orillas han tallado unas eminencias regulares con un hoyo en el centro ú otra figura. En un trozo de esta parte de una banda magistralmente labrada, aparece entre otros adornos una cabeza ó calavera. Tal es la variedad de ornamentacion y lo caprichoso de la distribucion, que no es posible encontrar dos objetos iguales, pero todo el ornamento se reduce á líneas rectas, pocas curvas, ángulos, rectángulos, hoyos y alguna que otra cara.

Es probable que estas bellas piezas, testimonio elocuente del avanzado espíritu escultórico del indio borinqueño, fuesen insignias de elevada alcurnia, poder y mando que distinguía á los caciques, únicos á quienes estaba permitido usarlas y llevarlas consigo en señal de distincion, llevándolas terciadas sobre el hombro en los actos importantes, en los festejos, las asambleas y en su propia residencia: era el *toison de piedra* del indio. Los más gruesos, imperfectos y pesados parecen más bien haber servido de instrumento de castigo.

Estas bandas se han encontrado tambien en algunas de las Antillas menores, probablemente llevadas allí de Puerto-Rico por los caribes, pero no construidas por éstos, sino por los borincanos. Tambien han sido encontradas, aunque en corto número, en las otras grandes Antillas y en Méjico, con lo cual se prueba, no ya que el comercio de los borincanos se extendiera hasta aquéllas regiones, sino más bien la afinidad de raza entre la mejicana y antillana septentrional y algunas tribus del mediodia del continente norte-americano.

El *guarin* de oro no ha llegado á nuestra coleccion.

Idolos ó *figuras* que se conceptúan de ídolos. Éstas son construidas de las mismas rocas que los anteriores objetos. Sobre la base plana y elíptica se eleva el centro cónico ó piramidal, mucho más alto que los extremos, uno de los cuales representa la cabeza, y el opuesto las patas y parte posterior de un reptil sin cola, un batraquio ó sapo aplastado por el cono ó túmulo piramidal, todo labrado con sorprendente perfeccion, pero siempre fenomenal en cuanto á la cabeza, cuyas órbitas suelen cavarlas muy grandes y profundas, la nariz y frente levantadas y el todo dentro de un marco tallado de relieve; las partes posteriores son fielmente copiadas del natural; en el cono hay á veces hoyos simétricamente dispuestos.

Causa admiracion que tales obras tan bien ejecutadas procedan de un pueblo salvaje; pero al ménos hemos de reconocer que sus autores tenian instinto de artistas y eran prácticos en su industria y habituados á ejercitar sus facultades intelectuales.

Se ha querido dar á estas obras una significacion tan arbitraria, que solo seria compatible con la civilizacion de un pueblo más avanzado y capaz de concepciones metafísicas metódicamente combinadas. Véase el capítulo que trata de la religion de los indios.

Hay otras figuras que representan sobre una base elíptica una cabeza humana bien cincelada, en apariencia disecada, pues en lugar de los ojos no se aperciben, sino las órbitas, las sienes y los cachetes están hundidos, los pómulos prominentes, la nariz aplastada, los labios forman un borde saliente alrededor de la boca. Estas figuras, simétricas y perfectas, tienen unos 15 cm. de largo por 12 de ancho y 6 de elevacion. Una de ellas es de piedra de pórfido negro, y otra de mármol blanco está perforada por los costados como para llevarla en forma de trofeo. Otra de ornamentacion pa-

recida, pero pequeña y tambien de mármol, figura un sapo monstruoso adornado con líneas y hoyos.

A estas figuras deben agregarse una plancha de piedra representando toscamente un pez, y otra una cara estrellada con rayos que parten de la circunferencia, ocupando la cara el centro de la placa, representando el sol ó la luna. Hemos encontrado además unas piedras redondas y largas, elípticas ú oblongas y pulimentadas, una de éllas perforada por el eje longitudinal; así tambien unas bolas bien esféricas de diversos tamaños. Las primeras servirían de adorno ó amuletos, las segundas para ejercitarse en el tiro á la mano.

Morteros figuran muchos en nuestra coleccion, todos fabricados de las rocas más duras: unos son más cóncavos que otros, el tamaño muy variado, el más pequeño pesa 300 gramos y el mayor 3½ kilos; éste mide 30 centímetros de largo y 10 de alto, y en un lado aparece un adorno muy gastado. Los pistilos son sencillos. Algunos de aquéllos, que más bien debiéramos aplicarles el nombre de molinos y nó el de morteros, son de poca concavidad, pues son casi planos y de tamaño regular y están sostenidos por cuatro piés cortos, todo construido de una sola pieza. Servian para la trituracion de granos, tubérculos y otras sustancias fáciles de desmoronar.

Figuras (ídolos) de barro. Estas son toscas, labradas de barro cocido no vidriado, de pequeñas dimensiones, pocas exceden de cinco centímetros; su forma es aplanada y parecen partes salientes desprendidas de otro objeto mayor, representando la cara de un mono torpemente deformada y decorada; en algunas las orejas son tan grandes, que mejor parecen copiadas de un murciélago.

El propósito de desfigurar el objeto copiado se revela en la mayor parte de estas pequeñas figuras; las fosas nasales son siempre grandes, y alrededor de la cabeza se han modulado curvas irregulares, la base

es quebrada como si se la hubiese desprendido de algun objeto mayor, y esta circunstancia induce á suponer que en su origen eran partes prominentes de aquél: una vasija, ánfora, olla, jarro ú otro objeto de cerámica, destruidos casual ó intencionalmente ó por la accion del tiempo, y conservadas estas figuras. Debe recordarse que en diversas partes de la Isla, particularmente del litoral, se encuentran depósitos de cascos procedentes de los antedichos objetos, entremezclados con caracoles, huevos de aves y espinas de pescados que acusan asientos de tribus ó familias indias.

Estas figuras en su grotesca construccion contrastan con las magníficas de piedra pulimentada que hemos descrito. La gran diferencia entre unas y otras, el material arcilloso y sin vidriar empleado en esas últimas y el hecho de representar en su mayor parte cabezas de monos, permiten admitir con sobrada probabilidad su procedencia caribe.

En las grandes Antillas lo mismo que en las pequeñas hasta Granada, jamás han existido monos silvestres é indígenas; los borincanos no han podido conocer este animal; en ninguna figura de piedra se halla esculpida la cara de un mono. Debe, pues, reconocerse que los caribes traian sus figuras de barro á Borínquen, donde quedaron perdidas ó fueron cambiadas por otros artículos. La circunstancia de encontrarse casi exclusivamente en el litoral, en tanto que las otras figuras de piedra aparecen en todas partes, es nueva prueba que confirma la procedencia caribe de las figuras de barro. Es de notarse con alguna extrañeza que, tanto las figuras de barro como las de piedra, monos ó sapos, tienen la nariz muy prominente, lo que no es propio de ninguno de los dos animales; si los caribes copiaron esta deformidad de los borincanos, ó al contrario, no puede resolverse. Otras diversas figuras, cuya descripcion ocuparia mucho espacio, se darán á conocer al final en la exposicion del catálogo de nuestra coleccion etnológica.

Un solo objeto de madera poseemos, consistente en un trozo de corteza de magar de 15 á 20 centímetros anchura y 50 longitud, doblado en arco y sostenido por cuatro ramas, tan bien dispuestas en dos pares, que han podido servir de patas, como si fuese un pequeño asiento, ó mejor, un molino semejante á los de piedra que hemos descrito. En un extremo termina en punta, adornada con la cabeza de un animal; el extremo opuesto, mucho más largo, continuacion del arco, representa el espaldar del asiento, recortado á los lados y en el centro con un agujero triangular.

Finalmente, merece mencionarse una gran figura de barro cocido, representando una serpiente enroscada, sujetando una ave de rapiña, la que está próxima á devorar. Esta figura está hecha con admirable perfeccion. Ha sido encontrada en la montaña, al O. de Yabucoa, junta con una banda de piedra.



RELIGION.

En el concepto de algunos etnógrafos no existe ningun pueblo destituido completamente de religion ; para ellos lo que otros etnógrafos han apreciado de esta manera, no es sino un estado primitivo y apenas perceptible de ideas religiosas, que no deben escluirse en ningun pueblo, ya exista la religion latente ó en un período de gérmen. Las más sencillas ideas religiosas de un pueblo salvaje pueden haber partido de una doctrina religiosa bien determinada, pero reducida á la expresion más simple, por el aislamiento del pueblo desprendido de una raza ó casta matriz intelectualmente superior. Como quiera que sea, hay que convenir, que los infinitos grados de cultura de los pueblos, empezando por los más atrasados, los primitivos ó naturales, establecen otros tantos grados de creencias religiosas, si hemos de aceptar este nombre convencional y apenas definible.

El origen de toda idea religiosa es la supersticion, y el gérmen de la supersticion en el hombre es el miedo. Cuando el hombre primitivo no encuentra en un objeto visible la explicacion de un fenómeno, lo traduce arbitrariamente, se entrega por instinto á extrañas conjeturas, al principio vagas é incoherentes; pero tan pronto éstas se fijan y descansan en un ideal ó principio, en él

se consolida la futura creencia. La reunion de diversos ideales de este orden, en su origen confusa, se organiza y se eleva á la categoría de una religion, combinándose en un cuerpo de doctrina.

Al estudiar la historia de Puerto-Rico buscando en ella datos precisos acerca de la religion de los primitivos moradores de esta Isla, apenas si encontramos otros documentos que las horripilantes narraciones de don Gonzalo Fernandez de Oviedo, ante las cuales surge naturalmente la duda de si deben aceptarse como verídicas ó considerarse como exageraciones fantásticas ó quizás como reminiscencias de lo que aquél apasionado cronista pudo haber observado en otros paises. Adviértese desde luego cierta confusion y amalgama en las relaciones de este autor, acerca del carácter, usos y costumbres de las *Indias occidentales*, que comprendian las Antillas y parte del Continente Sud-americano, en donde no sólo habia diferencias notables en la índole de los habitantes respectivos, sino que tambien era distinto el origen de sus razas indígenas.

Las ideas religiosas del pueblo indio borinqueño primitivo y salvaje, necesariamente debian corresponder á su grado de cultura y limitada inteligencia.

Estas ideas, como todas sus manifestaciones intelectuales, no podian surgir y desenvolverse de otro modo que por impresiones recibidas por medio de los sentidos; pero tales concepciones vagas y oscuras adoptan diversas formas y á veces contrarias entre sí, cuando la imaginacion abandonaba la region precisa de lo perceptible, y se extasía en el intrincado laberinto de la idealidad, extraviándose en un mundo metafísico inaccesible á una inteligencia humana que jamás ha meditado metódica y lógicamente.

Hasta qué punto preocupaba á estos indios el problema que se relaciona con su destino en esta vida y la confianza en un *más allá* despues de la muerte, es otro problema que por carecer de datos concluyentes se nos

hace difícil resolver. Al esclarecimiento de un punto tan difícil de la historia primitivo indo-borincana, que no pretendemos resolver en absoluto, pues desafía la sagacidad del más escrupuloso investigador, pueden contribuir varias circunstancias importantes que iremos apuntando.

La existencia de ideas innatas en el hombre es una mera suposicion, aunque se refieran á la existencia de un Dios, ser supremo y personal, creador, director y conservador de todo lo creado.

Los objetos que rodeaban al indio y al hombre primitivo les sugerian, sin duda, consideraciones sencillas, faltas de connexion y relacion entre sí; desconocian las propiedades particulares y especiales de aquellos objetos, y eran, por consiguiente, incapaces de combinar aquéllas en ideas generales. No alcanzaban en su pobre inteligencia y estrecho criterio á formular especulaciones de un orden metafísico.

Miéntras los fenómenos naturales se desenvolvian con serena regularidad, no prestaban á la aletargada imaginacion de aquellos habitantes motivos de admiracion, de sorpresa ó terror. Con impasible indiferencia veian, al amanecer, los dorados reflejos de la aurora; igualmente veian despues el sol iluminar al mundo, inundándolo todo de vivificante calor y fecunda vida, y declinar más tarde en el ocaso, envolviendo la naturaleza en densas tinieblas. Así veian tambien las mutaciones del satélite nocturno y el curso variado de las estrellas que centelleaban en la bóveda celeste, las nubes que ocultaban el firmamento y vertian fecundante lluvia, los cambios de temperatura y de estaciones, las bellezas de la campiña tropical, la planta que germi-
naba y crecía, brindándoles con sus frutos grato y nutritivo alimento, etc.; nada de esto despertaba en aquellos salvajes más que rápidas y vagas sensaciones de admiracion; pero no les transportaban á la contemplacion especulativa.

Sólo se apoderaba de ellos una especie de temor supersticioso, cuando la naturaleza abandonaba súbitamente su marcha regular y reposada, y los elementos se desencadenaban rompiendo con furia las más formidables barreras.

Tan extraños é inesperados fenómenos les parecian sobrenaturales por lo mismo que carecian de capacidad para conocer las causas verdaderas.

El huracan embravecido, terrible, que lleva á todas partes el espanto y la desolacion; las encrespadas olas del mar, agitadas y furiosas, que luchan con terrible estruendo, estrellándose contra las rocas formidables de las playas y amenazando sepultarlo todo en su oscuro y profundo abismo; el fuego exterminador, el rayo fulminante, el fragoroso trueno, la candente lava del volcan, todas estas admirables fuerzas cósmicas son para el hombre primitivo causas de terror, y le hacen concebir un poder extraordinario y superior á la materia; pero su precaria inteligencia mantiene reducida la esfera de sus contemplaciones, y le envuelve y confunde en las más absurdas conjeturas cuando pretende sacar conclusiones razonables de aquel conjunto de fenómenos sorprendentes.

Oviedo y otros cronistas cuentan que los indios antillanos tenian la idea de un sér supremo bienhechor, y de otro en oposicion á éste, maligno; doctrina fundamental que observamos en todas las religiones y sectas de todos los tiempos, especialmente en los pueblos ya poseedores de cierto grado de civilizacion. Esta doctrina era la que los conquistadores llevaban en su ánimo preconcebida, para aplicarla á aquellos indios, al primer pretexto que aparentase justificarla; pero en este caso debemos reconocer que tal principio no tiene aplicacion al indio antillano, y ni remotamente al indio borinqueño.

Para apreciar debidamente el grado de verosimilitud que alcanzan las relaciones que nos han trasmitido los historiadores y cronistas, acerca de la religion de

los indios antillanos, deben tenerse en cuenta ciertas circunstancias, precisándolas y aquilatándolas en el crisol de la crítica histórica.

La primera de estas circunstancias consiste en las ideas preconcebidas que llevaban los conquistadores sobre religion, y que se esforzaban en aplicar, sin detenerse debidamente á discernir sobre la exactitud de tales aplicaciones.

La segunda más importante aún, estriba en la falta de inteligencia entre dos pueblos, el conquistador y el conquistado, que desconocían completamente cada uno el lenguaje del otro, y que apenas podían cambiar sus ideas, usando de señas, medio muy ocasionado á errores en la mayoría de los casos. Pueden citarse muchos ejemplos que prueban los grandes engaños á que ha dado ocasion esta dificultad.

Pequeñas figuras de piedra y barro que construían los indios, constituyeron el punto de partida y la base deleznable sobre la cual fundaron los cronistas sus erróneas aseveraciones, con relacion á las ideas religiosas y metafísicas de nuestros indios borinqueños. Concediendo que éstos hicieran de sus extrañas esculturas, tomadas por fetiches, un aprecio extraordinario que revelase veneracion en apariencia religiosa, adoptable á su primitivo estado de cultura intelectual, no puede ni debe darse al caso una significacion superior á ese grado de cultura que habian alcanzado y en el que permanecían estacionados.

Las causas de los errores de apreciacion en que incurrían con frecuencia los conquistadores, y especialmente en punto á las ideas religiosas de los indios, concretándose siempre á los borinqueños y sus similares de Santo Domingo, no son difíciles de explicar, dada la época en que se realizó el descubrimiento de América.

Los gloriosos acontecimientos políticos que elevaron á España en los siglos XV y XVI al rango de la nacion más poderosa del orbe ; la rendicion de Boabdil,

en Granada, y la expulsion de los moros de España, imprimian al carácter de esta nacion un colorido marcadamente religioso, que resaltaba en todos sus grandes actos políticos, principalmente en los que se referian á pueblos y naciones de religion distinta á la católica.

Llevar esta religion á todas las naciones conocidas y nuevamente descubiertas, propagarla y hasta imponerla, si era preciso, por medio de la fuerza, era el ideal aferrado á las grandes empresas de conquista y descubrimiento que Portugal y España verificaban en aquella época, con asombro de las demás naciones.

Este ideal lo expresa Colon en sus cartas á los soberanos de España; y no conforme con este propósito, sueña con el rescate del Santo Sepulcro, contando con el oro de los nuevos paises descubiertos, para emprender una gran cruzada contra los turcos infieles.

Estos piadosos propósitos que un exaltado celo por la religion de Cristo despertara en la conciencia de los hombres honrados y virtuosos, eran la consecuencia legítima del sentimiento religioso en aquella época, y de su poder avasallador sobre las naciones cristianas; pero bien pronto se desvanecian tales proyectos á la vista de las riquezas materiales que entusiasmaron á los descubridores, haciéndoles olvidar, como por encanto, los sagrados ideales, y llevándoles á una desenfrenada ambicion de adquirir fácil y brevemente grandes riquezas.

Descubiertas las Antillas y poco despues los dos Continentes, los indios eran sometidos á la servidumbre, empleados en la extraccion del oro y otros trabajos más rudos, en los cuales perecían muchos de aquéllos al rigor de las fatigas y el hambre, ó heridos por las armas europeas, cuando aquellos desdichados se rebelaban en desigual y bárbaro combate, defendiendo su libertad, su hogar y su familia.

Pocos y contados eran los indios que recibian alguna instruccion religiosa, y ménos aún los que por medios persuasivos eran llevados hácia la vida del es-

píritu. Esto mismo ha sucedido más tarde respecto de los negros africanos, como aún lo atestiguan numerosos ejemplos en la época presente.

Las preocupaciones que informaran los relatos de los primeros cronistas están perfectamente evidenciadas en los errores incomprensibles de esas narraciones.

Oviedo, historiador apasionado y poco filosófico, en su libro XVI, cap. 1º, refiriéndose á los indios de las Antillas y Costa Firme, dice que “no ha hallado entre ellos cosa más antiguamente pintada y de diversas maneras esculpida ó tallada de relieve, ó de bulto con muchas cabezas y colas, diformes y espantables, con caninas y feroces dentaduras y grandes colmillos, desmesuradas orejas, ojos encendidos (?) de dragon y feroz serpiente y de diferentes suertes, como la figura abominable y descomunal del diablo,” y añade que “la ménos espantable pone mucho temor y admiracion.” Continúa diciendo que “tienen estas figuras en sus casas, y más aún en los bancos (duho) para significar que donde se sientan los acompaña su adversario. Estas imágenes eran construidas de madera, barro y oro y en otras cosas (se ha olvidado Oviedo de las perfectas y abundantes esculturas de piedra) esculpidas y talladas ó pintadas regañando y feroz, como quien él es.”

“A este Dios le llaman *Cemí* y le dirijen sus plegarias en la paz y en la guerra, conformándose con sus designios y recibiendo á veces su visita nocturna en forma de fantasma.”

Los *buhití* ó sacerdotes que ejercian además las funciones de médicos y adivinos, eran los intercesores entre Dios y su pueblo, á quien esos charlatanes explotaban y engañaban con la misma superchería que han practicado y practican sus cofrades de todas las religiones, cultos y sectas, desde los más remotos tiempos hasta nuestros dias.

Los *buhití* eran regularmente ancianos, hombres de mayor experiencia, mucha astucia y no poca malicia; sabian sacar gran partido de la credulidad y supersti-

cion del pueblo que los respetaba profundamente, los reverenciaba y tenia en gran reputacion como á sus sacerdotes y prelados, y, segun nos cuenta Oviedo, eran tambien los que más se entregaban en los *areytos* y festejos, á los excesos del tabaco ó ahumadas.

El impresionable Oviedo no ignoraba y debiera recordar que la abominable y descomunal figura del diablo, es una concepcion fantástica venerada por muchos cultos paganos en formas diversas, y admitida por los cristianos de todas las sectas. Los pueriles temores del cronista hácia esas inocentes figuras, no deberian ser tan extremados, acostumbrado como estaba á ver tan amenudo en los cuadros de los templos y altares á Satanás sometido á los piés del Arcángel San Miguel, á no ser que la circunstancia de verle, en este caso, impotente y aherrojado entre cadenas, le infundiera ménos pavor, no obstante el poder que en aquél tiempo se le concedia al espíritu de las tinieblas.

Además, la preocupacion y el apasionamiento de este cronista, ofuscaban de tal suerte su criterio, que niega ó desconoce en los indios el reconocimiento y culto de un espíritu bienhechor, que otros escritores más eruditos y ménos apasionados les atribuyen.

A juzgar por las afirmaciones de los historiadores citados, tenian estos indios la idea confusa de dos séres invisibles ó deidades, ó de un doble principio sobrenatural: el uno benéfico que derramaba sobre el pueblo bienes y favores espontáneamente, sin necesidad de oraciones ni votos; el otro, enemigo del hombre, los castigaba con desgracias y calamidades, y sólo se mitigaban sus iras por medio de oraciones y diversas prácticas religiosas.

Análogas concepciones de la idea de séres ó principios sobrenaturales encontramos ya en el Brahmismo, la más antigua de las religiones. Ésta dá el nombre de Bram al creador que produjo la trinidad: Brama, Vishnú y Siva. El primero preside la creacion del

universo, el segundo cuida de la conservacion de lo creado y al tercero corresponde la mision de destruir.

En todas las antiguas religiones paganas se reconoce la existencia de séres sobrenaturales á quienes está encomendada la direccion del mundo, unos encargados de difundir el bien y la felicidad, y otros en continua lucha y oposicion, trastornándolo todo y llevando las calamidades, las desgracias y la destruccion á todas partes.

En resumen : estas concepciones representan la encarnacion, ó personificacion de las vicisitudes de la vida humana y una de las manifestaciones exteriores, variadas y alternativas que impresionan al hombre, y que éste, trasportado en alas de su imaginacion y fantasía, les dá aquellas formas más en armonía con su modo de ser, con su cultura y civilizacion, con sus hábitos é instituciones.

En los dos continentes encontraron los conquistadores una civilizacion muy superior á la de los antillanos, y en las Antillas se observaba que los habitantes de Cuba y Trinidad, es decir, los más próximos á los continentes, se distinguian de sus vecinos de otras islas por un progreso y superioridad notables, resultando una escala de civilizacion ascendente, en razon directa de su proximidad á los Continentes, y vice-versa. En análoga proporcion se demostraban sus hábitos, costumbres, vida social y política, y la forma de su culto. Miéntras las tribus salvajes de uno y otro continente erigían suntuosos y soberbios templos á sus divinidades, consagrándolos al culto de éstas, nuestros indios, extraños por completo á todo arte arquitectónico, tenían sus ídolos, segun Herrera, en adoratorios dentro de sus bohíos, ó alguno mayor fuera de sus pueblos, dedicado al culto por la comunidad, y en el que conservaban al Cemí tutelar.

Hemos recorrido ligeramente el origen de las religiones paganas y expuesto las impresiones que determinan en el hombre primitivo las primeras ideas de

un poder sobrenatural, invisible, insustancial y todopoderoso, creador y director de la naturaleza y de los fenómenos que por lo extraordinario de su índole parecían incomprensibles; y para venir en conocimiento de la pretendida religion de nuestros indios borinqueños nos hemos aproximado á las fuentes de la historia, ávidos de descubrir la verdad en las narraciones de Oviedo, Herrera y otros; pero examinadas éstas á la clara luz de la razon, pronto hemos de convenir en que sus relatos, léjos de representar el resultado de sabias y escrupulosas observaciones, tan sólo consignan ideas y apreciaciones, fundadas en la impresion que les causaba la vista de algunos objetos curiosos encontrados en poder de los indios, tales como figuras talladas, influyendo poderosamente en sus juicios las ideas preconcebidas, y creyendo encontrar en los paises nuevamente descubiertos, los mismos pueblos paganos y salvajes de la antigüedad ú otros idénticos á los ya conocidos.

El mismo aborrecimiento que los conquistadores sentían hácia los cultos paganos les inducía á buscarlos y suponerlos entre los conquistados de estos paises.

Veamos ahora qué grado de verosimilitud podemos conceder á las pretendidas ideas religiosas de nuestros indios borinqueños, y el culto que rendían á sus esculturas.

El fetichismo es la forma más grosera de los primitivos tiempos religiosos. Consiste en la adoracion de objetos esculpidos en madera, metales, piedra ó barro, dándoles las más extrañas figuras, regularmente la de ciertos animales cuya fuerza, astucia ú otras cualidades extraordinarias son motivo de adoracion ó temor para el hombre. Algunos pueblos del Africa rinden culto á los animales que les causan daño ó beneficio; ciertas tribus del Egipto adoran la vaca ó el cocodrilo; otras del Congo adoran la serpiente; las meridionales la hiena, y así sucesivamente. Muy comun es tambien la adoracion del sol, la luna, algunos astros y constelaciones, un animal ó árbol, los rios y otros objetos.

Los mitógrafos describen un sin número de deidades adoradas por los pueblos politeistas griegos y romanos. Según Hesiodo habia dos mil ninfas, entre estas las Driadas, representadas en una mujer robusta cuya parte inferior terminaba en una especie de arabesco, indicando sus contornos prolongados el tronco de un árbol y sus raíces.

Herrera en su década primera, refiriéndose á la expedicion de Vasco Nuñez de Balboa al través del Istmo de Darien, dice que cierto cacique, al recibirle con sus compañeros y pronunciar algunas frases ceremoniales, levantó los ojos al sol como si le adorase y le reconociese por la divinidad dispensadora de bienes temporales.

Buscando Vazco Nuñez de Balboa en la misma expedicion el fantástico templo de oro de *Dobeyba*, los salvajes que habitaban en aquella parte, segun cuenta el historiador Pedro Mártir, hacian mencion de un monstruoso animal que infestaba aquél país, en el que habia aparecido poco antes de la llegada de los españoles y despues de un temporal y de una inundacion que devastó la comarca. Es de creerse que el tal animal, pintado por los salvajes como un ave monstruosa, fuese un condor, irresistiblemente impelido á aquel paraje por la violencia del temporal, lo que acontece con muchas aves en todos los huracanes.

Nuestros indios no adoraban el sol, ni la luna, ni los astros, ni tampoco animal ú objeto alguno. Su creencia en dos séres invisibles y superiores no está en manera alguna comprobada, bien que los historiadores la afirman, creyendo reconocer en las figuras esculpidas la personificacion tangible en que los indios representaban sus deidades. Además Oviedo exagera, tratándose de Santo Domingo y Puerto-Rico, las formas de estos fetiches, ó mejor dicho de estas raras figuras. Poseemos en nuestras colecciones un regular número de éllas, de barro y piedra. Las primeras representan en su mayor parte cabezas de mono ya sencillas, ya exage-

radamente desfigurados algunos órganos, como las orejas, obras adornadas caprichosamente, y algunas más imperfectas que parecen imitar la cabeza de un múcaro. No tenemos ni hemos visto ninguno de esos que describe Oviedo, "con muchas cabezas y colas, con caninas y feroces dentaduras y grandes colmillos, ojos encendidos (?) de dragon y feroz serpiente, como la figura abominable y descomunal del diablo, espantable y que pone mucho temor, regañando y feroz, como quien es"

De paso sea dicho, que esas figuras de *barro* parecen haber sido traídas por los caribes, según se ha explicado en otro capítulo.

Las figuras de piedra representan, á excepcion de algunas pocas, la cabeza y extremidades posteriores de un reptil batraquio, figuradas en las dos puntas bajas, elevándose en forma de cono y sin adornos la parte media ó dorsal. Su tamaño varía de 15 á 50 centímetros, y el material empleado es regularmente roca dura granítica, pórfido ó diorita, algunas areniscas y calizas. Una sola tiene la forma de una jutia. Hay además otras figuras de piedra en forma de placa: representan el sol, un pez ó una cabeza humana; una de ellas figura algo así como una cabeza disecada, según lo demuestran las profundas órbitas circulares y la boca desmesuradamente ancha y deprimida.

Es evidente que si los indios hubieran poseído ideas de un sér superior é individual, autor del bien, y otro inclinado al mal, en lugar del solo nombre *Cemí*, hubiesen adoptado dos, aplicando á cada uno de ellos un nombre diferente, siendo absurdo ó inconcebible confundir en un sólo nombre á dos entidades de distinta índole. Los historiadores sólo hablan del *Cemí*, dios de estos indios, y por las relaciones de Oviedo, se viene en conocimiento de que éste es el génio del mal, representado en la abominable figura del diablo. En ninguna parte nos habla este cronista de otra representacion que simbolize el génio del bien.

Parece lógico que la idea del *Cemí* debia representarse por medio de una figura agradable, y la del mal en otra repulsiva; pero no se concibe que se les aplique la de un sapo, un mono ó un murciélago.

El culto de los animales en ciertas tribus salvajes no tiene relacion alguna con la idea de un sér todopoderoso é invisible, que domina la naturaleza y los hombres y preside el movimiento universal. Más bien demuestra un miedo inconsciente á las fuerzas físicas que parecen sobrenaturales al hombre ignorante; pero en estas Islas no existía ningun animal feroz indígena ni importado que fuese capaz de infundir miedo ó terror á los naturales; no habia tampoco mamíferos carnívoros, ni reptiles formidables y venenosos; los únicos animales temibles por sus ponzoñosas y nunca mortales mordeduras se reducian á algunos insectos, la araña peluda y el cienpiés; solamente en el mar encontramos algunas fieras por su voracidad, tales como los tiburones; pero éstas no figuran en las esculturas de nuestros indios, y nadie ha reconocido que ellos le rindieran culto en parte alguna. Si en realidad hubieran poseido los indios la idea de un sér supremo personal ó invisible, autor del bien, su imaginacion les hubiera dado formas más en armonía con su índole perfecta y bienhechora, representando esa idea más claramente y ménos grosera, ménos imperfecta y desnaturalizada de lo que aparece en los antedichos objetos, que erróneamente se han considerado hasta ahora como ídolos ó fetiches adorados por los indios.

El animal en su naturaleza es inferior y no superior al hombre, y un dios en forma de animal no es dios, sino una caricatura.

A poco que se medite, ha de convenirse en que la idea de un doble principio divino separado en entidades opuestas, reclamaría distintas representaciones que correspondiesen de un modo más ó ménos perfecto con la naturaleza de dichos dioses; pero no puede en manera alguna concebirse que la esencia de la perversidad

y la destruccion recibiera todo el holocausto de un pueblo, anteponiéndola á la otra esencia del bien, autor y principio de todas las cosas, y por su naturaleza tambien superior á aquél.

Cuanto más penetramos en esta cuestion de las supuestas ideas religiosas de los indios, y á medida que las anteriores líneas esclarecen los grados de verdad que se deben conceder á dichas ideas, nos encontramos tambien ménos dispuestos á admitir en el indio borinqueño verdaderas ideas religiosas, fundadas en la existencia de un sér supremo, infinito, todopoderoso, autor y principio de todas las cosas; pero aún concediendo á los indios ideas vagas, ligerísimas, incoherentes y sin la fuerza de unidad que sólo presta un cuerpo de doctrina reflexiva y metódicamente establecida, es aventurado, ilológico y poco filosófico aceptar la idea de una verdadera religion.

De este punto de vista surgen necesariamente conclusiones contrarias al reconocimiento de una religion del pueblo primitivo borinqueño; de la idea cabal y positiva de un principio eterno y universal creador, conservador y director del mundo.

Las narraciones de Oviedo y Herrera no merecen, desde el punto de vista que hemos examinado las ideas religiosas de los indios, más crédito que el de aventuradísimas deducciones, resultantes de la supuesta inteligencia que pocas veces en materia de este género lograron establecer discuriendo con los indios, cuyo lenguaje era tan extraño á los españoles, como el de éstos á aquéllos.

Creemos oportuno recordar aquí que la fábula de los antropófagos caribes es una de tantas falsas aseveraciones que aún corren muy válidas en la opinion de los que no han meditado formalmente sobre los fundamentos naturales de semejante afirmacion.

Hay muchos sordo-mudos á quienes no se ha podido transmitir con precision la idea de Dios; y en ciertos paises que privan de civilizados, la poblacion rural

y ciertas masas de la urbana que permanecen privadas de toda instruccion, no es raro encontrar en éllas gentes que carecen en absoluto de ideas religiosas, ó que sólo conocen el nombre de Dios, sin darse cuenta de su significacion.

Aunque el tema que acabamos de abordar parezca una opinion personalísima, no debe olvidarse que multitud de viajeros dotados de sagaz espíritu de observacion y profundos conocimientos etnológicos, que han recorrido comarcas de salvajes y permanecido largo tiempo entre ellos, aseguran que en su mayor parte no tienen la menor idea de un sér supremo, y que otros se hallan privados de todo sentimiento religioso, ó no tienen templo ni culto alguno.

Vespucio, en sus cartas, describe los habitantes de la Isla de Trinidad y costa de Paria faltos de toda creencia religiosa, y por consiguiente de cualquiera especie de culto, sacrificios y oraciones.

El pueblo que carece de ideas religiosas, como el indio borinqueño, no reconoce el principio de un alma inmaterial, invisible, incorruptible, inmortal y eterna. Debemos, pues, acoger con la misma reserva las palabras de Fray Íñigo cuando afirma que los indios creian en la resurreccion de los difuntos.

Tanto esta narracion, como la que hacen los cronistas de las funciones, supersticiones y supercherías de los sacerdotes, revisten los caractéres de juicios preconcebidos en la mente de los primeros españoles que pisaron estas playas. Sus conocimientos de la historia y religion de los pueblos paganos antiguos y las extravagantes descripciones de los apartados pueblos del Asia, apenas visitados por algunos viajeros, surtian su imaginacion de conceptos más ó ménos modificados; pero siempre en la inteligencia de que habian llegado á aquellas regiones del Asia ó que se hallaban próximos á éllas, dando sin reservas por hecho, que los pueblos de las Indias occidentales, primeras descubiertas en América, profesaban la misma religion, los mismos há-

bitos é idénticas costumbres que los fantásticos pueblos de las Islas Masculina y Femenina de Brandan, de las siete ciudades, etc., etc. Aquellas apreciaciones y conceptos erróneos se han transmitido de generacion en generacion y hasta han llegado á arraigarse en el ánimo de los hombres pensadores.

Reasumiendo cuanto hemos expuesto en este capítulo de la religion de los indios borinqueños, nos creemos autorizados para establecer las siguientes conclusiones :

1.^a—Las narraciones de Oviedo y algunos otros cronistas no son el resultado de observaciones auténticas y bien comprobadas.

2.^a—Sus afirmaciones carecen de crédito, porque no podia existir inteligencia cabal entre dos pueblos incapaces de entenderse por medio del lenguaje.

3.^a—Las apreciaciones de estos cronistas son meras conjeturas, deducidas del conocimiento que pretendian poseer de los pueblos del Asia, poco conocidos aún en aquella época.

4.^a—No hay pruebas evidentes en los monumentos arqueológicos, ni de otra clase, que justifiquen la existencia de culto alguno religioso entre nuestros indios.

5.^a—Todo inclina á creer que los indios borinqueños carecian en absoluto de ideas religiosas.



ANTROPOFAGIA.

Durante largo tiempo ha prevalecido la opinion que atribuia á los caribes el hábito feroz de la antropofagia, sin que los progresos de la ciencia etnológica hayan podido vencer del todo tan erróneo concepto en el ánimo de muy inteligentes investigadores, los que, despues de convencidos de su error en un punto, se resisten á sacudir completamente ésta que más bien pudiéramos llamar preocupacion que conviccion, atrincherándose con tenacidad tras de pueblos salvajes nuevamente descubiertos, cuando va siendo insostenible tan falsa apreciacion, á medida que se aclara más y más el carácter de los pueblos primitivos ya conocidos y envueltos en la irresistible corriente de la moderna civilizacion que los eleva y dignifica.

Concedemos á esta cuestion tan notable importancia, que no podemos prescindir de tratarla en capítulo aparte, recopilando y ampliando lo ya dicho en capítulos anteriores.

La antropofagia, feroz costumbre atribuida en períodos anteriores á pueblos primitivos extinguidos, pero que aún en el presente recae sobre algunos del centro de Africa, de las Islas desiertas de la Oceanía y de varias partes del Asia, es un error insostenible que tambien en la época moderna reaparece por intervalos

cual repugnante recuerdo, revestido de una falsa validez y sostenido mediante el testimonio de algunos viajeros.

La creencia general en el siglo de Colon de la existencia de pueblos caníbales ó antropófagos, perturbaba la imaginacion del gran navegante y de sus compañeros á la vista de cualquier objeto que ofreciera el más ligero pretexto para dar forma de aparente realidad á sus preocupaciones fantásticas y juicios preconcebidos.

El erudito etnógrafo cubano D. Juan Ignacio de Armas, en su interesante folleto titulado: *La Fábula de los Caribes*, página 7, dice: “Llega Colon á América, y apenas ve sus costas y sus primeros habitantes, toma forma en su cerebro la idea de que allí existian los Caribes y las Amazonas de Horodoto y Jenofonte, de Estrabon y Plinio, de Solino y Pomponio, de Homero y Virgilio, de Marco Polo y Martin Behem. Otras alucinaciones históricas y geográficas perturbaban las luces de su espíritu; pero esa se sobreponia á las demás, y le preocupó constantemente, desde el memorable 12 de Octubre de 1492 en que pisó la primera Isla, hasta el 14 de Febrero de 1493, en que, destrozada su embarcacion por las tormentas, y próxima á hundirse en el Océano con el secreto de su gran descubrimiento, buscaba como un refugio la imaginaria Isla de las Amazonas.”

El supuesto canibalismo de los indios antillanos no era del todo infundado: un error originaba otro error. La interpretacion que dieron Colon y sus compañeros á las señas de los borincanos cautivos encontrados en la Guadalupe; el hallazgo de huesos humanos y los cráneos colgados en las casas, sirviendo aparentemente de vasos y utensilios domésticos, y últimamente la aseveracion de haber visto un pescuezo de hombre hirviendo en una olla, inducían á los españoles á creer que estaban en las mansiones de feroces y sanginarios caníbales ó caribes, terror de aquellos mares.

“Donde hallamos infinitos huesos de hombres, é los cascos de las cabezas colgados por las casas, á manera de vasijas para tener cosas Los huesos que en éstas casas hallamos todo lo que se puede roer todo lo tenían roído, que no habia en ellos sino lo que por su mucha dureza no se podia roer.”—CHANCA, *Carta á la ciudad de Sevilla*.

El padre Las Casas refiere este mismo pasaje como se verá en el siguiente párrafo, tomado de la parte 1.^a, cap. 84 de su *Historia de las Indias*.

“Trujeron dos mancebos, y por señas hicieron entender al Almirante que no eran de aquella Isla, sino de Boriquén, y esta es la que agora llamamos la Isla de Sant Juan; afirmaban cuanto ellos podian con manos y ojos mostrar, y con gestos de amarguísimas ánimas, que los de aquellas Islas eran caribes y que los habian preso y traído de Boriquén para los comer, como lo solian acostumbrar.”

Armas, comentando este párrafo, hace acertadamente la pregunta: “¿Y quién pudo entenderlos?”

Pero el padre Las Casas, ménos preocupado que Chanca, no presta en absoluto conformidad á las apreciaciones de sus contemporáneos. Oigámosle en el mismo lugar de su ántes citada *Historia*: “Vieron muchas cabezas de hombres colgados y restos de huesos humanos. Debian sêr de señores ó personas que éellos amaban, porque decir que eran de los que comian no es cosa probable; la razon es porque si éellos comian, tantos como dicen algunos, no cupieran en las casas los huesos y cabezas, y parece que despues de comidos no habia para qué guardar las cabezas y huesos como reliquias, si quizá no fuesen de algunos de sus muy capitales enemigos, y todo esto es de adivinar.”

La clara inteligencia del ilustrado y virtuoso padre Las Casas, de gratísima memoria en la historia primitiva de las Antillas, en cuya alma noble y generosa jamás tuvo cabida el odio hácia el indio ni la preven-

cion de los ofuscados conquistadores, no prestaba ascenso á los testimonios exagerados y faltos de toda razon sobre la supuesta antropofagia de los que, por un error geográfico, fueron gratuitamente llamados caribes. El acertado raciocinio y la serena refleccion del primero y más ardiente defensor de los desgraciados indios, tradujeron con el acierto del filósofo las observaciones que sirvieron de fundamento para declarar antropófagos á los indios de las pequeñas Antillas.

Reynal, en su ya citada obra *Histoire Philosophique* etc., concuerda con Las Casas en su apreciacion acerca de la antropofagia de los caribes.

Tambien Washington Irving, que ha escrito la mejor biografía de Colon que posee la literatura universal, desecha la infundada suposicion del canibalismo de los indios del modo siguiente: "Es de todo punto probable que muchas de las pinturas que se nos han dado de tan singular raza de gente hayan derivado su triste colorido del miedo de los indios y de las preocupaciones de los españoles. Eran los caribes el horror de los indios y la pesadilla de los españoles..... Estos (huesos humanos) cuando se encontraron en las viviendas en que moraban los habitantes indígenas de la Española, contra quienes no existía semejante preocupacion, se miraban regularmente como reliquias de los muertos, conservados por afecto ó reverencia; pero cualquiera de tales restos, hallado entre los caribes, se miraba con horror, como prueba de su canibalismo."

El trato íntimo con los indios, ya de unas, ya de otras Islas, hubo de desvanecer pronto en el ánimo de los conquistadores su falsa imputacion de canibalismo; pero en hombres de aquel carácter es difícil, si no imposible, abandonar una idea arraigada y rendirse á la evidencia. Era, pues, necesario inventar algo que dejara subsistente la declaracion de antropofagia recono-

cida por ellos al principio, y la especulacion y el interés resolvieron aquel conflicto.

El ingenio del Dr. Chanca se esforzaba en explicar el carácter diferencial entre el caribe y no caribe de esta manera: “Y allí conocimos cuáles eran caribes y no, de las mujeres, porque las caribes traian en las piernas en cada una dos argollas tejidas de algodón, la una junto con la rodilla, la otra junto con los tobillos; de manera que les hacen las pantorrillas grandes, y de los sobredichos lugares muy ceñidas, que esto me parece que tienen ellos por cosa gentil, así que por esta diferencia conocemos los unos de otros.” Y no conforme con esta su explicacion agrega: “É si por caso, cuando los vienen á saltar los puede prender, tambien se los comen como los de Caribe á ellos.”

Abundamos en el parecer de Armas cuando dice:

“La antropofagia no es un estado anterior al sistema normal de nutricion en el hombre, sino una degeneracion del hábito ya adquirido de consumir y asimilarse la materia orgánica de otros mamíferos. Entre el mono antropomorfo y el hombre civilizado no puede intercarse un carnicero. Así es que el vicio ó costumbre de devorarse unos á otros, no puede admitirse en ninguna sociedad, cualquiera que sea su grado de barbarie, porque esa sociedad, si llegara á constituirse con tal sistema, no tardaria en desaparecer, consumida por sus propias fuerzas destructivas. Sólo el terrible imperio de la necesidad y en algunos casos la exaltacion de las pasiones, pueden producir individual ó colectivamente la antropofagia; pero únicamente en personas ya avezadas á digerir otras carnes.”

A las juiciosas palabras de Armas hemos de agregar, que ninguna fiera, ni la más sanguinaria, se nutre habitualmente de sus compañeros de especie: acecha y devora otros animales más débiles é indefensos relativamente á ella, y por mucho que hagamos descender al

hombre salvaje de América ó de otra parte del mundo, sus condiciones intelectuales le asignan siempre y en todo caso un lugar mucho más elevado que el de una fiera; y el indio antillano, como en general el americano, era y es intelectualmente superior al salvaje del centro de Africa y de las Islas desiertas de la Oceanía. En manera alguna podemos colocar á unos y otros por debajo de las fieras. La abyeccion intelectual no los constituía en antropófagos ó caníbales.

Son otras las causas que pueden, por el terrible imperio de la necesidad, como bien dice Armas, determinar la destruccion mútua de la especie; y una de esas es el hambre en las extremas situaciones, regularmente por aislamiento. Las fieras, mientras permanecen en libertad y pueden buscarse el alimento y lo encuentran, no se atacan para devorarse unas á otras; pero sometidas al cautiverio muchas reunidas y faltas de alimento, las más robustas devoran á las más débiles. Somos testigos de hechos de esta clase en la Mangosta, *Herpestes pallidus*, pequeño carnicero de fiereza incomparable, introducido en la Isla para perseguir las ratas que devastan nuestros sembrados, especialmente los de caña dulce, y multiplicado con asombrosa rapidez. Colóquense varias mangostas en una jaula sin alimentarlas, y pronto se observará que las débiles van desapareciendo devoradas por las más robustas. Hechos semejantes se refieren tambien algunos en el hombre.

Los brazos y trozos de supuestos cuerpos humanos cocidos en ollas y dispuestos para comérselos, que vieron los descubridores de estas Antillas, eran sin duda de monos, despojados de su velluda epidermis por efecto de la coccion, y en este estado no sería fácil distinguirlos de iguales partes del hombre. A primera vista, los europeos creyeron reconocer cuerpos humanos, no se detuvieron á examinarlo, y aunque lo hubiesen hecho, tan grande es la semejanza entre iguales órganos del mono y del hombre, y además eran tan limitados los conocimientos especiales de aquellos primeros explora-

dores que necesariamente habian de incurrir en error y apartar la vista horrorizados. Los cráneos y huesos humanos que encontraron en las viviendas de los indígenas, eran reliquias de sus antepasados ó trofeos de vencidos en sus guerras.

El grado de la barbarie ó de ínfimas condiciones intelectuales de los salvajes moradores de las áridas regiones del centro de Africa y de las Islas desiertas de la Oceanía, pueden, asociados al imperio de la necesidad, conducirlos alguna vez al antropomorfismo, sin constituirse por esto en sistema de nutricion para todo un pueblo; pero en América no existe comarca alguna siquiera de mediana extension, en que el hombre por las fatales condiciones del suelo, se viese obligado á abandonar sus costumbres regulares y entregarse por necesidad á la antropofagia: por todas partes los productos naturales le brindaban alimento, y la pródiga naturaleza de las Antillas en tierra y mar era capaz de mantener á una poblacion cuyo número no era excesivo.

Ultimamente debemos repetir lo expresado en el capítulo que trata de las costumbres de nuestros indios. (Véanse páginas 55 y 56).

“Pueblos antropófagos jamás han existido ni puede haberlos. La antropofagia está en completa oposicion con las leyes naturales; la ciencia no la justifica, y la experiencia en los animales más fieros resulta contraria á la más injustificada imputacion que se ha vertido sobre el hombre salvaje. Las relaciones de los viajeros antiguos y modernos aseverando haber presenciado casos de antropofagia que pretenden hacer recaer sobre pueblos enteros, son insostenibles ante la crítica racional. Los sacrificios humanos, bárbara práctica de algunos pueblos naturales y hasta tambien de otros semicultos, nada tienen que ver con el canibalismo. La aberracion ó la corrupcion de las facultades mentales puede en un hombre, y con mayor razon en un salvaje, determinar actos inconscientes de antropofagia; pero

no se concibe que todo un pueblo participe espontáneamente de semejante anomalía en sus funciones intelectuales. Un pueblo que hubiese descendido á tal grado de abyeccion terminaría por consumirse á sí mismo y por ser destruido por sus vecinos.



JUEGOS DE BOLA.

Existen en varios puntos del interior de la Isla unos sitios que han llamado la curiosidad de las gentes del campo, y éstas les han dado el nombre de *Juegos de Bola*; juego de pelota de Oviedo.

Consisten estos sitios de unas piedras laminares de diverso grandor, las más grandes apenas exceden de un metro en su diámetro mayor, verticalmente colocadas formando un cuadro ó rectángulo de quince metros de lado más ó ménos, de manera que sus paredes se elevan poco sobre el nivel del terreno. La excesiva diseminacion y el poco espíritu de conservacion de la poblacion rural ha hecho desaparecer completamente algunos de estos sitios, y los restantes han sido en parte destruidos, de manera que no puede asegurarse si las paredes cerraban del todo el cuadro, ó si dejaban alguna abertura más ó ménos espaciosa en una esquina ú otro lugar de las paredes.

Uno de dichos sitios, ya destruidos, se hallaba á orillas del rio de Bayamon, al descender éste de la alta montaña, en la jurisdiccion de Aguas-Buenas limítrofe á la de Bayamon. Otro tambien destruido existia en una vegueta á orillas del rio de Manatí en la más elevada montaña, jurisdiccion del Corozal, colindante con

la de Barranquitas y barrio denominado *Maná*. Un tercer sitio hemos visto bastante conservado entre las jurisdicciones de Comerío y Barranquitas, en una pequeña planicie; pero algo distante de río alguno caudaloso. Tenemos noticia de otros en las jurisdicciones de Jallullas y Hatillo. La significación de estos sitios revela asientos de indios, ó al ménos es indudable que ellos formaron esas toscas paredes, aportando las piedras para formarlas, rebuscando las de forma lamelar y enclavándolas sólidamente en el suelo, dando á la construcción la forma cuadrada ó rectangular.

No es fácil asegurar á qué usos destinaban los indios estos sitios. Si han sido sepulturas de indios, necesariamente debieran haberse encontrado allí algunos de sus restos, es decir, huesos, á no ser que éstos reposen á mayor profundidad, pues el arado ha atravesado sus capas superficiales; también con otros instrumentos de labranza agrícola han revuelto y profundizado el terreno, y además la curiosidad ha hecho practicar algunas excavaciones, si bien infructuosas por cuanto al propósito que las ha motivado; pero investigaciones acertadas y bien dirigidas no sabemos que se hayan practicado.

Viviendas de indios principales protegidas por murallas capaces de saltarlas un niño y del todo inútiles, que no responden, pues, á un fin útil, no pueden haber sido.

Generalmente se admite por la gente del campo en especial, que estos sitios eran destinados por los indios para el juego de bola ó pelota de que nos habla Oviedo en su libro VI, cap. 1º y 2º, á que daban el nombre de *batey*. Esta opinión la robustece el hallazgo de muchas piedras esféricas encontradas juntas á otros objetos de procedencia india. Muchas conservan una forma tan bien redondeadas que no puede dudarse de que hayan sido labradas por los indios. Su tamaño varía desde el de una nuez hasta el de una bala de cañon de 24 libras.

Oigamos á Oviedo, el que dedica recuerdo á esta costumbre de nuestros indios:

“Y en cada plaça que avia en el pueblo ó villa estaba lugar diputado para el juego de pelota (que ellos llaman *batey*) y tambien á las salidas de los pueblos avia assí mismo sitio puesto con assientos, para los que mirassen el juego, é mayores que los de las plaças, de lo qual en el capítulo siguiente se tractará mas largo.”

Sea cierto ó nó el relato de Oviedo, poco interés despierta, admitiendo que estos sitios fuesen destinados á un inocente recreo del indio borincano, en que se trasluce la escuela para ejercitarse en sus habilidades guerreras, dirigiendo el certero tiro de la piedra y tal vez tambien el de sus flechas, macanas, lanzas, etc., ó bien instruyéndose en la lucha cuerpo á cuerpo, destinándose además y últimamente estos sitios para sus *areytos*, reuniones y toda clase de espectáculos y diversiones públicas.

Describe Oviedo las pelotas y el modo de jugarlas:

“É las pelotas son de una rayces de árboles é de hiervas é çumos é mezcla de cosas, que toda junta esta mixtura paresçe algo çerapez negra. Juntas estas y otras materias, cueçenlo todo é haçen una pasta; é redondéanla é haçen la pelota, tamaña como una de las de viento en España, é mayores é menores: la qual mixtura haçe una tez negra é no se pega á las manos; é despues que está enxuta tornasse algo esponjiosa, no porque tenga agujero ni vacuo alguno como la esponja pero alijerescesse, y es como fofa y algo pessada.”

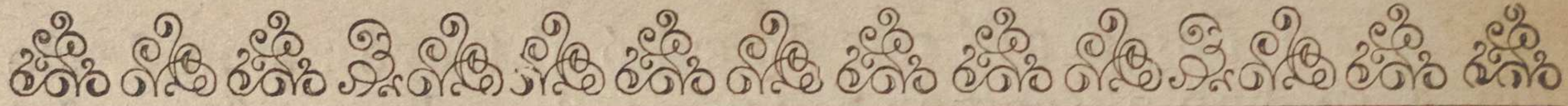
“Estas pelotas saltan mucho mas que las de viento sin comparacion, porque de solo soltalla de la mano en tierra, suben mucho mas para arriba, é dan un salto é otro é otro y muchos, disminuyendo en el saltar por sí mismas, como la haçen las pelotas de viento é muy mejor. Mas como son maçizas son algo pessadas; é si le diessen con la mano abierta ó con el puño çerrado

en pocos golpes abririan la mano ó la desconcertarian. Y á esta causa le dan con el hombro y con el cobdo y con la cabeça, y con la cadera lo mas continuo, ó con la rodilla; y con tanta presteza y soltura, que es mucho de ver su agilidad, porque aunque vaya la pelota quasi á par del suelo, se arrojan de tal manera desde tres ó quatro passos apartados, tendidos en el ayre, y le dan con la cadera para la rechaçar. Y de qualquier bote ó manera que la pelota vaya en el ayre [é no rastrando] es bien tocada; porque ellos no tienen por mala ninguna pelota [ó mal jugada], porque haya dado dos, ni tres, ni muchos saltos, con tanto que al herir, le den en el ayre. No hacen chaças sino pónense tantos á un cabo como á otro, partido el terreno á compas del juego, y los de acullá, la sueltan ó sirven una vez echándola en el ayre, esperando que le toque primero qualquiera de los contrarios; y en dándole aquél, luego subcede el que antes puede de los unos ó de los otros y çessan con toda la diligencia possible á ellos para herir la pelota. Y la contención es que los deste cabo la hagan passar del otro puesto adelante de los contrarios, ó aquellos la passen de los límites ó puestos destos otros; y no cessan hasta que la pelota va arrastrando que ya por no aver seydo el jugador á tiempo no hace bote, ó está tan lexos que no la alcança, é ella se muere ó se para de por sí. Y este vencimiento se cuenta por una raya, é tornan á servir para otra los que fueron servidos en la passada, é á tantas rayas cuantas primero se acordaron en la postura, vá el presçio que entre las partes se conçierta."

"Algo paresçe este juego en la opinion ó contraste del al de la chueca, salvo que en lugar de la chueca es la pelota, y en lugar del cayado es el hombro ó cadera del jugador, con que la hiere ó rechaça. Y aunque hay otra diferencia en esto: y es que siendo el juego en el campo y no en la calle, señalada está la anchura del juego; y el que la pelota echa fuera de aquella latitud, pierde é los de su partida la raya, é tórnasse á servir la

pelota, no desde allí por do salió al través, sino desde donde se habia servido antes que la echasen fuera del juego.”

De la primera parte de esta descripcion casi podemos deducir, que Oviedo hablaba de los indios del Continente sur-americano y nó de las Antillas. Aquí no existe materia alguna vegetal que por el procedimiento indicado diese por resultado cuerpos elásticos, siendo probable que los indios de Costa-Firme extrajeran la *goma elástica* del árbol *Siphonia elastica* de la familia de las Enforbiaceas, propia de esos paises. El jugo de esta planta se endurece al aire y suministra la goma elástica: los indios no debian desconocer esto.



OBJETOS NOTABLES.

DE LA COLECCION ETNOLÓGICA INDO-BORINCANA
DEL AUTOR.

HACHAS (piedras de rayo.)

- NÚM. 1.--(¹) Es un ejemplar de tamaño extraordinario, el mayor de la coleccion, la roca empleada es arenisca, sus dimensiones 33 cm. largo, 14 ancho y 4 grueso, el peso 3 kilos 440 gramos. Es de sentirse su imperfeccion, pues carece de punta y se halla maltratado.
- NÚM. 2—Sigue al anterior otro ejemplar grande y tambien imperfecto, labrado en arcilla metamórfica, sus dimensiones son 31 cm. largo, 16 ancho, y 4 grueso, el peso 2 kilos 480 gramos.
- NÚM. 3—Hermosa pieza bastante perfecta y completa, plana y ancha, color gris, construida de pórfido, las dimensiones 25 cm. largo, 10 ancho y 3 grueso, el peso 1 kilo 215 gramos. Difiere de las demás en su forma, teniendo la punta ó vértice cóncava con dos puntas salientes á ámbos lados.

(1) Número del catálogo de la coleccion.

- NÚM. 11—Hermosa y perfecta hacha gris de arenisca fina, sus dimensiones son 23 cm. largo, 8 ancho y 4 grueso, su peso 995 gramos.
- NÚM. 14—Parecida á la que precede, color negro y de la misma roca. Tiene 22 cm. largo, 8 ancho y 3 grueso, su peso 785 gramos.
- NÚMS. 15 y 16—Son parecidas á las anteriores, color gris, formadas de pórfido.
- NÚM. 37 —Perfecta, negra y de forma alargada, la materia empleada es piedra de toque, mide 19 cm. de largo, 5 de ancho y 3 de grueso, su peso 630 gramos.
- NÚM. 49—Es de forma elíptica, alargada y puntiguda, roca arenisca, mide 17 cm. longitud, 3 ancho y 3 espesor, su peso 330 gramos.
- NÚM. 50—Ejemplar perfecto de feldespato, igual á la anterior, pero doble más gruesa.
- NÚM. 64—Hermosa piedra de serpentina azul, perfecta, mide 16 cm. de largo, 6 de ancho y 3, 5 de grueso, su peso 625 gramos.
- NUM. 65—Igual á la anterior, pero de color gris amarillo y menor peso.
- NUM. 72—Ejemplar hermoso y perfecto de color blanco, la roca empleada es feldespato, sus dimensiones son 15 cm. largo, 5 ancho y 3 grueso y pesa 440 gramos.
- NUM. 79 —Ejemplar de admirable perfeccion, hermoso color azul, hecho de serpentina, mide 15 cm. de largo, 5 ancho y 4 grueso, su peso 495 gramos.
- NUM. 109—Perfecto ejemplar de piedra de toque negra, mide 15 cm. largo, 6 ancho y 3 grueso, pesa 430 gramos.
- NUM. 139 —De pórfido azul oscuro, muy perfecto, mide 13 cm. largo, 5 ancho y 3 espesor, el peso es de 380 gramos.
- NUM. 140—Parecido al anterior.

- NUM. 173 —De construccion perfecta, de serpentina azul, tamaño regular, 11 cm. largo, 5 ancho y 3 grueso, peso 260 gramos.
- NUM. 176—De forma estrecha, elíptica alargada, labrada en pórfido, mide 13 cm. largo, 3 ancho y 2 grueso, pesa 150 gramos.
- NUM. 182—Perfecta, de piedra de toque negra, más gruesa, ancha y pesada que la anterior.
- NUM. 204—Ejemplar perfecto de arenisca fina oscura, dimensiones regulares, 11 cm. largo, 5 ancho y 3 grueso por 235 gramos peso.
- NUM. 207—Perfecto ejemplar de piedra caliza metamórfica blanca, mide 10 cm. largo, 5 ancho y 3 grueso y pesa 280 gramos.
- NUMS. 224 y 225 —Son ejemplares hermosos y perfectos de serpentina azul, dimensiones y peso regulares.
- NUM. 230—Próximamente igual á los dos anteriores.
- NUM. 273—Notable por su color rojizo, es una piedra completa de arenisca fina, mide 9 cm. de largo, 5 de ancho y 2 de grueso y pesa 150 gramos.
- NUM. 280—Es un ejemplar de medianas dimensiones, formado de serpentina azul, mide 8 cm. longitud, 4 anchura y 3 espesor y pesa 134 gramos.
- NUM. 296—Semejante al anterior de piedra de toque negra, mide 9 cm. de largo, 4 ancho y 2 grueso con 110 gramos de peso.
- NUMS. 299 y 300—Son buenas hachas de arenisca fina, la primera oscura y la otra de color claro, dimensiones y peso medianos.
- NUMS. 310, 313 y 314 —Son ejemplares perfectos de piedra de toque, todas oscuras, peso y dimensiones regulares.
- NUMS. 355 hasta 363 son todas de forma de cincel, labradas en arenisca fina y piedra de toque, color variado, dimensiones y peso diversos, desde 8 hasta 14 cm. largo y 60 hasta 135 gramos de peso.

- NUMS. 366 y 367—Tienen la forma triangular, están labradas en arenisca, una poco mayor que la otra, peso y dimensiones regulares.
- NUM. 371 —Pequeño ejemplar perfecto.
- NUMS. 285, 286, 294, 309, 325 y 368—Son tan imperfectas que parecen más bien hallarse en construcción.
- NUMS. 383 y 384—Son buenos ejemplares de arenisca fina, miden de 7 á 8 cm. longitud por 4 anchura y 2 espesor, su peso 123 y 100 gramos respectivamente.
- NUM. 400—Las hachas que siguen desde este número en adelante son algo menores que las medianas. Este es un bello ejemplar de piedra de toque negra, mide 8 cm. largo, 4 ancho y 2 espesor, el peso es de 95 gramos.
- NUM. 401—Representa también una buena hacha de arenisca fina gris, es más larga y más angosta que la anterior, con menos peso.
- NUM. 415—Pequeña hacha completa de piedra de toque negra, mide 7 cm. largo, 3 á 4 ancho y 2 grueso, pesa 80 gramos.
- NUM. 426—Buena pieza de pórfido negro, algo gruesa y pesada: 7 cm. largo, 4 ancho y 2 ó 3 grueso, pesa 105 gramos.
- NUMS. 428, 430, 435, 436, 438, 444, 446, 449, 452 y siguientes son todos buenos ejemplares, aunque no muy perfectos.
- NUM. 529—Podemos decir que con este número dan principio las hachas pequeñas. Esta es perfecta, labrada en arenisca fina rojiza, mide 5 cm. largo, 2 ancho y 1 espesor y pesa 22 gramos.
- NUMS. 526 y 527—Son también perfectas y tan buenas y perfectas como la anterior.
- NUM. 533—Esta y todas las siguientes hasta núm. 600 son solamente trozos más ó menos perfectos, ya puntas, ya bases de hachas deterioradas.
-

FIGURAS (Idolos.)

- NUM. 601—Representa una cara humana, su forma es ovalada, cerca del borde superior hay un agujero, está hecha de piedra arenisca. Parece ser un amuleto para llevarlo colgado al cuello. Mide 13 cm. de largo por 9 ancho y pesa 635 gramos.
- NUM. 603—Representa más bien una calavera que una cara, atresada longitudinalmente por un eje cuyas dos puntas sobresalen poco. Está hecho de piedra arenisca negra, mide 15 cm. largo, 10 ancho y 6 altura y pesa 114 gramos.
- NUM. 604—Representa lo que la anterior; pero mucho mayor, construida en mármol blanco, muy perfecta, los arcos sigomáticos atravesados por agujeros. Mide 17 cm. de largo, pesa 2 kilos y 200 gramos.
- NUM. 608—Figura elíptica, cónica en el medio, de pórvido oscuro, bien pulimentado. Representa en los dos extremos las partes anteriores y posteriores de una hutia. Mide 27 cm. de largo, 12 de ancho y 12 de alto, pesa 348 gramos.
- NUM. 609—Tambien de base elíptica y centro elevado en forma de cono, como la anterior y las siguientes. Ejemplar grande, representa en una punta la cabeza de una tortuga con adornos caprichosos y en la opuesta las partes posteriores del animal. Mide 28 cm. de largo por 14 de ancho.
- NUM. 610—Hermoso ejemplar, alto, maltrado, de gran tamaño, labrado con admirable perfeccion en piedra arenisca, poco pulimentado. En un extremo figura una cabeza de tortuga. Mide 31 cm.

- NUM. 611—El mejor, más grande y más perfecto de todos los ejemplares que figuran en la coleccion, labrado en pórfido negro. Representa tambien una tortuga ó sapo aplastado, la frente y nariz muy elevadas, adornadas, en cada costado dos hoyos simétricos á la punta.
- NUM. 612—Ejemplar labrado en piedra caliza, algo maltratado, largo y poco elevado, mide 24 cm. de largo, 10 de ancho y 8 de elevacion. Representa de un lado una cara humana ornamentada. Este ejemplar y los siguientes son más pequeños que los que preceden.
- NUM. 618—Hermoso ejemplar de estas figuras bien conservadas, de cuarzo puro. Solo mide 10 cm. largo, 6 de ancho y 7 de alto, pesa 450 gramos.
- NUM. 619—Representa una figura de piedra caliza en forma de oreja, en un extremo hay una cabeza de mono con un hoyo bien circular á cada lado, dejando un tabique en el medio.
- NUM. 620—Pequeñísima figura triangular, tosca, de piedra negra. Semeja á las anteriores.
- NUM. 621—Dan principio con este número las figuras de barro cocido sin vidriar que representan en su mayor parte cabezas de mono ornamentadas.
- NUM. 640—Sobre una cara de una piedra de arenisca negra y aplanada se ha gravado una cara perfilada, toscamente los ojos, nariz y boca, rodeada de líneas radiantes, representando el sol ó la luna. Mide 6 cm. de largo y 5 de ancho.
- NUM. 641—Piedra plana y óvala, representando un pez.
- NUM. 642—Extraña figura de base elíptica y centro cónico, las puntas con iguales representaciones muy ornamentadas.
- NUM. 644—Extraña figura de base elíptica, el todo semicircular con una cara ó caravela tallada en relieve en una de sus caras. Mide 18 cm. de largo, 7 de ancho y 13 de alto. Piedra caliza.

BANDAS O COLLERAS

- NUM. 645—Pequeña banda delgada, bien construida con pocos adornos. Mide 40 cm. de largo por 27 de ancho.
- NUM. 646—Grande y pesada banda de forma oblonga con dibujos exteriores en ambos lados.
- NUM. 651—Forma ovalada oblonga. Juntura aparente á un lado, debajo una extraña figura cincelada, y en ambas caras corre un ribete ó cintura por los dos lados.
- NUM. 655—Sencilla, de forma ovalada, gruesa y pesada, parece hallarse en construccion.
- NUM. 658—Hermosa banda fracturada en dos. A un lado una cresta y cuadro con dibujos de líneas cruzadas, talladas en relieve, y al otro un segundo cuadro con una cavidad.
- NUM. 660—Trozo de una banda, parte inferior ó punta, ornamentada con magníficos gravados representando una cabeza ó calavera de indio, ojos y boca grandes, orlada de una ornamentacion extraña y simétrica á ambos lados que recuerda las antiguas figuras egipcias. Cuatro pequeños hoyos simétricos á los lados, en el vértice y la base son aquí como en todos los dibujos bien característicos.
-

MOLINOS O MORTEROS.

- NUM. 667—Molino ó mortero de piedra granítica para moler maíz y granos, sostenido con 4 piés, todo de una pieza, la superficie algo concavada. Mide 23 cm. longitud, 16 de ancho y 6 de altura en el medio; pesa uno y medio kilo.

- NUM. 668—Molino tambien primitivo, más tosco que el primero y la superficie más plana. Próximamente las mismas dimensiones del anterior.
- NUM. 669—Mortero de regular tamaño, poco ahuecado.
- NUM. 670—Gran mortero bastante hondeado, sin piés, pero con una ligera decoracion en el borde, en un extremo. Mide 30 cm. de largo y 10 de alto.
- NUM. 671—Pequeño mortero semiesférico, construido de piedra arenisca negra, pesa 750 gramos.
- NUM. 672—Pequeño mortero, pesa 300 gramos.
- NUM. 673—Pequeño mortero aplanado, de doble cavidad, pesa 340 gramos. Estos pequeños morteros y el pistilo Núm. 509 al parecer se empleaban para preparar las pinturas con que se teñian el cuerpo.
- NUM. 676—Pequeño mortero en forma de cuchara.

DIVERSOS OBJETOS.

- NUM. 679—Piedra plana de serpentina con bellos adornos de líneas y círculos grabados y un agujero en una parte saliente. Mide 9 cm.
- NUM. 680—Piedra arenisca triangular, puntiaguda, al parecer un martillo. Mide 14 cm. de alto, 13 de ancho en la base y 35 cm. de espesor, pesa 760 gramos.
- NUM. 682—Parecida á la anterior, sin ser puntiaguda.
- NUM. 684—Gran piedra de forma semiovalada con grabados bien ejecutados.
- NUM. 685—Amuleto de piedra negra, forma triangular con agujero en la punta. Mide 76 cm. de largo, 60 ancho, 20 espesor y pesa 105 gramos.
- NUM. 686—Amuleto de forma discoidea, dimensiones casi iguales al anterior.
- NUM. 688—Piedra oblonga, pulimentada, perforada por su eje longitudinal. Mide 65 cm. de largo.

- NUM. 694—Pequeña piedra elíptica de 35 cm. longitud perforada por su eje longitudinal.
- NUM. 701—Amuleto de piedra negra, blanda, lustrosa y plana de forma ovalada, recortada en los bordes, con rayas simétricas en una cara y perforada en el centro y un extremo. Mide 4 cm. de largo.
- NUM. 702—Pequeño disco en forma de boton de piedra blanda con una estrella de 4 puntas en una cara y un círculo con radios en la otra.
- NUM. 703—Piedra en forma de cayado. Se ha empleado en estas tres figuras una piedra terrosa negra algo parecida al talco.
- NUM. 717—Bola de granito bien esférica y bruñida. Mide 6 cm. diámetro y pesa 320 gramos. Las siguientes son ménos perfectas y más pequeñas.
- NUM. 737—Serpiente enroscada devorando un ave de rapiña, hecha de barro cocido. Es de origen dudoso y se ha descrito ya en la pág. 156. Encontrado en Yabucoa, barrio de la Guayabota, junto con una banda. Sus dimensiones son 23 cm. diámetro por 12 de altura. Las escamas de la serpiente se han labrado con increíble paciencia en líneas paralelas, siendo notable el cambio de direccion de estas líneas por razon del engrosamiento de la cabeza; el margen de las mandíbulas está bien marcado, igualmente las fosas nasales; pero los ojos son excesivamente grandes, y sobre todo el dorso se marca una elevacion que por encima del cuello y cabeza se convierte en cresta, separándose el escultor en estas partes del modelo natural. La serpiente ha envuelto el ave con su cola, la punta comprime el cuello, en tanto que ha mordido el pico para devorarlo, empezando por la cabeza, como es costumbre devorar las serpientes á todos los animales que apresa. Por la configuracion del pájaro podemos deducir que se ha copiado al Guincho

ó Aguila marina, *Pandion carolinensis*, gran ave de rapiña que visita nuestras costas y rios en los meses de invierno, en que inmigra del S. de los Estados-Unidos; se nutre de peces; sus patas son robustas, con éllas trata de defenderse clavando sus grandes uñas agudas y encorvadas en el cuerpo de la serpiente. El cuello algo prolongado y la especie de moña que el escultor no ha olvidado, inducen á reconocer en esta ave al Guincho.

NUM. 740—Banquillo formado de un trozo de corteza de Magar, *Thespesia grandiflora*, todo de una pieza. Las cuatro patas simétricas resultan de cuatro ramas casualmente dispuestas para servir al objeto que se ha destinado. El espaldar, más alto, está recortado en la punta y presenta un agujero triangular; la parte delantera continúa en una pequeña cabeza de hicotea mal labrada. Mide 75 cm. longitud, 19 de ancho, 8 de alto en el asiento y 30 en el espaldar.



CATÁLOGO DE LA COLECCION.

I. HACHAS. (Piedras de rayo.)

NUMS. 1 hasta 50—Son ejemplares de gran tamaño. Miden y pesan desde 33 cm. longitud, 14 ancho y 5 grueso y 3,440 gramos peso hasta 17 cm. longitud, 7 ancho y 4 grueso y 600 gramos peso.

NUMS. 51 hasta 100—Disminuyen en dimension y peso, desde 16 cm. largo, 6 ancho y 4 espesor y 645 gramos peso hasta 14 cm. largo, 6 ancho y 4 espesor y 420 gramos peso.

NUMS. 101 hasta 200—De dimensiones regulares, desde la última indicada hasta 11 cm. largo, 5 ancho y 3 espesor y 270 gramos peso.

NUMS. 201 hasta 300—Varian poco de las que preceden.

NUMS. 301 hasta 400—Son de mediano tamaño, desde 9 cm. largo, 4 ancho y 2 ó 3 espesor y 120 gramos peso hasta 8 cm. largo, 4 ancho y 2 ó 3 espesor y 95 gramos peso.

NUMS. 401 hasta 500—Son de pequeñas dimensiones, desde 8 cm. largo, 4 ancho y 2 espesor y 80 gramos peso hasta 6 cm. largo, 3 ancho y 2 ó 3 espesor y 50 gramos peso.

NUMS. 501 hasta 532--Poco menores que las que preceden.

NUMS. 533 hasta 600—Son trozos de hachas, ya puntas, ya bases.

II. FIGURAS O IDOLOS

NUM. 601—Cara humana en piedra arenisca blanca, forma plana, ovalada con un agujero arriba. Tal vez amuleto que se usara colgado al cuello. Mide 13 cm. largo, 9 ancho y 635 gramos peso.

NUM. 602—Piedra de cuarzo triangular, pulimentada con base de sustentacion, parece ídolo en construccion, igual á los siguientes; puntas quebradas. Mide 7 cm. largo, 9 ancho y 4 alto.

NUM. 603—Figura de calavera atravesada, saliendo arriba y abajo el eje que la sustenta. Arenisca negra. Mide 15 cm. largo, 9 ancho, 6 alto y 114 gramos peso.

NUM. 604—Semejante á la anterior, pero mucho mayor, construida en mármol blanco, muy perfecta, atravesados los arcos zigomáticos por pequeños agujeros. Mide 17 cm. de largo, pesa 2 kilos y 200 gramos.

NUM. 605—Ídolo triangular de piedra caliza blanca metamórfica. Mide 10 cm. largo, 4 ancho, 6 alto y 210 gramos peso.

NUM. 606—Id. id. Representa en una punta la cabeza de una tortuga y en la otra las patas posteriores. Mide 21 cm. largo, 10 ancho, 10 alto y 164 gramos peso.

NUM. 607—Id. id. maltratado y mal construido. Mide 11 cm. largo. 9 ancho, 9 alto y 174 gramos peso.

NUM. 608—Igual á los anteriores, de pórfido pulido. Representa en las dos puntas las partes anteriores y posteriores de una hutia; el centro se ele-

va en punta como todos los ídolos de esta clase. Mide 27 cm. largo, 12 ancho, 12 alto y 348 gramos peso.

- NUM. 609—Ídolo como el anterior, representa en una punta la cabeza de una tortuga con adornos caprichosos, y en la opuesta la parte posterior del animal. Mide 28 cm. largo, 14 ancho y 14 alto.
- NUM. 610—Idem idem de vertice muy alto y agudo, de pórfido poco bruñido. En un extremo representa una cabeza humana, y en el opuesto no se reconoce lo que quiere figurar. Mide 31 cm. largo, 14 ancho y 16 alto.
- NUM. 611—Hermoso ejemplar igual á los anteriores; la punta adornada con 4 hoyos y una faja surcada; los extremos representan una cabeza de tortuga adornada y su parte posterior. Mide 30 cm. largo, 12 ancho y 15 alto.
- NUM. 612—Ejemplar maltratado, labrado en piedra caliza, largo y poco elevado. Mide 24 cm. largo, 10 ancho y 8 elevacion. Representa de un lado una cara humana ornamentada.
- NUM. 613—Igual al anterior, pero de piedra más dura.
- NUM. 614—Ejemplar maltratado de piedra caliza.
- NUM. 615—Ejemplar muy maltratado y trunca la parte posterior. Representa cabeza humana ó de tortuga en una extremidad.
- NUM. 616—Mitad anterior representando una cabeza humana. Sus dimensiones debieran exceder á las de las anteriores figuras.
- NUM. 617—Ejemplar maltratado como el anterior, representa cabeza humana en la única extremidad conservada.
- NUM. 618—Hermoso ejemplar de estos ídolos bien conservado, de cuarso puro, representa la cabeza de una tortuga y las patas posteriores en un extremo y otro. Mide 10 cm. largo, 6 ancho, 6 alto y 450 gramos peso.

- NUM. 619—Figura de piedra caliza en forma de oreja, representa en un extremo la cabeza de un mono con un agujero en el centro practicado en ambos lados, pero dejando un tabique en el medio. Pesa 135 gramos.
- NUM. 620—Pequeñísima figura triangular, tosca de una piedra negra y blanda construida. Mide 2 cm. largo, 2 ancho y 2 alto.
- NUM. 621—Figura de barro cocido sin vidrear, representa una cabeza de mono. Pesa 75 gramos.
- NUM. 622—Idem idem.
- NUM. 623—Idem idem.
- NUM. 624—Figura de barro; representa tambien una cabeza de mono, bien ejecutada sobre base imperfecta. Pesa 100 gramos.
- NUM. 625—Idem idem, cabeza adornada de forma extraña. Pesa 75 gramos.
- NUM. 626—Idem idem adornada. Pesa 55 gramos.
- NUM. 627—Idem idem.
- NUM. 628—Idem idem.
- NUM. 629—Idem idem. Ejemplar tosco.
- NUM. 630—Idem idem. Pesa 30 gramos.
- NUM. 631—Idem idem con grandes orejas, pesa 62 gramos.
- NUM. 632—Idem idem muy tosco.
- NUM. 633—Idem idem con orejas grandes, pesa 55 gramos.
- NUM. 634—Idem idem cabeza monstruosa, ornamentada, pesa 160 gramos.
- NUM. 635—Idem idem cabeza de múcaro, tosca.
- NUM. 636—Idem idem cabeza de mono sobre base triangular.
- NUM. 637—Idem idem con adornos groseros, pesa 100 gramos.
- NUM. 638—Pié de idem
- NUM. 639— Parece representar la planta del pié.

- NUM. 640—Piedra aplanada, óvala. En una de sus superficies se halla grabada una cara perfilada, rodeada de líneas radiantes, representando el sol ó la luna. Mide 63 mm. de largo y 50 de ancho y pesa 80 gramos.
- NUM. 641—Piedra caliza plana, óvala, representando un pez.
- NUM. 642—Figura de base elíptica y centro cónico, las puntas con iguales representaciones, muy ornamentadas.
- NUM. 643—De la especie anterior, muy maltratada.
- NUM. 644—Extraña figura de base eclíptica, el todo semicircular con una cara ó caravela tallada en relieve en una de las caras. Mide 18 cm. largo, 7 ancho y 13 alto. Piedra caliza.

III. BANDAS O COLLERAS.

- NUM. 645—Pequeña banda delgada, bien ejecutada, pocos adornos. Mide 40 cm. largo por 27 ancho.
- NUM. 646—Grande y pesada banda de forma oblonga con dibujos exteriores en ambos lados.
- NUM. 647—Banda de regulares dimensiones y en buen estado.
- NUM. 648—Buen ejemplar,
- NUM. 649—Buena banda adornada con figuras geométricas y crestas grabadas en relieve á los lados, bien manifiesta la juntura aparente.
- NUM. 650—Idem con adornos, cresta y juntura.
- NUM. 651—Forma ovalada oblonga, juntura aparente á un lado, debajo una extraña figura cincelada, y en ambas cara corre un ribete ó cintura por los dos lados.
- NUM. 652—Sencilla, ovalada, revela poca habilidad en el constructor; juntura aparente bien dispuesta.

- NUM. 653—Idem idem, juntura aparente y adornos á un lado.
- NUM. 654—Idem idem, fracturada en dos.
- NUM. 655—Idem idem, forma ovalada, parece en construcción, gruesa, pesada.
- NUM. 656—Idem en forma de gran piedra con agujero en el centro, parece ser una collera en construcción en su forma más primitiva, ó tal vez servía de blanco en los juegos de bola ó flecha y lanza.
- NUM. 657—Idem grande, gruesa, adornada con dibujos, parece no estar terminada.
- NUM. 658—Hermosa collera con adornos, fracturada en dos. A un lado una cresta y cuadro con dibujos de líneas cruzadas, y al otro un segundo cuadro con una cavidad.
- NUM. 659—Buena banda bien conservada.
- NUM. 660—Trozo de una collera, parte inferior, con magníficos grabados representando cabeza de indio adornada. (Véase página 192.)
- NUM. 661—Parte ó trozo inferior de una collera.
- NUM. 662—Parte superior de una banda.
- NUM. 663—Punta de una banda.
- NUM. 664—Idem idem adornada con surcos.
- NUM. 665—El costado de una banda con juntura aparente.
- NUM. 666—Trozo de idem.

IV. MOLINOS O MORTEROS.

- NUM. 667—Molino ó mortero primitivo para moler maíz y granos, sobre 4 piés sostenido, todo una pieza de piedra arenisca oscura, 23 cm. largo, 16 cm. ancho, 6 alto en el medio y 8 en las cabezas. Tiene su pistilo; pesa uno y medio kilogramos.

- NUM. 668.—Idem idem 18 cm. largo, 16 ancho, 10 alto, $3\frac{1}{2}$ kilogramos peso.
- NUM. 669.—Gran mortero ó molino, forma entre cuadrada y redondeada, bordes agudos, bastante hondeado, sin piés y con una decoracion sencilla en un extremo. Mide 30 cm. largo y 10 alto. Tiene su pistilo.
- NUM. 670.—Mortero de regular tamaño sencillamente ahuecado, con pistilo.
- NUM. 671.—Idem pequeño, semiesférico, construido de piedra arenisca negra como el anterior; tiene pistilo. Pesa 750 gramos.
- NUM. 672.—Pequeño y sencillo mortero de piedra arenisca blanca. Pesa 300 gramos.
- NUM. 673.—Mortero pequeño aplanado, subesférico, doble cavidad, hecho de piedra arenisca oscura. Pesa 340 gramos.
- NUM. 674.—Gran pistilo de mortero. Pesa 870 gramos.
- NUM. 675.—Pistilo, al parecer para moler pintura, que usaran los indios para el tetovage. Está hecho de piedra arenisco-cal cárea, color amarilioso. Mide 5 cm. largo, 26 mm. base y 50 gramos peso.
- NUM. 676.—Pequeño mortero en forma de cuchara.
- NUM. 677.—Objeto dudoso, al parecer una mano de mortero ó pistilo.
- NUM. 678.—Al parecer es el trozo de un pistilo.

V. OBJETOS DIVERSOS.

- NUM. 679.—Piedra de serpentina con bellos adornos de líneas y círculos grabados y un agujero en una parte saliente. Mide 9 cm.
- NUM. 680.—Martillo, al parecer. Mide 143 mm. alto, 130 ancho en la base y 35 grueso. Pesa 760 gramos; piedra arenisca.

- NUM. 681 —Idem idem 140 mm. alto, 105 en la base y 40 espesor. Pesa 850 gramos.
- NUM. 682—Idem algo imperfecto, de arenisca. Mide 110 mm. alto, 100 ancho y 35 grueso.
- NUM. 683—Martillo, al parecer en construccion, hecho de arcilla metamórfica, color amarillo. Mide 110 mm. largo, 70 ancho y 20 grueso.
- NUM. 684—Gran piedra negra de forma semiovalada con grabados bien ejecutados.
- NUM. 685—Amuleto de piedra negra, forma triangular con agujero en la punta. Mide 76 mm. largo, 60 ancho, 20 grueso y 105 gramos peso.
- NUM. 686 —Idem, forma discoidea, piedra negra, perforado cerca del borde. Mide 52 mm. diámetro, 60 gramos peso.
- NUM. 687—Piedra plana, bien pulimentada, óvala. Mide 65 mm. largo, 40 ancho y 20 grueso, Pesa 78 gramos.
- NUM. 688—Piedra ovalada oblonga, pulimentada, perforada por el eje longitudinal. Mide 65 mm. largo, 22 ancho y 68 gramos peso.
- NUM. 689—Idem sin perforar.
- NUM. 690—Idem idem sin agujero, color negro. Mide 62 mm. por 23 y pesa 63 gramos.
- NUM. 691—Idem idem 80 mm. por 30.
- NUM. 692—Parece amuleto en construccion, plano, subtriangular, base redondeada. Mide 40 mm. diámetro; piedra calcárea.
- NUM. 693—Piedra negra que parece representar una hacha ó ídolo en construccion. Mide 135 mm. largo.
- NUM. 694—Pequeña piedra elíptica de 35 mm. longitud, perforada por su eje longitudinal,
- NUM. 695—Piedra de toque, forma óvala, gastada en dos lados opuestos por frotamiento, parece hacha en construccion. Mide 75 mm. largo, 50 ancho.
- NUM. 696—Idem por un lado gastada por pulimento, parece hacha en construccion. Mide 90 mm. largo.

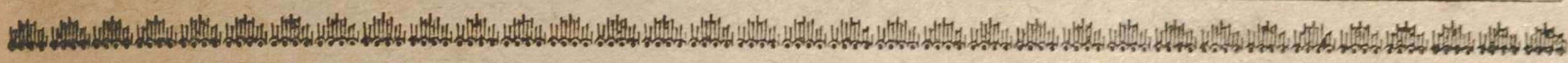
- NUM. 697—Idem idem. Mide 113 mm. largo.
- NUM. 698—Idem idem, forma de buril. Mide 105 mm. largo, piedra arenisca.
- NUM. 699—Idem idem, gastada por pulimento por un lado; piedra arenisca, y mide 77 mm. largo.
- NUM. 700—Dudoso. Parece hacha en construccion. Mide 180 mm. largo, 64 ancho, 26 grueso.
- NUM. 701—Amuleto de piedra negra, blanda, lustrosa y plana, de forma ovalada, recortada en los bordes, con rayas simétricas en una cara y perforada en el centro y un extremo. Mide 4 cm. de largo.
- NUM. 702—Pequeño disco en forma de boton, de piedra blanda con una estrella de 4 puntas en una cara y un círculo con radios en la otra.
- NUM. 703—Piedra en forma de cayado. Se ha empleado en estas tres figuras una piedra terrosa negra, algo parecida al talco.
- NUM. 704—Idem. Piedra de toque, gruesa. Mide 120 mm. largo, 42 ancho y 34 grueso.
- NUM. 705—Idem idem Pórfido. Mide 90 mm. largo, 42 ancho y 25 grueso.
- NUM. 706—Piedra arenisca, parece pistilo ó hacha en construccion. Mide 115 mm. largo, 40 ancho y 22 grueso.
- NUM. 707—Dudoso. Piedra de toque, parece hacha en construccion, mide 94 mm. largo.
- NUM. 708—Idem idem idem. Mide 110 mm. largo, 48 ancho.
- NUM. 709—Arenisca fina, rojiza, oblonga, pulimentada. Mide 85 mm. largo, 35 ancho, 16 grueso.
- NUM. 710—Forma de cincel, es dudoso, muy tosco. Mide 103 mm. largo, 26 ancho.
- NUM. 711—Piedra elíptica, oblicua, parece un cincel en construccion por tener algunos lados pulimentados.
- NUM. 712—Idem.

- NUM. 713—Piedra plana pulimentada por partes, parece hacha en construccion.
- NUM. 714—Idem.
- NUM. 715—Piedra arenisca, rojiza, triangular con ranura circular, encontrada al lado de una collera. Mide 72 mm. largo, 54 ancho y 35 grueso.
- NUM. 716—Idem idem.
- NUM. 717—Bola de granito, bien esférica y bruñida. Mide 62 mm. diámetro, 320 gramos peso.
- NUM. 718—Idem de arenisca, sin pulimento, esférica, parece en contruccion.
- NUM. 719—Idem idem tosca, poco esférica, parece en construccion.
- NUM. 720—Idem idem semiesférica, idem.
- NUM. 721—Idem idem idem sin pulimento, 195 gramos peso.
- NUM. 722—Idem de pórfido semiesférico, pulimentada, es dudosa.
- NUM. 723—Idem idem esférica, aplanada, dudosa.
- NUM. 724—Idem idem.
- NUM. 725—Idem idem.
- NUM. 726—Bola de imperfecta redondez, dudoso objeto.
- NUM. 727—Idem idem.
- NUM. 728—Idem idem arenisca rojiza.
- NUM. 729—Idem de piedra caliza, pequeña, esférico ovalado, sin pulimento.
- NUM. 730—Idem de piedra de toque con pulimento.
- NUM. 731—Idem idem.
- NUM. 732—Idem idem, aplanada.
- NUM. 733—Piedra ovalada de pórfido, parece hacha en construccion.
- NUM. 734—Es dudoso.
- NUM. 735—Piedra lenticular pequeña.
- NUM. 736—Idem mayor.
- NUM. 737--Serpiente enroscada devorando un ave de rapina, hecha de barro cocido. Es de origen dudoso. Encontrado en Yabucoa, barrio de la Guayabota, junto con una banda. (Véase pág. 194 y 195.)

NUM. 738—Mortero pesado, de construccion ordinaria.

NUM. 739—Idem más pequeño, ambos en forma de cazuela.

NUM. 740—Banquillo formado de un trozo de corteza de Magar, *Thespesia grandiflora*, todo de una pieza. Las cuatro patas simétricas resultan de cuatro ramas casualmente dispuestas para servir al objeto que se ha destinado. El espaldar, más alto, está recortado en la punta y presenta un agujero triangular; la parte delantera continúa en una pequeña cabeza de hicotea mal labrada. Mide 75 cm. longitud, 19 de ancho, 8 de alto en el asiento y 30 en el espaldar.



EXPLICACION

DE LAS

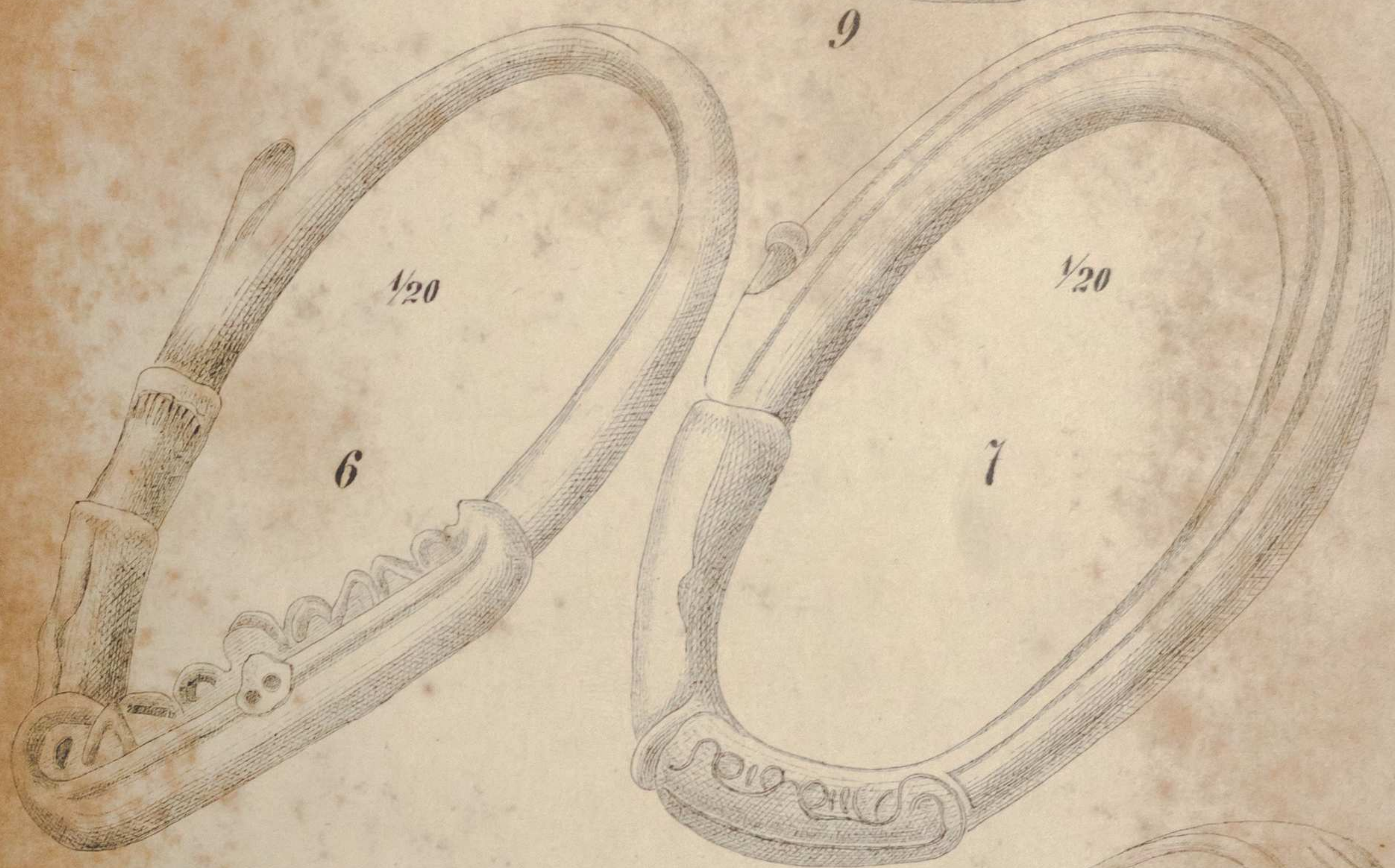
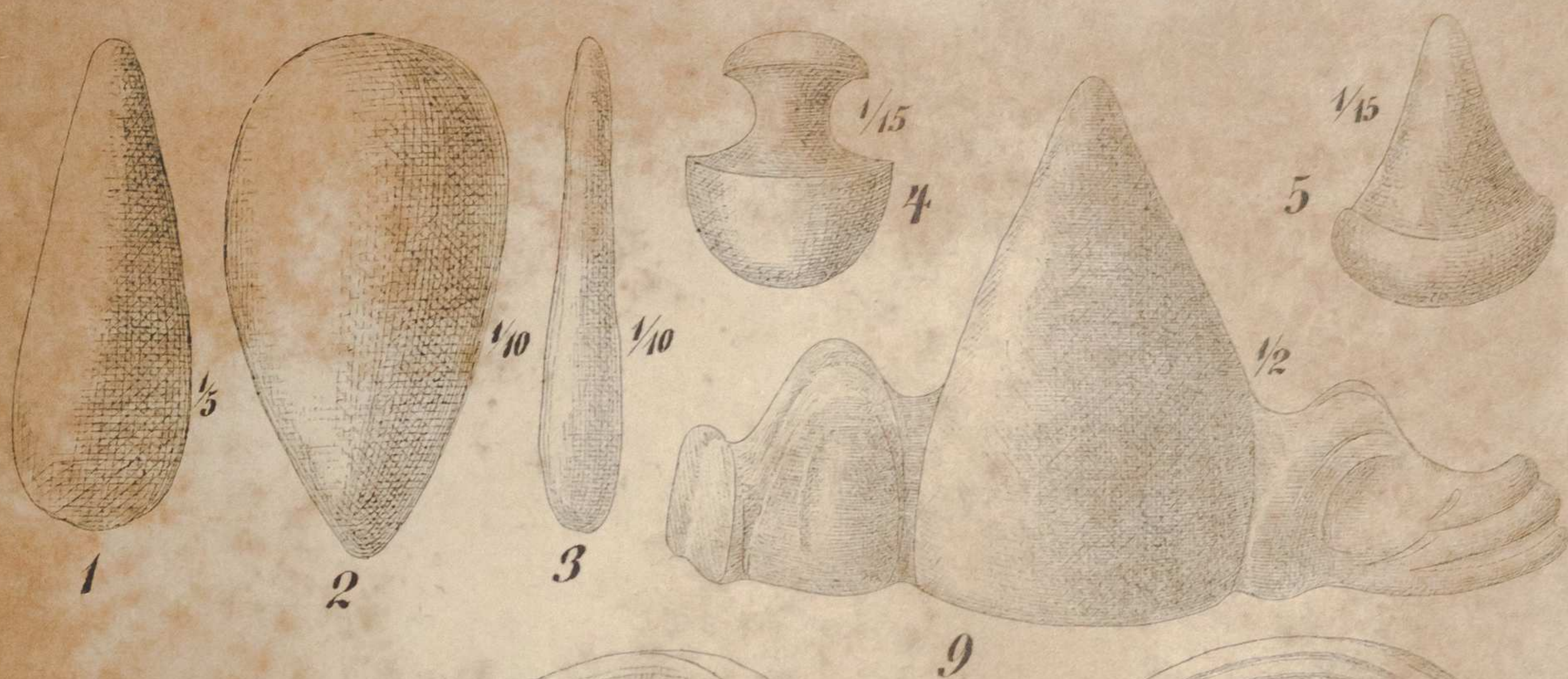
LÁMINAS Y FIGURAS.

LAM. I.—Los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, Cristóbal Colon y Juan Ponce de Leon.

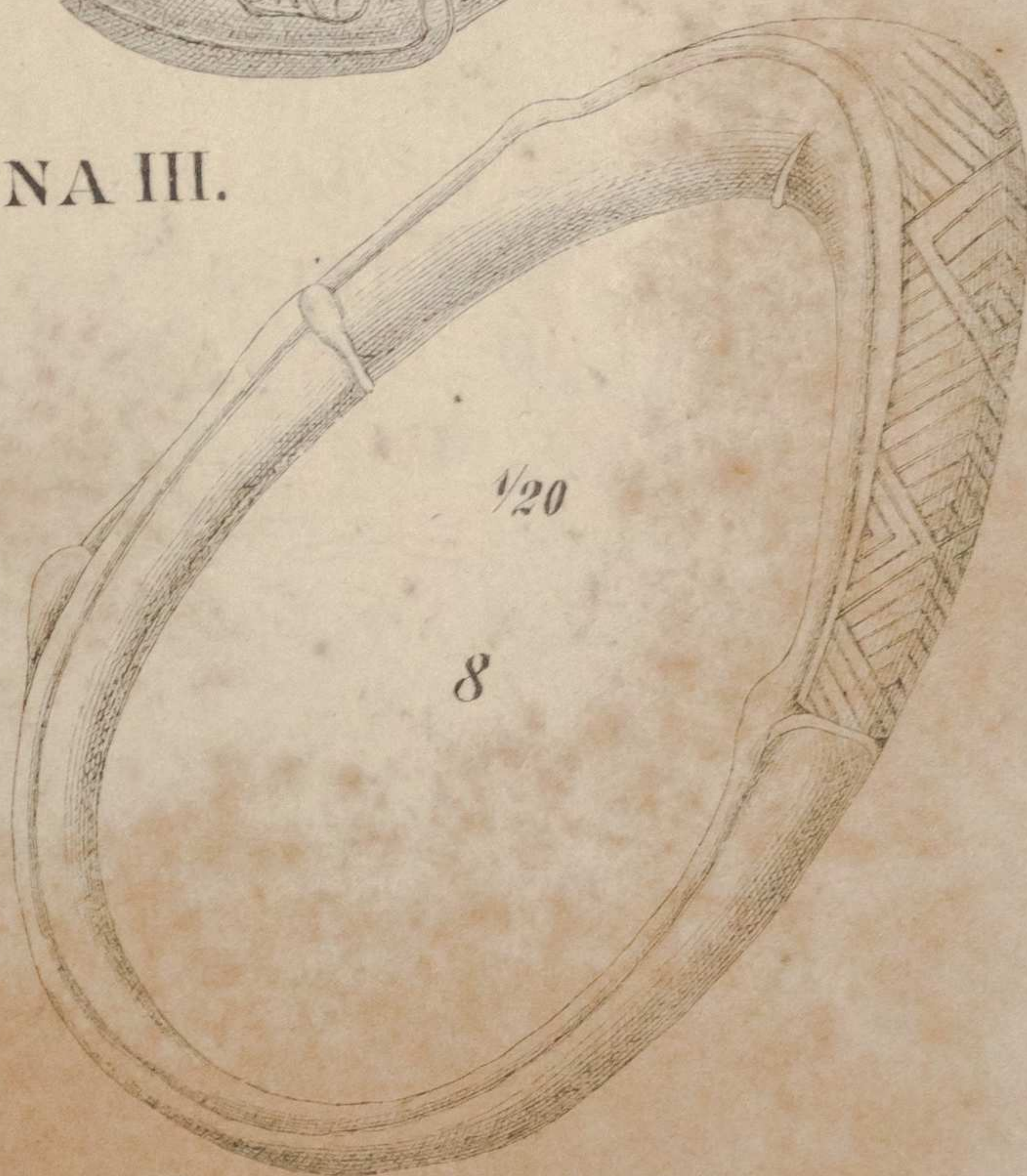
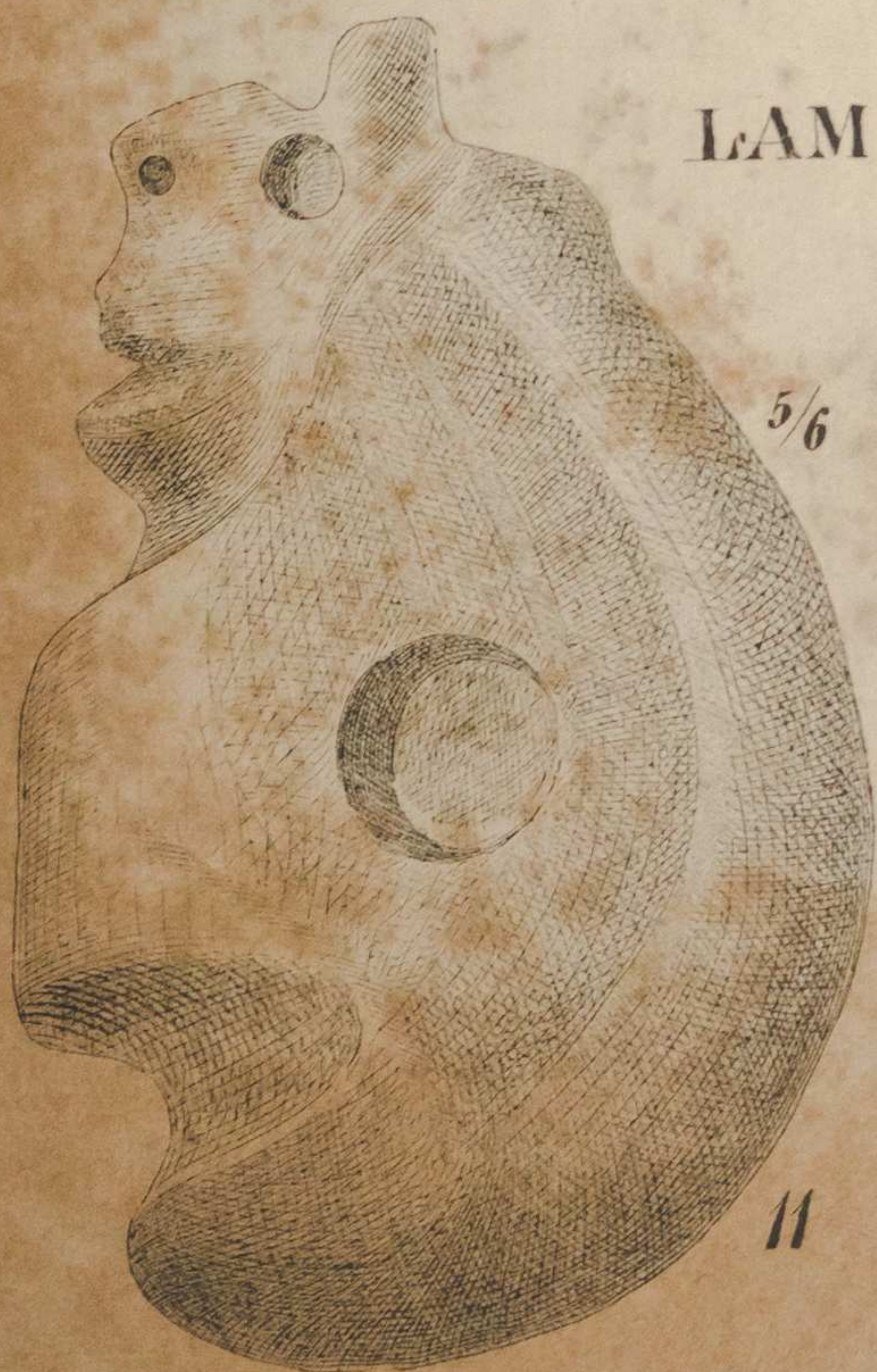
LAM. II—Derrotero de Cristóbal Colon por las Antillas en su segundo viaje, 1493.

LAM. III—1, 2, 3, 4 y 5 hachas de diversas formas. 6, 7 y 8 bandas. 9, figura [ídolo], 605 del catálogo. 11, figura, 619 del cat.

LAM. IV—10, figura [ídolo], 609 del cat. 12 y 14 mortero y 13 pistilo. 15, figura [ídolo] vista de frente y de perfil, 604 del cat. 16, 17, 18 y 19, figuras de barro. 20, figura de piedra, 640 del cat. 21 es 679 del cat.



LAMINA III.



LAMINA IV.



12 $\frac{1}{5}$



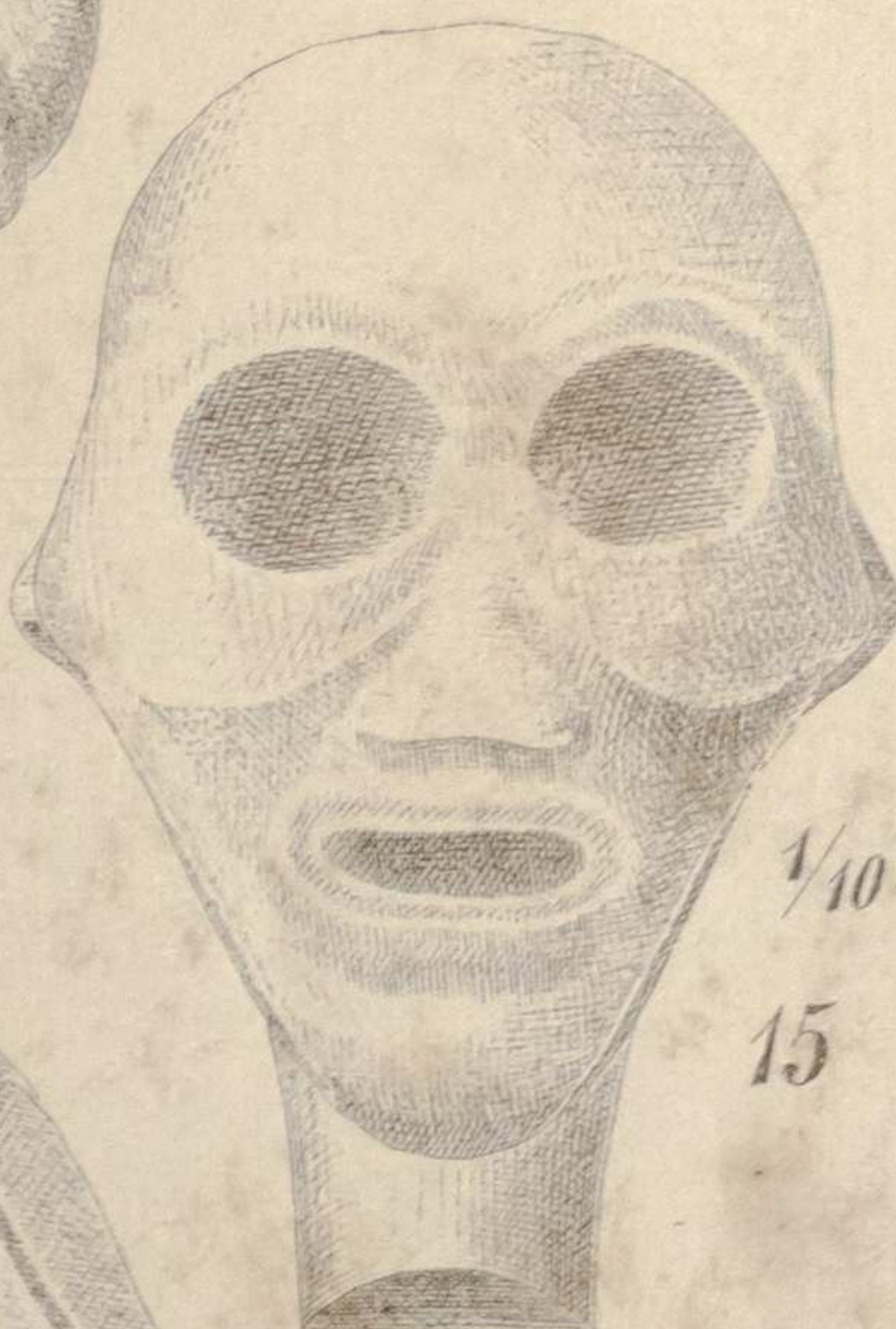
$\frac{1}{10}$
13



14 $\frac{1}{10}$



$\frac{1}{10}$
10



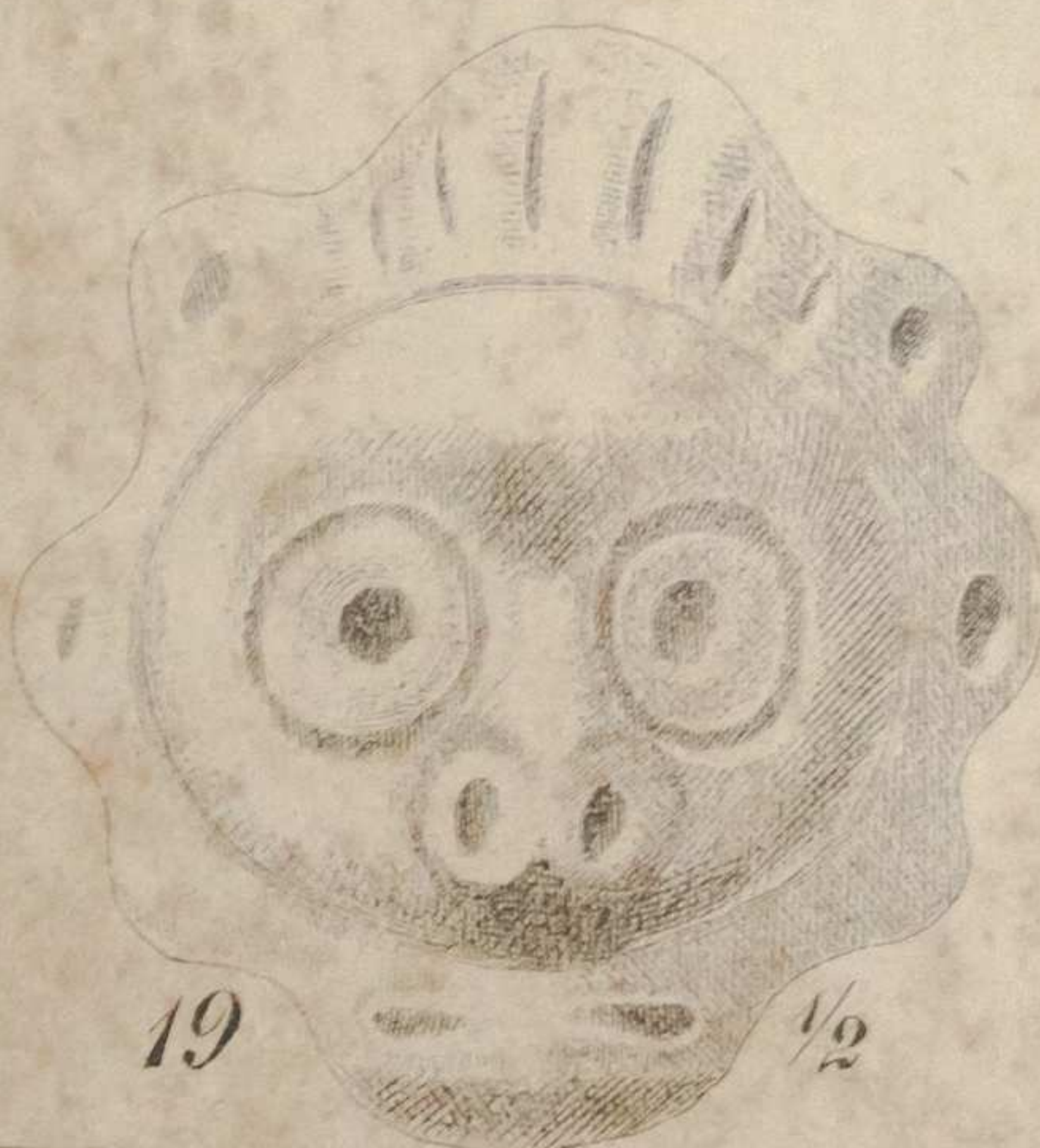
$\frac{1}{10}$
15



16 $\frac{1}{3}$



17 $\frac{1}{2}$



19 $\frac{1}{2}$



$\frac{1}{2}$
18



21 $\frac{3}{5}$



20 $\frac{2}{3}$

INDICE DE LOS CAPITULOS

	<u>Páginas</u>
Introduccion	1
Literatura	7
Descubrimiento de la Isla	19
Geografía y Naturaleza	24
Orígen	30
Los indios borinqueños ante la ciencia etnológica	46
Algunas costumbres	52
Vida pública	66
Industrias	81
Condiciones físicas y morales y aptitudes inte- lectuales	100
Lenguaje	120
Medicina, escritura, artes	137
Religion	157
Antropofagia	173
Juegos de bola	181
Objetos notables.—De la coleccion etnológica indo-borincana del autor	186
Catálogo de la coleccion	196

